





NARRATIVA



# SANGRE DE LA LUNA

LUZ GONZÁLEZ

*HUERGA & FIERRO editores*

HUERGA Y FIERRO EDITORES, S. L. U.

C/ MARTÍN SOLER, 1

28045 MADRID (ESPAÑA)

TELÉFONO: 91 467 63 61

E. MAIL: [huerga@huergayfierro.com](mailto:huerga@huergayfierro.com)

WEB: [www.huergayfierro.com](http://www.huergayfierro.com)

PRIMERA EDICIÓN

2012

© PORTADA: JULIA RABADÁN

© LUZ GONZÁLEZ, 2012

© HUERGA Y FIERRO EDITORES, S. L. U.

DEPÓSITO LEGAL: M-14472-2012 - I. S. B. N: 978-84-8374-535-9

IMPRESO EN ROMADAC Industria del Libro

IMPRESO EN ESPAÑA

CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA O TRANSFORMACIÓN DE ESTA OBRA SOLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY. DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) SI NECESITA FOTOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 34 91 702 19 70 / 34 93 272 04 47)

# ÍNDICE

## SANGRE DE LA LUNA

PREFACIO .....	9
1. ESCAPANDO DE LA GUERRA Y DEL AMOR .....	15
2. CUMPLIENDO CON EL RITO DE LA LUNA .....	34
3. GLORIA ERA LA MADRE DE TODOS LOS HOMBRES ....	52
4. DOÑA CANDELARIA Y SUS AMIGAS BRUJAS .....	70
5. LA NOSTALGIA NO ES REVOLUCIONARIA .....	90
6. UNA INICIACIÓN TRUNCADA .....	108
7. ME INTOXICARON LAS HISTORIAS DE AMOR .....	123
8. ME DUELE HABER MATADO SOLDADITOS .....	141
9. EL CAMINO VUELVE A TENER PALMERAS .....	152
EPÍLOGO: UNA CARTA PARA DIANA .....	163



## PREFACIO

Lo que van a leer a continuación es la vida de una guerrillera colombiana, mi amiga Marta Cristina, a quien empecé a conocer de verdad cuando me anunció que se iba de España y que probablemente no nos íbamos a ver más. Había decidido regresar a su país, cosa que a nosotras, sus amigas europeas, nos parecía un suicidio.

Poco antes de marcharse me llamó por teléfono para que nos viéramos. Me dijo que quería despedirse de mí, y pedirme un último favor. Así que, al día siguiente, después del trabajo, me dirigí al centro de la ciudad. Bajé del metro en la estación de Alonso Martínez, cerca de la calle Santa Teresa donde estaba su pensión, entré en la cafetería Santander que está en la misma glorieta y, después de pedir un café en la barra, la llamé para decirle que la estaba esperando como había hecho otras veces que quedábamos. Nunca me había invitado a subir y la verdad es que tenía curiosidad por saber dónde vivía, quería ver su habitación. No tenía dinero, pero vivía en uno de los sitios más céntricos de la ciudad. Era algo que me había llamado la atención, sobre todo desde que oí los comentarios envidiosos de ciertas amigas que teníamos en común. Ellas vivían en las afueras y cada vez que había alguna reunión tenían que hacer la tira de kilómetros para llegar a la calle Barquillo donde estaba nuestra sede. En cambio, Marta Cristina estaba ahí al lado.

—¿Me invitas a un café de los tuyos? —le pregunté. Y para que no hubiera dudas de lo que quería se lo dije directamente:

—Me gustaría subir y ver la pensión por dentro.

—Tengo la habitación hecha un lío, pero bueno, sube si quieres —contestó.

Colgué el auricular y me tomé el café con leche que el camarero me había servido. Salí a la calle en busca de su dirección.

Atravesé la glorieta de Alonso Martínez, crucé el quiosco, pasé por la cervecería Santa Bárbara donde tantas cervezas habíamos tomado juntas y llegué a la esquina de la calle Santa Teresa.

—Mujer, mujer... —me gritaba desde el balcón.

Miré hacia arriba y allí estaba ella, haciéndome señas con la mano. Empujé una puerta vieja de madera que estaba medio abierta y subí a tientas por una empinada y oscura escalera que necesitaba reparaciones, además de limpieza. Cuando llegué al quinto piso, Marta Cristina estaba esperándome en el rellano.

Me abrazó efusivamente y me condujo por un largo pasillo bastante estrecho hasta su habitación. Para entrar había que pasar por una puerta de dos hojas unidas en el centro con un candado. Ambas hojas tenían la parte superior de cristal esmerilado, por lo que desde fuera se veía la luz del interior.

Una vez dentro, me dirigí al balcón mientras ella trataba de cerrar las puertas enganchando una con otra con una percha de colgar la ropa.

No había sitio donde sentarse. Sobre la estrecha cama que, sin embargo, ocupaba casi toda la estancia, había una maleta con todas sus pertenencias, todo lo que había necesitado para vivir durante los aproximadamente dos años que estuvo con nosotras. La retiró hasta un extremo y dejó sitio un libre que me ofreció como asiento. Ella permaneció de pie.

El favor que me pedía era que llevara un paquete a una niña llamada Diana, nieta del curandero de un pueblo perdido en un valle de las montañas entre Venezuela y Colombia. No sabía su apellido ni ningún dato que hiciera viable mandar aquello por correo. Había dibujado un mapa bastante detallado de la zona para que yo pudiera localizarlo, pero aquellos nombres de quebradas, caseríos y bosques me eran totalmente desconocidos. Dentro del paquete había dos cuadernos y una carta dirigida a la tal Diana. Uno de los cuadernos, con tapas verdes, era un diario. El otro, una colección de relatos cortos que hablaban de dioses y diosas de nombres extraños. Marta Cristina ya me había dicho que estaba intentando hacer una recopilación de las historias que había oído contar de pequeña a su madre y a las mu-

jeros indias que habitaban la casa donde pasó su infancia. Era eso lo que contenía aquel cuaderno.

¿Por qué me los dejaba a mí? ¿Por qué no se los llevaba en su equipaje hacia ese mundo a donde retornaba? ¿O no estaba segura de adónde iba?

Aquel legajo de papeles era muy importante para ella y pensaba que a mí me iba ser posible realizar el encargo ya que por razones de mi trabajo como periodista viajaba con frecuencia a Latinoamérica. No había ninguna prisa en efectuarlo, la entrega podía esperar incluso años. Eso sí, me pedía encarecidamente que no dejara de hacerlo.

Para mí también tenía un regalo. Se trataba de un relato que he insertado aquí como capítulo, titulado «Una iniciación trunca», en el que daba su versión de lo que habían sido nuestras relaciones. Son unas cuantas páginas arrancadas del mismo cuaderno de tapas verdes en el que había escrito su diario, o como quiera llamarse a ese largo mensaje que yo tenía que entregar a Diana.

Las hojas que me estaban destinadas tenían un estilo diferente del resto del cuaderno, había utilizado la tercera persona y un tono más distanciado respecto a lo que contaba, como si quisiera alejarse de lo que estaba allí escrito. Pero esto no lo supe sino más tarde, cuando ya Marta Cristina se había ido. Aquella tarde, cuando me entregó sus escritos, me pidió que dejara la lectura para más adelante. Nos quedaba poco tiempo de estar juntas y teníamos que aprovecharlo para hablar. En los últimos meses, por circunstancias que no vienen a cuento, Marta Cristina y yo no habíamos pasado mucho tiempo juntas.

Pasamos aquellas últimas horas charlando, de bar en bar, como en los viejos tiempos. Le pregunté por el contenido del paquete que me había entregado y me dijo que prefería no hablar de eso.

—Ya lo leerás cuando me haya ido —dijo.

—Entonces ¿me autorizas a leer los cuadernos? —supliqué.

—Naturalmente que te autorizo. Por eso te he dado el sobre abierto ¿no te has dado cuenta?

Luego hizo un comentario irónico sobre la curiosidad que teníamos los periodistas que, a su juicio, era mucho mayor y menos respetuosa de vidas ajenas que la que se suponía que teníamos las mujeres. Y añadió:

—No es una crítica. ¿Sabes?, me gusta ese interés que tienes en leer mis escritos. No te rías, te lo digo de corazón. Por fin veo que alguien se interesa por mí.

A pesar de estar toda la tarde y casi toda la noche juntas, no hubo ocasión para demasiadas intimidades. En casi todos los bares a los que íbamos, había alguien a quien Marta Cristina conocía y de quien quería despedirse. Por eso, cuando después leí en su diario lo sola que se había sentido, no dejó de admirarme la paradoja. Ella se quejaba de una soledad que casi la lleva al suicidio, y sus amigas se habían estado quejando aquella noche de que no hubiera tenido tiempo para estar con ellas.

Otra sorpresa fueron aquellas hojas que me dio como regalo. Para mí, Marta Cristina había sido siempre una amiga. Ni por asomo se me hubiera ocurrido intentar seducirla como parece que ella pensó. ¿Qué hubiera sacado con seducir a una «hetero»? Lo único que había hecho era gastar bromas acerca de los prejuicios que tenía respecto a nosotras, las lesbianas. Nunca pensé que ella se tomara tan en serio el trabajo de quitárselos. Que llegara a conseguirlo, lo dudo. El hecho de que hubiera separado esas hojas del resto del cuaderno demostraba que quería alejar aquel episodio de su vida. ¿Por qué? Es difícil aventurar una respuesta. Espero que sea ella quien me la dé algún día. El mundo del que venía no tenía una valoración muy positiva de la homosexualidad y vino a dar de bruces a un grupo en que aquello era moneda común...

Me acuerdo de la primera vez que entró en la sede de nuestra organización. El salón donde nos reuníamos habitualmente con las mujeres emigrantes estaba ocupado y les propuse tener el encuentro en ese otro, donde nos reuníamos el colectivo de lesbianas. Nada más entrar me fijé en que Marta Cristina no dejaba de mirar la decoración de las paredes con cierto escándalo. En ellas teníamos carteles reivindicativos: el reconocimiento de

nuestros derechos a una sexualidad diferente, a obtener las mismas ventajas sociales para las parejas del mismo sexo, matrimonio, adopción, etc. También había fotografías de mujeres en actitudes provocativas con el eslogan de «No te prives de hacerlo». Me hacía gracia la cara de asombro que ponía Marta Cristina al mirar aquello.

Le dije:

—¿Verdad que es bonita esta fotografía?, señalando un cartel en el que se veía la sombra de dos mujeres desnudas, una encima de la otra.

—No sé, a mí no me gusta mucho —contestó.

Más tarde, en la discusión que tuvimos sobre el feminismo en Latinoamérica, sin dejar de mirar los carteles de las paredes, dijo:

—Yo creo que las feministas en Latinoamérica somos un tanto diferentes de ustedes. Bueno, quizá tengamos muchas cosas en común, pero es que a nosotras nos gustan mucho nuestros hombres.

La única lesbiana en aquella reunión era yo, pero Marta Cristina, aquella primera vez, debió de pensar que lo éramos todas.

Con el tiempo, Marta Cristina iría abandonando estereotipos. La obligamos muchas de sus amigas que no teníamos ningún reparo en mostrar nuestra homosexualidad abiertamente. Creo que, algunas veces, delante de ella, incluso hacíamos demostraciones ostentosas para provocarla.

No sé dónde estará ahora. Ni siquiera estoy muy segura de que permanezca con vida a pesar de la seguridad que tenía de que no se iban a cumplir las amenazas de muerte que pesaban sobre ella. Cuando se despidió de nosotras estaba muy feliz porque al fin había visto por donde seguía su camino. Se iba a un lugar escondido de la selva colombiana del que no dio a nadie la dirección.

Si está viva y por casualidad llega a ver publicado el libro de su vida, estoy segura de que comprenderá las razones que me han llevado a editarlo. Y espero que no se enfade por haber incluido también ese relato del que seguramente se avergonzaba y que por

eso escribió en tercera persona. Lo edito en aras del camino de las mujeres del que tanto hablaba ella, para ensancharlo y para enriquecer las mentes de otras mujeres que vengan en el futuro.

Por último, quiero confesar la autoría del primer capítulo, «Escapando del amor y de la muerte». Lo escribí yo con los recuerdos que me han quedado de mi amiga, de lo que ella me contó y de lo que he sacado de la lectura de sus escritos. No he imaginado nada. Me he limitado a hacer una exposición rápida de los hechos, porque lo consideraba necesario para comprender los capítulos siguientes. En estos no he hecho nada más que poner los títulos a lo que Marta Cristina había escrito en su cuaderno en primera persona y agrupar lo que estaba disperso. Supongo que el lector detectará la diferencia de estilos entre una parte y otra: el de Marta Cristina, más intimista y literario, y el mío, el del primer capítulo, más periodístico y frío.

Mi especialidad no es la crítica literaria, por eso no me atrevo a hacer ningún comentario más sobre el libro. Pero sí debo añadir que las razones que me llevaron a editarlo no han sido las excelencias que haya visto en la forma, sino el contenido: la vida de mi amiga, que es de por sí una novela.

## ESCAPANDO DE LA GUERRA Y DEL AMOR

Conocí a Marta Cristina Gómez hace unos años en Madrid, donde vivía como refugiada política con una ayuda de la Cruz Roja.

Marta Cristina había tenido un alto cargo militar, no sé cuál, en una organización guerrillera de América Latina. También había sido líder estudiantil en su país, en aquellos años en que el fantasma del Che Guevara, recién asesinado en las montañas de Bolivia, recorría todo el continente como una llama incendiaria de revoluciones. Yo me crucé en su camino mucho más tarde, cuando ya había abandonado la lucha política. Del fervor revolucionario y de las glorias pasadas ya no quedaba en ella el menor rescoldo, al menos eso fue lo que me pareció entonces. Hoy, después de leer su diario, he llegado a pensar que quizá lo revolucionario sea ese planteamiento último al que llega ella, de permanecer abierta a todo, confiando aún en que podemos cambiar el mundo.

Se mantenía de una pequeña ayuda que recibía de la Cruz Roja en calidad de refugiada política, con la que apenas tenía para vivir. Ese dinero se le iba en pagar su lugar de residencia, una pensión bastante cutre que regentaba un colombiano por la parte vieja de la ciudad. El almuerzo lo hacía muchas veces en un comedor de beneficencia.

En aquella pensión vivía un viejo cantante de ópera, que fue bastante famoso en su tiempo, con su amante, un peruano mucho más joven que él y que tendría entonces unos cincuenta años. El peruano también tenía su vena artística: se dedicaba a dar recitales poéticos —a declamar, decía él— por residencias de ancianos y centros culturales.

Había también un mexicano teósofo que había venido a Europa con una misión trascendente y secreta y que se las ingeniaba

para encontrar trabajo fácilmente, sin permiso para trabajar ni carta de residente, en un país con tres millones de parados. Tenía poderes sobre los jefes de personal, pero solo le valían para que lo contrataran a él; con Marta Cristina no dio resultado por mucho que lo intentaron.

Tampoco es que tuviera muchas posibilidades de encontrar un empleo. Se había pasado media vida pegando tiros en las montañas, a lo que había que sumar el tiempo que pasó encerrada en la cárcel. Dejó la universidad en los primeros años de carrera para unirse a la guerrilla, no tenía por tanto ninguna preparación ni oficio que le ayudara a ganarse la vida en un país extranjero con el que no tenía nada en común salvo el idioma. Por otra parte, estaba tan llena de experiencias y recuerdos que lo que quería era tiempo para reflexionar. Lo que hubiera sido perfecto si no fuera porque también tenía que comer, y pagar la pensión.

Tras buscar mucho tiempo, encontró un trabajo de asistenta en casa de una señora, que se aprovechaba de su condición de extranjera «sin papeles» para darle un sueldo miserable.

Marta Cristina mataba su angustia escribiendo. Era una costumbre que tenía y que la había salvado muchas veces de caer en la desesperación, según me dijo. Un día en que la acompañé a aquella pensión donde residía me leyó algunas cosas que había escrito. Todos los poemas que me recitó entonces tenían su historia. No es que fueran narrativos. Me refiero a la historia de su gestación, a la historia personal de la que fueron naciendo. Recuerdo especialmente su tono solemne al leer unos versos que había escrito en la cárcel. Después de haber pasado cuatro años privada de libertad y de haber sido torturada y humillada por el ejército, logró escapar de sus torturadores y se incorporó a la lucha en la montaña. Estaba amenazada de muerte y no podía vivir en la ciudad. Su compañero era un líder guerrillero con el que se casó dentro de la cárcel. Se seguían queriendo, pero habían ocurrido muchas cosas en ese largo tiempo que estuvieron casados; había habido «muchas mariposas clandestinas», como decía Marta Cristina en sus poemas.

Cuando llegaban a los poblados después de cada acción guerrillera, el marido era aclamado y vitoreado, se le veía disfrutar

con el triunfo y con el reconocimiento de las gentes. Ella, en cambio, reflexionaba en silencio desde su lugar a la sombra del héroe. La victoria era de todos, era una victoria del pueblo, pero también había muertes inocentes que ensombrecían la conciencia de algunos vencedores. La de ella, por ejemplo. La de otros, su marido entre ellos, después de cada batalla se dejaba acallar con vino y sexo. ¡Era tan grande el deseo que despertaba el héroe en las jovencitas! La una sucedía a la otra. En cada pueblo había alguna mujer que le había amado o que le tuviera algún hijo. Los sentimientos amorosos, decía, son un vicio burgués. Hay cosas más importantes que hacer que detenerse a deshojar margaritas «¿me ama?, ¿no me ama?», La lucha era lo que contaba.

En una de las caminatas por la sierra Marta Cristina se puso mala. Estaba embarazada de pocos meses y le vinieron unos dolores como de parto. En la primera cabaña que encontraron buscó refugio. Cerca, un poco más abajo de la montaña, había un poblado donde acampó el grupo.

Allí, en aquella cabaña, se tumbó en una estera sobre el suelo de tierra y tras dos días de intensos dolores abortó. Una vieja india de la guerrilla que se había hecho curandera una noche de tormenta, la noche en que un rayo, al caer a su lado, le desveló los poderes curativos que tenían sus manos, tocaba la quena junto a ella para mitigarle el dolor. A esta mujer le dedicó Marta el poema en el que habla del hijo muerto:

*Tus manos, dueña del saber antiguo,  
cubrieron el vacío lacerante de mi vientre.  
Las punzadas de dolor,  
el río de sangre que era yo quedó detenido...  
Tus manos, hermana,  
me rescataron del tiempo interminable  
y me trajeron otra vez  
al mundo de las flores, de las caracolas y de los volcanes.  
Pero no pudieron traer, y allí quedó,  
en aquella frontera infranqueable  
que ni tú ni yo pudimos traspasar,*

*el niño que no nació,  
el niño muerto que parió la mamá grande.  
Hermana, hermana,  
haz que griten de dolor todas los pájaros del continente,  
que los volcanes rujan como vientres de la tierra  
y que todas las quenas enmudezcan  
para acompañarme en la nana a mi niño muerto.*

Mientras, su compañero, el comandante en jefe, se divertía con toda mujer que se le presentase: joven, vieja, india, negra o mestiza, porque a él «todas le inspiran ternura cuando lo miran con amor».

En la montaña no se puede tener celos, decía, porque eso no es revolucionario. Y tampoco se puede tener sentimientos, ni fidelidades fuera de las reglamentadas militarmente, ni compasión por el enemigo.

Aquello se parecía cada vez más a un ejército. «Nosotros somos el ejército popular, el verdadero ejército nacional», decía el comandante en jefe a su tropa. Pero en esa tropa había varias mujeres que no estaban muy conformes con aquella disciplina que imponía el jefe en aras de la eficacia, olvidando sentimientos y necesidades humanas. Y no solo eran las mujeres las que no estaban de acuerdo con ese autoritarismo. También había hombres que pensaban que ser guerrillero era una cosa bien diferente a ser soldado y que solo debían obedecer las órdenes que nacían del corazón.

Las discusiones cada vez se hacían más largas y los ánimos eran más difíciles de conciliar. Marta Cristina empezó a cuestionarse cosas que hasta entonces no se había cuestionado. Llegó un momento en que obedecía las órdenes con reservas. En su grupo, la célula que ella dirigía, formada en su mayoría por artistas, se reía más que en los otros, se hablaba mucho y se esquivaban ciertas acciones militares. Preferían usar el ingenio para conseguir, mediante rodeos, objetivos que de otra forma hubieran tenido que alcanzar con las armas. Pero no siempre lo conseguían. Y había gente que empezaba a llamarlos inútiles porque

habían tenido algunos fallos militares. El de la toma de la Central Eléctrica, por ejemplo. Estaba defendida por una patrulla de soldados aislados en medio de la selva. El comandante en jefe había encomendado la operación a la patrulla de Marta Cristina. Ella, con sus hombres y mujeres, era la encargada de tender una emboscada al camión de refuerzos que tenía que llegar por la carretera. En él venían, además de los suministros, los soldados de reemplazo que sustituirían a los que habían cumplido ya su prestación militar obligatoria. Un grupo de guerrilleros se colocaría en los alrededores del camino para impedir que se acercara algún campesino, otros, agazapados entre la maleza a ambos lados de la carretera, esperaban escuchar el ruido de un motor, mientras el grueso del grupo guerrillero atacaría directamente la Central.

Marta Cristina cumplió con su responsabilidad de comprobar que cada uno se situaba correctamente en su puesto. Sacó una pistola del cinto y se mantuvo alerta con su gente detrás de unos arbustos. Miró hacia la carretera y comprobó una vez más el trazo uniforme de la vía. Nada denotaba que había ocultado un gran socavón unos metros más adelante de donde estaban ellos escondidos. El camuflaje que habían hecho era perfecto. Por algo eran artistas la mayoría.

El camión que se acercaba estaba ocupado por unos treinta soldados que iban sentados sobre los laterales de hierro del vehículo descubierto. Cuando estuvo a su altura, el camión cayó al hoyo y los guerrilleros salieron de entre la maleza apuntando a los soldados. Marta Cristina gritó a su gente:

—Disparen, disparen.

Ellos vacilaban porque las órdenes anteriores habían sido las de evitar que hubiera muertos, solamente tenían que quitarles las armas y llevárselos prisioneros. Para eso habían hecho aquel socavón, saliéndose de los planes previos del comandante en jefe.

—No podemos llevar tantos prisioneros por la montaña. Nadie esperaba que fueran tantos —continuaba, gritándoles a sus hombres.

Sus compañeros al verla a ella también dispararon. A los del camión no les dio tiempo de sacar las armas. Se oyó alguna exclamación de dolor, llantos gritos y después nada. Fue todo muy rápido.

Llevaban el uniforme del ejército. Eran muy jóvenes, alguno apenas llegaba a los catorce años. Marta Cristina los vio allí, muertos, unos encima de otros, apenas unos niños, y no pudo contener las lágrimas. Sintió una gran compasión por ellos. Pero tenía que seguir actuando rápido. Por si el socavón no fuera suficiente, mandó a un grupo de hombres cortar algunos árboles grandes y arrojarlos al camino para obstaculizar el paso a los coches que pudieran venir.

Mientras tanto, en la Central Eléctrica, ya había acabado la refriega. Los guerrilleros se daban prisa en transportar herramientas, armas y víveres en mulas. Sobre algunas canastas colocaban ramas de coca y yuca para disimular su carga. De cada caballería se hacía cargo un hombre y así, cada uno por un lado distinto, se adentraban en la selva. Vistos individualmente parecían campesinos que iban o venían del mercado. Los demás bajaron junto con Marta Cristina y el comandante en jefe al pueblo cercano. Llevaban dos heridos.

Pero en ese pueblo no hubo festejos ni cánticos de recibimiento cuando llegaron. Preguntaron a una mujer que tejía un tapiz en la puerta de su cabaña dónde podían encontrar un médico que curara a los dos compañeros. La mujer llamó a una niña que estaba al cuidado de otro niño más pequeño y le dijo algo en una lengua indígena. La niña los condujo en silencio por una cuesta empinada hacia la cabaña del curandero en las afueras del pueblo. Era un viejo de mirada serena y penetrante que para hablar siempre se dirigía a Marta Cristina en vez de a los hombres que la acompañaban, como hubiera sido lo normal en esas tierras. Les dijo que podían dejar a los dos heridos en su casa pero que él no podía curarlos si ellos no querían seguir viviendo. No tenían mucho tiempo de vida, ni el mundo tampoco si continuaba actuando de esa manera, añadió.

Nadie pareció hacerle mucho caso al viejo, pero bajaron a los heridos de sus mulas y los llevaron hasta el lugar que él les in-

dicó. Era una habitación circular con el techo de palmito y unas vigas de madera de las que colgaban algunas hamacas.

Más tarde algunos guerrilleros irían de uno en uno a que el viejo les quitase el mal agüero. Pero todavía no, ahora se iban todos en grupo dejando a los heridos con las mujeres.

Una de estas mujeres era Marta Cristina.

Cuando los heridos estuvieron un poco más calmados salió al porche y permaneció allí sentada en silencio mirando el valle. El viejo se acercó y se sentó a su lado. Se puso a mirar el horizonte que ella estaba contemplando y, sin cambiar la dirección de la mirada, le dijo:

—Todo desaparecerá antes de que el tiempo que los dioses han dado a los hombres se agote, porque vosotros, los ladinos, no respetáis a nadie, no respetáis los ríos, ni los árboles, ni a los hombres. Por eso vamos a morir todos. Nosotros también, aunque no tengamos culpa.

Marta Cristina le contestó que ellos luchaban para que los niños no se murieran de hambre y para que hubiera más justicia en el mundo.

—Pero no sabéis cuál es la justicia, por eso os equivocáis y traéis la muerte —dijo el anciano.

—Si muero luchando por un mundo mejor en el que el hombre no atropelle al hombre no me importa morir. Al fin y al cabo todos vamos a hacerlo tarde o temprano, y yo moriría por una causa justa. Mi cuerpo se quedaría en esta selva...

—Tú no vas a morir aquí. Tienes que conocer otros mundos. Eres joven.

—No tan joven, padrecito. Soy mayor que Jesucristo y que el Che cuando los mataron. Y he sufrido mucho.

La mirada cansada de Marta Cristina se diluyó en las nubes color de rosa que anunciaban el anochecer. Los dos se habían quedado callados, ignorándose el uno al otro contemplaban la puesta de sol. Marta Cristina por puro placer estético, porque esos cortos ocasos de la selva la cautivaban con su furioso estallido de colores; el anciano, por la magia del momento en que el día y la noche se juntan, cuando todas las fuerzas cósmicas aumentan el poder de los brujos.

Había pasado más de media hora de silencio. Las primeras estrellas y la Luna empezaron a dar luz a la noche. Los heridos se durmieron poco después de que el curandero les diera una infusión, y Marta Cristina salió de nuevo al porche de la cabaña donde el viejo permanecía inmóvil. Por fin, se atrevió a romper el silencio formulando la pregunta que la había tenido inquieta desde que llegaron:

—¿Dónde están los jóvenes de este pueblo? ¿No se alegran de que hayamos venido a traerlos la Revolución?

—Los de la Central les daban trabajo de vez en cuando. Las mujeres iban y vendían frutas y cestos. Nos daban más que vosotros.

—Están vendidos a los gringos. Nuestros hombres trabajan y apenas tienen para dar de comer a sus hijos. Son ellos los que explotan nuestras tierras, nuestros ríos y nuestras minas para llevarse las riquezas a los Estados Unidos y a los otros países capitalistas. ¿No lo entendéis? Nosotros queremos que las centrales y las fábricas y las minas, que todo sea para nosotros los latinoamericanos porque para eso nacimos aquí.

—¿Y para eso matáis y sembráis el miedo?

Marta Cristina quedó muda. La última frase no había sido una pregunta. Aquel hombre no esperaba ninguna respuesta de ella. Era un doloroso reproche que le llegó a lo más profundo. No tenía respuestas. Por fin se atrevió a hablar:

—Viejito, has leído en mi alma. Estoy cansada de matar. Hoy mismo he matado a unos soldados y todavía me están mirando sus ojos llenos de sorpresa. Pero esos niños soldados no hubieran dudado en matarme a mí, o a ti, o a cualquiera que les haga frente.

—El que no respeta la vida es castigado por la vida. Es una ley de la que no podemos salirnos. Tampoco podemos matar los ríos, ni los pájaros, ni los animales. Los ríos están furiosos metidos en esa presa. Los campos por donde iban ya no reciben su agua y los animales no pueden beber. Las cosechas no crecen porque ya no llegan allí los arroyos que antes llegaban. Y eso no es bueno para nadie. Los indios no queremos eso. Los indios respetamos a la Gran Madre y a todos sus seres queridos: animales, plantas y hom-

bres. Cuando cortamos un árbol es para calentarnos o para construir algo bello con él, y le pedimos permiso. Cuando matamos un animal es para alimentarnos, y también le pedimos permiso.

Marta se quedó otra vez callada madurando una respuesta:

—Yo respeto tus creencias y creo que cuando hablas lo haces de cosas que conoces, pero no entiendo por qué dices que estos dos hombres van a morir, solo tienen unos balazos en las piernas y otro en el brazo, y los dos son jóvenes y fuertes.

—Si no quieres que mueran los tienes que llevar a otro sitio. Llévalos a un hospital para que le corten la pierna al joven, porque ha empezado a pudrirse. El otro no quiere vivir. También tienes que llevártelo. Solo si se le ofrece otra vida, durará.

Al día siguiente los guerrilleros dejaban el poblado. La patrulla de Marta Cristina, antes de partir, asistió a una ceremonia en unos campos cercanos a la casa del curandero. Aún era de noche; hombres y mujeres, sentados en círculo, esperaban el amanecer. El brujo los mandó desnudarse y dejar las armas a un lado. Luego los fue llamando uno a uno por nombres inventados, a los cuales obedecían inconscientemente, cada cual al suyo. Fueron pasando entre unos árboles por un sendero mágico que, según el hechicero, los cargaría de poder. Salían de él en silencio y luego despacio se iban vistiendo, cogían sus armas y esperaban a los otros compañeros. Una vez hubieron salido todos, le dieron las gracias al brujo. Él los despidió extendiendo las manos en un gesto solemne con el que les estaba transmitiendo energía y les daba su bendición.

Ya cerca del pueblo se juntaron con las otras patrullas que estaban listas para marcharse. Marta Cristina y los heridos se quedaban. Ella, desde la orilla del camino, iba despidiendo a los que se iban. Cuando le llegó el turno al comandante en jefe, él la abrazó efusivamente y le dijo con una sonrisa que esta vez la separación iba a ser más corta. Muy pronto se pondrían en contacto para reunirse en un lugar protegido donde pasarían unos días juntos. Marta Cristina no contestó nada. Lo abrazó. Abrazó a los que quedaban y cuando se fueron dio rienda suelta al llanto que tenía contenido. Era un llanto de despedida definitiva.

Subió a una explanada sin árboles donde la esperaban los dos hombres. Desde allí se divisaba la cabaña del brujo. Fuera del porche podía verse la silueta del anciano sentado mirando en su dirección.

Al momento llegó un helicóptero con dos personas dentro. Aterrizó y se bajó de él un hombre alto y fuerte, de pelo engominado, vestido, impropia para el calor que hacía, de traje oscuro y corbata. El propio Pablo Carmena vino en persona a recoger a la guerrillera «consorte», a la señora comandante, como él la llamaba. Muy pocas veces le había pedido favores la guerrillera y menos la señora. Ella siempre se había negado a cualquier negociación con los capos de la droga. ¿Qué había ocurrido para este cambio?

—Vamos señora ¿no ve como podemos ser amigos? Al fin y al cabo todos queremos lo mejor para nuestro país. Mire, si los niños de los países ricos quieren matarse comprándonos la droga con el dinero de papá, pues que lo hagan. Cuantos menos sean, mejor. Menos trabajo les costará a ustedes echarlos del país. Ahora va a tener usted la ocasión de ver lo que hacemos nosotros por nuestro pueblo.

Los cuatro subieron al aparato. El capo seguía hablando, dirigiéndose a Marta Cristina en una actitud reverencial y con un tono que quería ser convincente.

—Mario —dijo dirigiéndose al piloto— date una vuelta por Santa María de la Merced. Ya verá, ya verá usted que pueblo hemos hecho, con su hospital, el mejor de la comarca, sus escuelas, su cárcel, su ayuntamiento...

Marta Cristina no se esperaba oír esto último. ¡Ya hasta construían ayuntamientos! Los heridos escuchaban en silencio.

Marta Cristina dijo:

—Esperemos que también tenga los mejores médicos, a ver si me curan a estos dos. Creo que me va a gustar quedarme unos días en su pueblo. No hay tanta prisa para no poder retrasar nuestro viaje, ¿no le parece?

Allí, en el pueblo, después de dejar a los heridos en el hospital, Marta Cristina y el capo fueron conducidos en una limusina

a una especie de palacio de Versalles fortificado. Desde los tejados unos pistoleros vigilaban. A la entrada de un gran jardín un portero armado abrió la verja para que pasara el coche del amo del pueblo.

Dentro de la mansión había otro invitado: un periodista español que estaba haciendo un reportaje sobre los cárteles de la droga. Marta Cristina fue presentada como guerrillera importante y despertó la curiosidad. Le llovieron las preguntas: de dónde venía, cuál era la actividad de la guerrilla en la actualidad... Quería que le dijera cualquier cosa que pudiera interesar a su periódico, pero ella no tenía ganas de hablar en ese momento. Para que la dejara en paz le tuvo que prometer una entrevista para más adelante.

Un camarero con guantes blancos le ofreció una copa de champán. Otros invitados bebían güisqui y vinos españoles. En la ciudad de la droga nadie hacía consumo de ella. Solo el periodista español aspiraba por la nariz el polvo blanco que estaba por todas partes. «No puedo resistir la tentación, sales al campo y está sembrado de coca, los almacenes son de coca, la industria es la transformación de la coca en polvo, las hojas se venden en el mercado, las gentes las mastican en la calle...», se disculpa el periodista ante Marta Cristina.

Durante los días siguientes se hicieron muy amigos. Salían a pasear por los campos cocaleros y hablaban con los campesinos sobre la cosecha. Discutían mientras paseaban sobre los inconvenientes de una alianza entre la guerrilla y los narcotraficantes. Ella desmentía cualquier alianza. Su estancia allí era a consecuencia de los heridos, nada más, afirmaba. Sin embargo, él no quedaba muy convencido. Para ganarse su confianza, le dijo que le iba a mostrar el reportaje que estaba haciendo para su periódico con datos que le había facilitado el jefe de los narcotraficantes. En él se hablaba de un viaje que un destacado líder de la guerrilla iba a efectuar en helicóptero acompañado por los narcos para ratificar un acuerdo importante sobre venta de armas. Ella se calló, pensativa. Para cambiar de conversación, le preguntó al periodista cómo era el periódico para el que trabaja, qué ideolo-

gía tenía, y si se iba a quedar mucho tiempo en Latinoamérica. Él dijo que estaba acabando su reportaje, dentro de dos días tenía previsto irse para su país.

Marta Cristina esa noche no durmió. Se fumó todo el paquete de cigarrillos y salió de la habitación en busca de otro. Se puso una bata de encaje encima del camisón y bajó como una reina mirándose en los espejos de la gran escalera con pasamanos de oro que conducía a la planta baja donde estaba el bar, al lado del gran salón. Eran las cuatro de la madrugada. Todavía había gente sentada en los sillones. Ella intentó que no la vieran y sigilosamente pasó por la otra puerta. El camarero, acurrucado en un sillón de piel detrás del mostrador, dormía con los guantes blancos puestos. Marta Cristina pasó delante de él y alcanzó un paquete de tabaco de la mesa. Entonces abrió los ojos, los volvió a cerrar y continuó durmiendo.

Salió del bar sin que nadie se hubiera dado cuenta, subió la escalera y se metió en su habitación. Sin embargo, alguien la vio llegar y cerrar la puerta. En la habitación de enfrente un hombre ha asomado la cabeza y ha permanecido un rato sin moverse, espiando cualquier movimiento que se produjera en la habitación de la mujer.

Al día siguiente, mientras Marta Cristina desayunaba en el jardín al lado de la piscina, se le acercó muy sonriente el dueño de la casa.

—Tiene usted unas ojeras que la embellecen aún más —le dijo en un tono irónico.

—Sí, no he dormido mucho esta noche —contestó ella tratando de ser amable.

Enseguida baja el periodista español, da los buenos días y comenta que siente mucho tener que irse ahora cuando empieza a resultarle más interesante la estancia en el país. Le dice a Marta Cristina que tienen que aprovechar el poco tiempo que les queda de estar juntos porque apenas le ha contado nada de su vida y a él le gustaría mucho saber más cosas de ella.

Todas las frases de cortesía que el español tiene con Marta Cristina, para el dueño de la casa están cargadas de intenciones amo-

rosas. Alguien había visto a la guerrillera en camión por el pasillo, muy cerca de la habitación del periodista, volviendo sigilosamente a su habitación a altas horas de la noche. No podía venir de otro sitio que no fuera de estar con él. Las mujeres se pierden por los europeos, estaba pensando, cuando oyó decir al periodista:

—Tengo que reponer fuerzas —disculpándose por el copioso desayuno que había pedido al criado.

Ya no necesitaba que se lo confirmasen. Sus sospechas eran ciertas, si no ¿por qué esas sonrisas tan de mañana y esa frase de que «tiene que reponer fuerzas»? Las fuerzas tienen que reponerse cuando se ha estado haciendo algo más que dormir a pierna suelta.

Miró hacia el periodista con sorna y le dedicó una sonrisa de complicidad masculina. Marta Cristina notaba algo raro en aquellas miradas sonrientes que el capo les dirigía a los dos. No levantaba la cabeza de la taza en la que estaba bebiendo su café para no encontrarse con los ojos del dueño de la casa fijos en ella.

—Yo también tomaré café, a ver si me espabila —dice el periodista sirviéndose una taza.

El jefe de los capos le pregunta irónico:

—¿Usted tampoco ha dormido mucho esta noche?

El periodista se extraña de la pregunta y no hace el más mínimo comentario. Marta Cristina entonces cae en la cuenta y empieza a comprender todas aquellas sonrisitas irónicas

y esas frases que no sabía a cuento de qué venían. Alguien la vio anoche salir de su habitación y debió de contárselo al jefe. Ese hombre, pensó Marta Cristina, debe tener espías hasta en los retretes. Sin darse cuenta, desde que llegó, ha estado con el periodista más tiempo que con ningún otro hombre, la conjetura del narco tenía su lógica. Bueno, ¿y por qué no seguir la broma?, se dijo. Podría ser divertido dejarle creer que había algo entre el periodista y ella y que se lo fuera contando a su marido. No sería una mala venganza.

Terminó de tomar el café y, en vez de levantarse como fue su primera intención, esperó sentada en su silla a que terminase el periodista. El capo, después de tomar un zumo, se levantó de la mesa y se despidió no sin antes desearles que pasaran un buen día.

Cuando se hubo ido, Marta Cristina le preguntó al español si no le importaba acompañarla al hospital a ver a los compañeros que habían traído heridos. El periodista aceptó y todos los de la casa pudieron ver —como era el propósito de Marta Cristina— cómo salían los dos juntos de la mansión.

Cuando llegaron al hospital, ella se bajó del coche y él continuó su camino. Quedaron en que volvería a recogerla a la hora del almuerzo para llevarla a un restaurante típico.

El hospital era de superlujo. No tenía nada que ver con los del país. Parecía un hospital importado directamente de Yanqui-landia. Era extraño ver la limpieza y la asepsia que se respiraba dentro. Los guerrilleros estaban en una misma habitación. Uno tenía una pierna amputada y caminaba con dos bastones. El otro estaba tumbado en la cama y se incorporó al ver entrar a Marta Cristina.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó esta—. Tenemos que hablar en otro sitio. Vamos, haz un esfuerzo y salgamos al jardín, añadió muy seria.

Temía que hubiera micrófonos ocultos en alguna parte de la habitación.

Salieron y se sentaron en un banco. Marta Cristina les contó que había cambiado de planes. No podía contarles las razones pero era preciso que abandonaran el país.

—¿Has tenido órdenes del comandante? —le preguntó el más joven.

—Todavía no se ha comunicado conmigo, pero no puedo cumplir con el plan que teníamos previsto. Voy a hacer algo que no le va gustar nada a Pablo Carmena y quiero que lo sepáis porque puede que quiera tomar represalias con vosotros. Creo que deberíais salir del país conmigo. Es la única manera de escapar vivos los tres.

—¿Y adónde vamos? Yo no tengo ningún sitio donde ir —dijo el de la pierna amputada—. Toda mi vida se la he entregado a la guerrilla y quiero seguir estando con mis compañeros.

—Puedes venir a Cuba. Allí te pondrán una pierna ortopédica y podrás caminar. No pensarás seguir en la montaña con dos bas-

tones. Puedes ser más útil a tu país desde otro frente. Desde allí ya veríais la manera de regresar, si es que queréis hacerlo.

—¿Tú también vendrías a Cuba?

—Pero solo de paso. No os puedo decir a donde voy. De momento voy a dejar que crean que me he enamorado del periodista y que voy a pasar unos días en Cuba con él.

—Al comandante no le va a gustar que la gente crea que su mujer se va con otro, aunque sea mentira.

—El comandante deberá estar por encima de los comadros. Yo no os estoy dando ninguna orden. Y no estáis bajo mis órdenes. Pero creo que lo mejor es que salgamos mañana todos para Cuba. A los narcos no les gusta que se les engañe y yo voy a engañarlos —siguió diciendo Marta Cristina.

Volvieron a la habitación y Marta Cristina se despidió de ellos. El coche del periodista la esperaba fuera. No podía dominar la excitación que le producía ver tan cerca el momento de su huida. Llevaba algún tiempo planeándola, pero ahora las circunstancias se la estaban poniendo en bandeja. No se quedaría en Cuba. Continuaría el viaje con el periodista hasta su país. Se iría a España en vez de ir a recoger las armas que le tenían que dar los narcos. Ella nunca había estado de acuerdo con tales tratos. Pensaba que tratar con esa gente era manchar la honra de la guerrilla.

Se fue a comer con el español a un restaurante cerca de la playa. Un camarero echó del local a una niña que iba de mesa en mesa vendiendo los huevos de tortuga que llevaba en un cesto. El periodista preguntó extrañado.

—¿No está prohibida su venta?

—Sí —contesta Marta Cristina—. Está prohibida por leyes nacionales e internacionales porque estas tortugas son una especie en extinción, pero en este país no se cumplen más leyes que las de Carmena y sus amigos. Y a ellos les importan muy poco las tortugas o el equilibrio del planeta.

Desde la mesa en la que están sentados ven como se para un coche americano de tres metros de largo en la puerta del restaurante; se bajan de él cuatro matones con gafas negras y chalecos

abultados por las armas que esconden debajo; se sientan en una mesa junto a la de Marta Cristina y llaman al camarero.

—Están en todas partes —dice el periodista.

—No conviene hacernos sus enemigos. Vamos a hacer como si no nos importara su presencia.

—Comamos y vayámonos pronto a otro sitio.

—¿Adónde? Solo conozco un sitio donde es un poco más difícil verlos, aunque no es el sitio más apropiado para hablar precisamente.

—¿Mi habitación o la tuya?

El vino, la comida, el sopor de la siesta en el trópico, todo contribuye a que la pregunta que los de la mesa de al lado han oído —¿mi habitación o la tuya?— se interprete de una precisa manera. Son una pareja, un hombre y una mujer en una playa, y van a buscar un lugar secreto para no sentirse espiados.

Escuchan como la mujer contesta afirmativamente:

—Podemos hablar en mi habitación. Tengo que proponerte algo.

Hacía calor en el restaurante. El periodista pidió otras cervezas. Pensó que había entendido mal lo que le había dicho Marta Cristina y quiso que la otra ratificara lo dicho.

—¿Quieres que vaya esta noche a tu habitación?

—Sí, voy a hacerte proposiciones, pero no deshonestas.

—Pues me encantaría que me las hicieras. Aceptaría encantado.

—Muchas gracias —contestó Marta Cristina y no supo más que decir. El periodista no le atraía lo más mínimo.

La conversación, y quizá también las cervezas, animaron al otro a ser cariñoso. Cogió una mano de Marta Cristina entre las suyas y la miró cálidamente. Los de la otra mesa estaban tomando nota de todo. Marta Cristina parecía no darse cuenta pero observaba como los otros los miraban y solo por eso acercó sus labios a los del periodista que se quedó desconcertado.

Marta Cristina pidió la cuenta. El camarero se la ofreció al caballero, que pagó y caminó deprisa hacia la salida, siguiendo a la mujer, sin mirar a nadie más que a ella. No reparó en las miradas de los narcos de la mesa de al lado ni en la sonrisa del camarero.

—El pibe tiene prisa por estar en los brazos de su mamita —comenta uno haciendo alusión a la diferencia de edad de la pareja.

—El comandante tiene muchas novias, pero su señora tampoco pierde el tiempo. Tiene sus años pero está todavía bien guapa. ¡Vamos que encapricharse de ese mocoso! Creo que el jefe también quiso tirársela, pero que no lo hizo por respeto al comandante en jefe.

—¡Eso sí que tiene gracia! —dijo otro de la mesa.

—El jefe las tiene mejores que esta.

—Y a esta señora la tendrá muy pronto. La semana que viene tendremos un viaje con ellos dos. Y ya se ve que es mucha mujer para estar sin un hombre al lado. Claro que si no la quiere el jefe, aquí estoy yo para contentarla.

Los de la mesa siguieron con la conversación cada vez más subida de tono conforme iba aumentando la ingestión de alcohol en la comida.

Esa noche, en la habitación de Marta Cristina, alguien, desde fuera, llama a la puerta con los nudillos, suavemente.

Marta Cristina se levanta corriendo, a abrir y, una vez dentro el visitante, cierra con llave. Parece divertida.

—¡Mira que llamar a la puerta! A la habitación de la amada se pasa con sigilo, como un ladrón, y no pidiendo permiso —dice en voz baja.

—Perdona —contesta el otro también en voz baja—. Pero, ¿por qué hablamos tan bajito?

—Nunca se sabe si tienen micrófonos escondidos o si alguien está escuchando detrás de las puertas. Por si acaso, va a ser mejor que apaguemos la luz y que nos metamos en la cama, así que ya puedes ir desnudándote.

—¡Qué invitación más directa! —dice el periodista un poco aturdido.

—Tómalo como quieras, pero creo que todas las precauciones son pocas. Lo vas a comprender cuando te explique lo que quiero hacer —dice Marta Cristina mientras empieza a desnudarse sin ningún erotismo y se mete en la cama.

El otro se quita los pantalones y la camisa y se sienta junto a ella.

—Ven, acércate. Tenemos que hablar en voz muy baja por si hay micrófonos escondidos. No me extrañaría nada. Era verdad lo que te dijo Carmena de la colaboración con la guerrilla y de una próxima compra de armas. Yo soy la representante de la guerrilla que tiene que ir a Panamá a hacer las transacciones. Pero, como ves, estoy posponiendo mi viaje todo lo que puedo porque no estoy conforme con esos acuerdos. Odio tener tales aliados. Y cuando te he visto a ti he decidido cambiar de planes.

—¿A mí? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

—Mucho, si estás dispuesto a ayudarme. Quiero ir contigo a España. No te asustes. No se trata de querer ir a vivir contigo toda la vida. Solo tienes que llevarme allí para que pueda pedir asilo político. Voy a dejar la guerrilla. Es una decisión que he tomado hace unos días y ahora se me presenta la ocasión de llevarla a cabo si cuento con tu ayuda. Tú no te comprometes a nada. Solo quiero que Carmena crea que estoy enamorada de ti y que me voy contigo para pasar unos días en Cuba a tu lado. Desde allí me será fácil conseguir un billete para España. Podemos pasar unos días juntos en la isla si tú quieres y luego, cuando llegue a España, cada uno se va por su lado. No te pido más.

—Pero ¿por qué? Aquí tienes a tu familia, a tu marido, a tu gente...

—Tengo las manos manchadas de sangre y no quiero manchármelas más... Además, esta gente de coches de lujo y avionetas privadas me repatea. No puedo consentir tener por aliados a esos hombres de sellos de oro en los dedos. No, esos no son el pueblo. Esos son sucios capitalistas. Ricachones que no dudarían en matar a su madre con tal de vivir en ese lujo con el que deslumbran a los campesinos.

—Cuenta con mi ayuda —le dice muy serio él. Luego se echa en la cama alejado de ella.

Pero esto que te he dicho no quiere decir que no me guste estar contigo, de verdad. Confío en ti. Puede hasta resultar divertido. Tenemos que actuar para que Carmena crea que me tie-

nes tan loca que he pospuesto mi viaje con él para pasar unos días de amor contigo.

—¡Y yo que creía que te gustaba de verdad!

—Y me gustas un poquito —dice Marta Cristina tratando de devolverle la confianza en sí mismo mientras va acercándose cada vez más a él.

Él se levanta para ir al baño y hace ruido. Detrás de la puerta se oyen unos pasos alejarse. Marta Cristina apaga la luz, le dice:

—Esta noche no puedes irte. Tienes que quedarte conmigo, si te vas no voy a poder dormir.

—Bueno, si me lo pides así no me queda otro remedio. Pero yo también te voy a pedir algunas cosas.

## CUMPLIENDO CON EL RITO DE LA LUNA

**N**azco otra vez. Esta enorme ciudad extraña es mi patria ahora. Mi cuna, esta cama de colchón desvencijado en la que mil mantas no me quitarían el frío. Por el balcón pasa una luz violeta que me da más frío todavía. Mis ropas no son las adecuadas para este clima, tengo que conseguir en alguna parte un abrigo. Extiendo mi runa, tan bonita, que no me puedo poner nada más que para estar aquí. Y encima de ella, otra manta. Tengo frío en el corazón. Y sequedad. Soy un olmo seco que no da fruto. Mi fruto ¿dónde están tantos años perdidos en la montaña?, ¿dónde están los frutos de los que murieron? ¡Han sido tantos! Una parte de mí se ha ido con ellos. Yo también debí morir.

Un descanso. Creo que me merezco un descanso. Veinte años de entrega a la Revolución. Veinte años con trescientos sesenta y cinco días y trescientas sesenta y cinco noches soñando. Yo, la heroína; yo, la sacrificada; yo, la madre de un mundo nuevo. He renunciado a la maternidad para parir ese mundo, y después de veinte años de alimentarlo en mis entrañas he abortado. Mi niño muerto. Mi yo perdido. Nosotros, los parias de la Tierra, condenados a vivir ya sin esperanza. El frío me roe los huesos. Los chillidos de esa pareja de al lado me van a volver loca. Los llantos de la mujer son pura congoja y él es un histérico. Tiene celos y la maltrata. Los golpes resuenan en las paredes, pero ella lo quiere. Es un perro con amo, no un perro vagabundo como yo. No puedo intervenir. Soy una extraña aquí. Los golpes también me duelen a mí pero más me duele ese llanto. Y luego, mañana, saldrán juntos de la habitación cogidos de la mano como si no hubiera pasado nada, como si los golpes y los llantos fueran solo un ritual dentro de su particular preámbulo amoroso. Para ellos es así, para mí, en cambio, es una tortura añadida. Alguna noche me acostumbraré

y el llanto de la mujer será como un mosquito molesto de la selva al que terminas por habituarte. Y ese día estaré más perdida todavía, lo sé. El corazón se hará de corcho, como mis piernas ahora, como mi cerebro. Soy una máquina que todavía funciona. Una máquina, no un ser humano. No siento amor por nadie en este momento. Ni pena tampoco. Los llantos de la mujer me traen compasiones antiguas, pero solo son eso, recuerdos que voy exorcizando. Las mujeres sufrimos tanto..., unas veces por los hombres y otras por nuestra soledad. La soledad de las madres. Los hombres reciben cuidados maternos de las mujeres. Pero, ¿quién da cuidados maternos a las madres? Mi mamita, la pobre. Nunca comprendió que abandonara la casa familiar, su regazo. ¡Si pudiera volver a él! Mi hogar burgués, tan calentito; mi mamá, tan amorosa. Y yo, la niña querida. La niña lumbrera. La niña que prometía tanto. ¡Hace ya tanto tiempo! Las imágenes son fotogramas de una película antigua, y mi mente un simple proyector. Yo no soy aquella. Soy una máquina de recordar. No tengo fuerzas para sentir, ni para actuar, ni para moverme.

Ahora tendría que ir al lavabo, me estoy haciendo pis. Pero salir de la habitación, cruzar todo el pasillo, es toda una odisea. Y luego, seguramente, tener que esperar a que el cuarto de baño esté vacío. Y saludar a quien salga de él. Sonreír. Aguantar las caras largas de los inquilinos de las otras habitaciones. Aguantar sus miradas escrutadoras. Y si el que está dentro es el viejito de al lado, agradecer sus cortesías. Prefiero que sea el argentino. Se sentirá obligado a dirigirme una mirada obscena y luego se fijará descaradamente en las arrugas de mi cara sin maquillaje. A pesar del aspecto desastroso que tengo me dirá:

—Marta Cristina, estás apetecible. ¿Por qué no te venés a mi cama?

Y yo le daré las gracias como el otro día, dejándole sorprendido. Y, una vez cumplido el ritual, seguirá su camino sin más conversación. De la misma manera que la profesora de idiomas pasará por mi lado y me dirá:

—Hola, ¿cómo estás?

Y yo le sonreiré y le diré que bien, pero no diré más.

Tengo que hacerme con un recipiente para no tener que salir a cada momento. Una bacinilla. Otro signo de decrepitud.

Me voy a comprar unas gafas negras para salir al baño.

Unas gafas que me escondan de las miradas. Lo que más me gusta de esta pensión es que no hay espejos. Llevo sin mirarme la cara más de una semana, el tiempo que estoy aquí. Ya siete días. Ha pasado un sábado, un domingo, un lunes, un martes... Y todavía tengo frío. No es que esté destemplada por el viaje, ni por los cambios de hora... No, es que soy una planta marchita y por eso no me aclimato. No tengo sangre en las venas. Mi sangre debe estar corrompida. Como la sangre de una menstruación. Ah, está a punto de venirme la «regla» como dicen aquí. ¡Qué castigo! Y qué palabra más fea: la regla. Será por la regularidad con que viene. O por el fastidio con que se cumple la fecha de su llegada. Mis visitas al váter van a tener que ser más frecuentes. Y tendré una disculpa para pasarme otra semana en la cama sin hacer nada. Me da miedo salir al exterior.

No tengo la curiosidad que tenía por conocer nuevos lugares. Todos los lugares son iguales, y todos los hombres el mismo hombre. No, no necesito ninguno a mi lado. No echo de menos caricias masculinas. Solo añoro el regazo de mi madre, sus cuidados de cuando era niña. Me peinaba mojando el peine en una palangana. Con una mano sujetaba mi pelo y con la otra me acariciaba con el peine. Nunca me daba un beso. ¡Tenía tantas cosas que hacer! A mis hermanos, tampoco, ni a papá. Nunca he visto a mi mamá besar a nadie salvo a las visitas y eran besos de cumplido. Sin embargo su amor se notaba por toda la casa. Era un amor caliente y arropador. Un amor que estaba siempre ahí como el fuego de los hogares antiguos que no se apagan nunca. El cuerpo de mi madre era todo ternura. Estar cerca de él ya te daba seguridad. Cuando nos caíamos o nos dábamos un golpe, ella nos tocaba la parte dañada y ya no nos dolía. Pero cuando nos pegábamos con los otros niños y veníamos a refugiarnos en ella, no nos hacía caso. Si teníamos heridas, nos curaba, pero también curaba a los otros niños igual que a nosotros. Y no nos daba la razón. A mí entonces me parecía injusto, porque los niños tenían

a sus madres que los defendían. La mía en cambio, parecía la madre de todos. Luego, sin embargo, cuando fui mayor, quería retenerme junto ella y evitarme todos los peligros.

—¿Qué te importan a ti los demás?, me decía. A ti lo que debe importarte es solo tu familia. No nos des este disgusto, hija mía. A ti no se te ha perdido nada en la montaña.

La montaña era algo más que un cerro verde. La montaña no era un capricho de juventud, ni una manera de buscar aventuras, mamita. Había que ir a la montaña para ser consecuente con lo que tú me habías enseñado sin darte cuenta. Y tu dolor fue lo que más me dolió del mundo. ¡Hacernos esto a nosotros!, decías. Pero yo sabía que más profundo que el orgullo herido y más profundo que la vergüenza de que tu hija se acogiese a la causa de los desarrapados, de los libertinos y de los sin tierra, estaba el dolor de perderme, el dolor de no tenerme más a tu lado. Si por ti hubiera sido, el tiempo que transcurrió sin vernos hubiera sido menor. Pero estaba papá. Y su orgullo, que era mucho mayor que el tuyo. También me quería a su manera, pobre papá. Pero no quiso perdonarme. Yo sí le perdoné. Pero mi perdón, para él, no tenía ningún valor. Era peor que una prostituta. Había dejado una familia respetable para vagar por esos mundos con gentes que, según él, no respetaban a las mujeres. Su orgullo calderoniano entraba en juego y podía más que su amor por mí. Creo que de haber vuelto por la casa me habría matado para salvar su honor. Además, hubiera matado un enemigo. Una hija suya con esos terroristas mal nacidos. Luego me contaste, pasados más de cinco años, que una vez te preguntó por mí y que leía a escondidas los periódicos en los que se daba cuenta de nuestras acciones. ¿De verdad que le viste llorar cuando me condenaron a muerte, mamita? Yo sí que lloré entonces cuando me lo contaste en la cárcel. Mi padre había llorado por mí. Mi papito, al que tanto quería, me había perdonado. Porque yo lo interpreté así. Y cuando tú, o cualquiera de mis hermanos, veníais a verme, no me atrevía a preguntaros por él. Esperaba que algún día se decidiría también él a venir. Pero ni siquiera me mandó un mensaje con vosotros. Nada. Su hija había muerto para él, como me dijo

aquel último día que nos vimos. Y ya no le vi más. Ni siquiera pude ir a su entierro. Me enteré de su muerte casi un año después. Yo no estaba en Colombia entonces. Estaba en otro país, recibiendo entrenamiento militar. Y lloré, Dios sabe cuánto lloré. Por la noche no me atrevía a salir de la tienda y ahogaba los gemidos como podía, metiendo la cabeza dentro del saco sábana en la que dormíamos. Pero a pleno día, muchas veces, en el campo de maniobras, daba rienda suelta a mis ganas de llorar. El ruido de las explosiones y de los disparos ensordecía el que hacía yo llorando con rabia por la incompreensión de mi padre. Porque, además de su muerte, lloraba la falta de una oportunidad de reconciliarme con él. Tu carta me decía: hija mía seguro que en sus últimos momentos te ha perdonado. Pero yo no quería solo su perdón. Yo quería su amor y que me comprendiera. ¡Maldito orgullo de mierda!

En aquel campamento militar estuve más cerca de mi padre que nunca. Él no había podido desaparecer, dejándome así. Hablaba con él sentada en la arena del desierto debajo de aquella media luna creciente. El machismo no es exclusivo de nuestro continente. Para aquellos soldados yo no era una compañera más. Yo era la mujer del compañero Carlos y por eso no osaban acercármeme. No me miraban nunca directamente a los ojos. No era por timidez, creo yo, sino porque les habían prohibido «mirarme como mujer» y a ellos les resultaba difícil hacerlo de otra manera, me confesaría luego un oficial. En aquel país había una ley, todavía vigente, que permite lapidar a la esposa adúltera. Los hombres, en cambio, además de tener varias mujeres legalmente, buscaban tener relaciones extraconyugales con quien podían, no importaba quien fuera. Lo mismo que nuestros hombres. En el único aspecto en que se diferenciaban era en lo de la legalidad de tener varias mujeres. Aunque ¡ya ves lo que importan las leyes en Colombia!

Ya estoy menstruando. Esta palabra es más bonita que período. Más bonita también que regla. La prefiero porque tiene que ver con la luna. «Mens» significa eso, Luna, y el resto de la palabra, según he leído, significa cambio, giro, ciclo o algo así.

Nuestros indios tienen leyendas en las que nos relacionan a las mujeres con la Luna. La Luna fue la Primera Mujer. Su verdadera forma es redonda, como la vemos los días de luna llena, pero enferma todos los meses, como las mujeres, y va adelgazando por los fluidos que pierde hasta quedar menguante.

En alemán a la menstruación se le llama la Luna. Ah, y en francés también, a estos días en que la mujer menstrúa se le llama «le moment de la lune». Los mandingo usan la misma palabra, carro, para llamar a la Luna y a la menstruación. Tienen razón, tener esto todos los meses es una carga, un carro que hay que tirar de él. En la India también llaman lo mismo a la Luna y a la sangre de la menstruación. ¡Sorprendente! Todos los países le echan la culpa de nuestros males a la Luna. Las niñas maoríes empiezan a ser mujeres después de haber tenido contacto con la Luna durante el sueño. Bien, pues yo, siguiendo las costumbres indias y de la mayoría de los pueblos que habitan el planeta Tierra, voy a concederme un tiempo sagrado para menstruar. No voy a salir a la calle, no voy a hablar con nadie. Voy a cerrar la puerta de mi habitación a cal y a canto para que no se me meta el viejito cariñoso, y voy a ir al baño con cara de pocos amigos para que nadie se detenga a conversar conmigo. Esta mañana salí con mis gafas negras a la tienda de abajo a comprar comida para una semana. He subido leche, nescafé, galletas, pan, queso y cuatro botellas de vino que me ha parecido muy barato. Más barato que las otras cosas que he comprado. Me voy a emborrachar. Voy a dedicarme a la orgía solitaria de la diosa Luna. Voy a dejarme los recuerdos en la alcancía del alma, para sacarlos más adelante, cuando sea vieja del todo y tenga el pelo blanco. Entonces contaré a mis nietas la odisea de su abuela, guerrillera de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, que luchó para salvar a Latinoamérica de la miseria. Puede que ellas piensen que tenían una abuela loca porque los países de América Latina son muchos y que no se pueden liberar juntos y con la misma política. Y se reirán de mí como yo me he reído esta mañana de la gringa que enseña idiomas.

Me he encontrado con ella en la cafetería cuando he bajado a comprar. He pasado a tomarme un café caliente y ella estaba allí desayunando. Me ha invitado a sentarme y me ha contado que pertenece a un grupo de mujeres feministas en Estados Unidos que tienen como objetivo cambiar la política de su país. La carcajada me ha brotado del alma. Se ha sorprendido de lo extemporáneo de mi risa, pero también se ha reído, creo que por contagio.

Quería parar de reír y no podía. Las lágrimas salían de mis ojos y he tenido que sacar las gafas de sol para ocultarlas. Después de reír tanto me han entrado ganas de llorar de verdad. Le he pedido disculpas a Deborah —así me ha dicho que se llama— y me he terminado el café de un trago. Ella se ha ofrecido pedirme otro. En vez de café he tomado una copa de coñac doble. Menos mal que ha pagado ella todo, me hubiera gastado en el licor la mitad del dinero que me queda hasta la próxima paga de la Cruz Roja. Me hago un lío con estos precios. No hay proporción en el valor de las cosas. Una copa de coñac cuesta tanto como tres litros de vino. El día que llegué me cobraron por una tortilla francesa en el aeropuerto una fortuna. No puedo entrar en los bares. A este paso no voy a tener bastante dinero para pagar la pensión. El dinero que traje se va yendo como la espuma. La gringa me ha parecido buena gente. Tiene una sonrisa bobalicona, sonrisa de Coca Cola. La sonrisa de felicidad y satisfacción de la gente bien alimentada. Se saben miembros de un imperio. ¡Mira por donde unas cuantas mujeres no están contentas con la política imperialista y quieren enmendar la plana nada menos que a la Casa Blanca! Es lo más divertido que he oído desde que estoy aquí. Cuando se lo cuente a Carlos se va a reír de lo lindo.

¿A qué viene ahora acordarse de él? Me propuse darle la vuelta a la hoja de esa historia. Es un capítulo pasado. Pero me acordé de él, y de la demás gente, esta mañana hablando con la gringa. ¡Nuestros prejuicios a todo lo yanqui! Pero la bobalicona esta me ha cautivado con su ingenuidad. Lo ha dicho tan seria y tan convencida:

—Somos un grupo de mujeres que estamos intentando cambiar la política de nuestro país.

Como si fuera lo más natural del mundo. Otras se unen para ir de compras o para jugar a la canasta pero ella se reúne con sus amigas para cambiar el mundo.

—Ríete, ríete mucho... —y ha añadido que si necesitaba compañía, ella podía acompañarme «algunos momentos».

No, no quiero ver a nadie ni hacer amistad con gringos. Tengo que recomponerme yo sola. Con ayuda de la diosa Luna y de las cuatro botellas de vino que me pienso tomar una detrás de otra.

Dormir. Me hace falta dormir y tener sueños bonitos. Sueños que me saquen de la desolación en que vivo. No quiero pensar porque me da miedo sufrir. He llegado al umbral del dolor. Por eso tengo el corazón de corcho y la mente paralizada. Tengo la puerta del futuro bloqueada, no quiero preocupaciones. También consigo cerrar de vez en cuando la puerta de los recuerdos. Escapar soñando, eso es lo que me hace falta. En la cárcel lo hice. El entorno me hacía tanto daño que no podía vivir allí dentro. No podía pensar en el porvenir. Yo no tenía porvenir. Mi porvenir era esperar la sentencia de muerte y luego, cuando me la comunicaron, esperar que la cumplieran. Claro que todo el mundo confiaba en una amnistía. Todo el mundo menos yo. Yo viví mi condena de muerte y eso no era lo peor. Lo peor era estar un mes tras otro, y un año tras otro, y que no ocurre nada. Estar a merced de un ente invisible: el poder. ¿O era el destino? ¿Por qué de todos los que intervenimos en la toma de la Central Eléctrica solo quedo viva yo? ¿Qué milagro fue ese? ¿O qué fatalidad?

Tenía que salir de alguna manera de la cárcel. Tenía que estar en otro sitio mientras torturaban mi cuerpo. Y el único camino posible era la fantasía. Me despertaba por la mañana y me introducía en un personaje imaginario. Ahora voy a ser una viejecita que está descansando después de regar su jardín. Por la ventana me viene el perfume de las rosas. Oigo el abejorro que trae la buena suerte, que da vueltas sobre mi cabeza mientras yo dormito en la mecedora. Hay moscas de verano. Oír su zumbido es agradable. Y no me molestan. Tengo que inventarme algún cuento para cuando vengan mis nietos. Siempre están pidiéndome nuevas historias y cuando me canso y se las cuento breves

me dicen: «Abuela, un cuento pero que no sea resumido». Me gusta tener a mis nietos alrededor, acariciar sus cabecitas y apretarlos contra mí cuando se suben a mis rodillas asustados por algún motivo del relato. Quieren cuentos que tengan sus nombres. Llegué a tener tal perfección en el personaje de la contadora de cuentos que me pasaba el día contando historias a las reclusas. Algunas se ponían a mi alrededor siguiéndome el juego. Eso era lo más bonito. Escuchaban atentas con toda la inocencia y la curiosidad de los niños. Me hacían preguntas y me llamaban abuelita, desempeñando también ellas el papel que yo les había adjudicado. Una vez una de ellas, una prostituta a la que luego ahorcaron por haber matado a un hombre, me miró fijamente a los ojos y me dijo: «Abuelita, no me cuentes un cuento de miedo que ya tengo bastante, cuéntame uno alegre, uno de esos de princesas que se casan, tienen hijos y viven felices».

Yo supe que ella sabía que yo no estaba loca, pero seguí contando mi cuento variando el final para adaptarlo a lo que ella me pedía. No quise indagar en su historia. Un día dejé de verla y me dijeron que la habían ajusticiado. Su condena se había cumplido. En cuanto a mí, llegó un día en que dejé de sentir pena o curiosidad por nada. Seguía sintiendo dolor, pero era un dolor inmediato. Un dolor puntual y físico que se acababa nada más salir de aquella habitación de tortura. Las heridas me duraban algún tiempo, pero llegué a creerme que eran achaques de la edad. Una vez me dejaron tan baldados los riñones que estuve caminando inclinada tres meses. Bueno, pues llegué a creerme que era así de pequeña. Les decía a las otras reclusas que me hubiera gustado ser tan alta como ellas y alguna vez intentaron enderezarme. El dolor era tan grande que me ponía a gritar y entonces ellas me dejaban. A mi madre le dijeron que me había vuelto loca y entonces fue cuando vino a verme a escondidas.

Mis libaciones a la Luna están curándome de todo el rencor acumulado. El vino blanco, perfecto en su copa de cristal, también blanca, descansa sobre un mantel blanco encima de una caja de cartón que hace de mesita de noche. Por el suelo folios, también blancos, esperan que ponga en orden mi vida. El pasado es

un relato que tengo que arrojar de mí para que no me tenga atrapada. Hoy empieza la ceremonia. Es lunes, el día consagrado a la diosa, hoy empieza la segunda semana de mi estancia en este país que me ha acogido como refugiada política. El número dos también es un número sagrado, el número de la Luna. Primero el Sol y luego la Luna. La Luna es el número dos. ¿O es el trece? A ver. También hoy se cumplen trece noches de mi estancia. Trece, el número de los idus. Otro número lunar. Me asomo al balcón a estas horas de la madrugada y veo una Luna que empieza a menguar. Los últimos borrachos vomitan en la calle. Dejo de mirar hacia abajo. Solo me interesa notar la presencia benéfica de la Luna allá arriba. Estoy libando en honor de la diosa Istar, Hécate o Diana. Mi papá me solía decir cuando era muy pequeña: «¿Dónde está la señorita que hablaba con la Luna?». Pues bien, aquí estoy hablando con ella. He puesto un chal con bordados a manera de tapiz en una de las paredes. Un pañuelo de la cabeza hace las veces de mantel. También he comprado una vela y una copa muy bonita de cristal. Todo este escenario solo para mí. Pasaré dos días y dos noches en esta habitación. Dos días y dos noches más y luego saldré a la calle.

La menstruación esta vez es tan dolorosa como un aborto. Mis entrañas se retuercen arrojando todas las sustancias putrefactas que tenía en el cuerpo y en el alma. El vino será mi único calmante. A pesar del dolor, gozo saboreándolo. Lo bebo a pequeños sorbos, sin prisa, como si fuera un líquido sagrado. Cada vez siento menos el frío. Me voy aclimatando. La frialdad del planeta lunar va teniendo otra adeptas. La belleza de la Luna es así, fría y distante. Me estoy iniciando en el culto de las vírgenes de esa diosa. Las vírgenes de la diosa hacen lo que hacen, no por el deseo de gustar a los hombres, ni para ser aceptadas o aprobadas, ni por ningún deseo de obtener amor o poder sobre otros. Lo hacen porque es verdadero. Se guían por la intuición y, a través de ella, conectan con los estratos más profundos de la vida. Con lo que es. No usan su instinto para atraer a ningún hombre, ni para adivinar sus deseos y ser una con él. Su divino poder no depende de su relación con un dios-marido, y por tanto sus ac-

ciones no dependen de la necesidad de adaptarse a él o estar de acuerdo con su carácter o con lo que se espera de ellas. Las vírgenes de la diosa, entre las que me encuentro, se consagran a ellas mismas, porque ellas son igual de importantes. ¡Cuánto tiempo perdido siendo otros! ¡He vivido las vidas de tanta gente! Menos la mía. Así pasa, ahora no me encuentro. Ahora busco dentro de mí quién soy yo y no soy nadie. Solo soy un montón de relatos y de historias en las que las protagonistas han sido otras personas. Mi yo es un ente narrativo que agrupa miles de episodios diversos sin más unidad que la de tenerme a mí como observadora. El protagonista principal ha sido el dios-marido, el comandante en jefe, el padre de todos, mi verdugo. Pero eso quedó ya atrás. Me liberé de las redes del amor. De ese amor a los hombres que nos destroza a las mujeres porque te convierte en eco. Eco de sus ideas, eco de sus palabras, eco de sus acciones y remedio de sus desmanes. Yo había renunciado a tener una casa, había renunciado a mi hogar para entregarme generosamente a la gran causa.

La Revolución era mi familia. Pero convertimos nuestra relación en un pequeño hogar de puertas abiertas. Abiertas para ti, porque yo en él me sentía más prisionera que la india que no sale de su choza, o que mi madre en su casa llena de hijos y parientes. Yo no te hacía la comida ni te lavaba los calcetines, pero tú estabas ahí como dios supremo y tus deseos, para mí, eran órdenes. A mí acudían las chiquitas a las que habías dejado embarazadas a pedirme consejo. Tú ni te acordabas de sus nombres. Venían a mí en calidad de reina consorte, a presentarme el fruto de tu condescendencia hacia ellas. No se atrevían a acudir a ti. ¡Cómo iban a hacer perder el tiempo a todo un comandante de la Revolución con esas vainas de mujeres! He tenido que cuidar de esas compañeras, algunas eran niñas de no más de catorce años. Las he tenido cerca de mí y he asistido a veces a sus partos. Tú me lo agradecías cuando te presentaba alguno de tus hijos. No podría vivir sin ti, me decías, y yo acariciaba tu cabeza de cabellos ensortijados y me hundía en tu amor y en la satisfacción de que el mío fuera tan grande. El amor no tiene que ser pose-

sivo, me decías al principio de nuestras relaciones. Y yo conseguí que el mío no lo fuera. Conseguí poder compartirte con tantas otras y verlas como mis hermanas o como mis hijas, porque esa era la única manera de poder tenerte.

Yo presumía de ser libre. Y he tenido algunos amores, no voyas a creerte. Pero no eran tan ostentosos como los tuyos. Los míos eran secretos. Hubiera sido un sacrilegio entre los compañeros revolucionarios que la mamita grande le hubiera hecho eso al comandante. Así eran las cosas. Y la mamita grande, como no quería hacer sufrir a nadie y se debía a la causa de los oprimidos, se dejaba de «historias burguesas» y vivía para la Revolución. Ese era mi amor más grande: la Revolución, y tú, que eras su oficiente mayor. ¡Era tan feliz entre tus brazos! ¡Cómo no iba a comprender a las peladitas que se arrojaban a ellos! Tú eras tan tierno y tan lleno de amor, que tenías para todo el mundo. Hasta para tus hijos. Tus hijos te adoran, están orgullosos de tener un padre tan valiente. ¡Dios mío, la violencia que están aprendiendo esos niños! A lo mejor tienen más suerte los que no te conocen.

¿Sabes? Soy la madrina de una hija tuya que no has visto nunca. La llamé Diana porque quise. No te dije nada porque la peladita mamá había muerto cuando yo conocí a la niña. Fue en aquel pueblito donde nos despedimos por última vez. Me lo dijo el curandero donde me alojé con los heridos. El viejito adivinaba en el alma de las personas. De mí sabía cosas que ahorita mismo estoy descubriendo. Sabía más de mí que yo misma. Sabía que iba a dejar de querer algún día y me dijo que eso no era malo. Que había que aprender a querer de otra manera y que el hielo quema tanto como el fuego. Hablaba del hielo de mi corazón, de la frialdad de que tuve que hacer gala para desbaratar un plan tan importante para nuestros hombres. Dejé al comandante en jefe como un malqueda y un traidor delante del cártel de la droga. Y esas gentes no se andan con chiquitas. Con la ayuda que nos hubieran dado, además de las armas, podíamos haber alimentado a cientos de personas. Pero tuve duro el corazón esa vez y no pensé en los otros. Pensé: si se mueren de hambre, que se mueran. Y si los narcos toman su venganza, que lo hagan. Yo

voy a buscar la paz. La paz para mí. Ya no confiaba en ser capaz de encontrar ningún camino de paz para mi pueblo.

La niña Diana tenía solo unos meses. La cuidaba una mujer que tenía cinco hijos más, el más pequeño de la edad de ella. Tenía leche para los dos, me dijo. Yo le pregunté si eran gemelos los dos niños que amamantaba, aunque uno me parecía mayor que el otro. Me sonrió y no me contestó nada. El curandero me dijo quién era el padre de la niña que no era de la india. Me dijo también que la madre había muerto en su casa, hacía cosa de un mes, después de parir a la criatura. Él iba a cuidar de ella cuando fuera mayor porque no tenía más familia. La mamá había venido de muy lejos, recorriendo la selva a pie para unirse a la Revolución, me contó. Quería que su hijo naciera en la montaña y que fuera un hombre para la lucha. También le dijo quién era el padre. Pero no fue un varoncito lo que nació, sino una hembrita. Y yo le puse el nombre de Diana sin darme cuenta de que con eso la ligaba a mí. Va a ser mi hija, no la tuya, porque el viejo nunca te hablará de esto, ni yo tampoco. Ahora no, pero cuando pasen unos años, si todavía vivo, me interesaré por ella y la traeré a mi lado para consagrarla al culto de la diosa que lleva su nombre. Será otra virgen más de la Luna que desconocerá por siempre el nombre de su dios-padre. Así no sufrirá como he sufrido yo.

El vino surte su efecto, he pasado todo el día durmiendo y ahora, en estas horas del atardecer, me siento como una mujer nueva. No tengo ni asomo de resaca, solo frío otra vez. Me han despertado los últimos rayos de sol que han pasado a la habitación por reflejo de los cristales de la casa de enfrente. Ha sido dulce este momento. Estoy aprendiendo a soñar. No recuerdo muy bien lo que he soñado, pero me he vuelto a dormir porque estaba dentro de una historia agradable. Había mucha gente que no conocía, pero no me sentía extraña entre ellos. Una mujer me hablaba en un idioma raro. Había también un gato y un perro. Yo acaricié al perro y no me ladró. Se dejaba acariciar como si me conociera de antes. La gente decía cosas que yo no entendía, pero me sonreían de vez en cuando.

Voy a salir al baño, a estas horas la pensión está casi vacía. No se oyen ruidos, solo la música de un transistor en alguna de las habitaciones del fondo.

Me ha saludado una mujer cuando iba por el pasillo. Su voz era la que he oído estas noches, lamentándose y pidiéndole a su compañero que no la lastimase más. La he mirado bien a ver si llevaba un ojo morado o alguna marca de golpes en la cara, pero nada. Debe ser un experto, el señor. Quiero decir, un experto en no dejar marcas, porque pegarla sí que la pega. Oigo los golpes desde mi cuarto. Algunas veces incluso la ata, me lo ha contado el cantante de ópera con quién he coincidido esperando turno en el váter. El viejito, muy amablemente, me ha dado preferencia y yo he aceptado pasar primero porque desde ayer soy un río de sangre. En mi vientre han estallado todas las venas abiertas de América Latina. Y nos hemos debido quedar sin sangre, el continente y yo. Me quedé vacía y sin fuerza. Pero llenaré mis venas del líquido blanco de la Luna. Abriré otra botella de vino y la verteré lentamente sobre la copa decadente que debo tener no sé dónde. Debe estar debajo de la cama, no recuerdo muy bien qué hice con ella anoche.

Aquí está la copa y un cabo de vela que voy a encender para seguir encerrada aquí otro día y otra noche más con mis recuerdos. No prenderé la luz para que nadie venga a molestarme. El viejito ha dicho que tendrá mucho gusto en venir a charlar un rato conmigo si me quedo la tarde en casa. En «casa», para el viejito esto es su casa. Él, que ha vivido en el lujo más ostentoso, según dice; que ha actuado en los mejores teatros líricos del mundo y que se ha alojado en los mejores hoteles... No tengo ganas de oír lamentos de pasadas grandezas. Si llama a la puerta no contestaré, le haré creer que he salido. No he venido a Europa a pasar la tarde escuchando a un viejo conservador añorar los buenos tiempos cuando se hacía lustrar las botas antes de pasar al casino donde era famoso por las propinas tan generosas con que obsequiaba a los empleados.

¡La decadente Europa! Me hubiera gustado conocer otras formas de decadencia. El decadentismo de la literatura francesa,

por ejemplo. Los gustos refinados, la poesía delicada, la sensualidad de olores y sabores, la brillantez de colores o la dulzura desvaída de los mismos. La Europa que conocieron nuestros poetas americanos. En cambio, la que se me ofrece a mí es la Europa de los inmigrantes, la Europa de las pensiones miserables donde los extranjeros, los pobres y los marginados, vivimos hacinados en edificios que se caen de viejos. Esta es la decadencia que conozco ¿Dónde estarán los escritores y los poetas? ¿Será verdad que ahora son todos ricos? Podría preguntarle por ellos al periodista. Me rogó que la llamara en unos días cuando él estuviera de regreso de otro de sus viajes. Quizá le llame. O mejor, no. Le estoy muy agradecida por haberme ayudado a salir de mi país, pero no quiero más relaciones con él. Es otro niño grande que quiere que le finjan amor y que le admiren. ¿Y qué puedo admirar en él? ¿El que se atreva a viajar a todas las guerras pero que no participe en ninguna? ¿El que cuente «objetivamente» al mundo lo que ha observado por encargo de su poderoso periódico? No me fío de él, ni de ningún periodista. Venden a su mejor amigo para sacar una exclusiva. Sus preguntas insidiosas me molestan. Ahora ya no soy nadie, ni voy a ser nadie aquí en este país. Quiero empezar a vivir. Desconectar de compromisos y temores. Para romper el círculo del pasado, mejor alejarme de lo que puede volverme a él. No quiero que el periodista conozca mi dirección, podría dársela al comandante en jefe o a cualquiera que se la pida. Tengo que esconderme de todos ellos. Por lo menos hasta que sea yo, hasta que me sienta viva.

El brujo tenía en su cabaña una tortuga, era un animal mágico, me dijo, que le decía muchas cosas. Las tortugas marinas están desapareciendo. Yo las he visto venir en manadas a desovar a nuestras playas. Y he comido también sus huevos cocidos que los indios nos subían a veces. El brujo me contó que, ahora, la voracidad de los hombres está a punto de acabar con ellas. Ya no vienen tantas como antes a nuestras costas. Y a las pocas que lo hacen las obligan a poner los huevos antes de tiempo, enchufándoles con una linterna en los ojos. Luego esos huevos se venden en las calles, o se estropean. Son muy pocos los que quedan

para anidar. El viejo me quiso regalar un animal mágico, pero yo le dije que no creía en esas cosas. Me dijo con pena:

—Dejas perder la tortuga de la independencia, que es un gran tesoro.

¡Cómo me gustaría recuperar aquel animal mágico! Dependo de tantas cosas... Entre otras, de los recuerdos. Estoy despertando muy poco a poco. El presente está aquí, lleno de incertidumbre, pero siempre será mejor que el pasado, porque no voy a ser nunca una reaccionaria y por eso no voy a decir que cualquier tiempo pasado fue mejor. El mundo está por descubrir, lo bueno del mundo es que está lleno de gente, y esa gente me está esperando ahí fuera. Tengo que darles lo mejor de mí misma. No voy a ser un desecho de mujer. Voy a ser una mujer de cuarenta años con muchas y ricas experiencias detrás, que todavía tiene la fuerza y el coraje de empezar una vida nueva, una vida mejor en la que poder ser persona, en la que no haga falta huir siempre con miedo, en la que no haga falta matar para que haya justicia. Dios mío, ¡tiene que haber otra manera!

Una última mirada nostálgica al pasado. Se trata de un recuerdo no registrado más que en la memoria de un ser que ya lo habrá olvidado, y en la mía, que también lo olvidaré pronto. Fue en el campamento militar donde estuve unos tres meses aquel año que murió mi padre. Por las noches no podía dormir de dolor y de culpa. Mi padre, al que yo tanto quería, había muerto sin haberme permitido que me reconciliara con él. Ni una palabra, ni un mensaje de despedida a través de otros. Era como si me hubiera querido olvidar. Solo el perdón obtenido por mi madre para mí en el último momento, pero nada más. Una de esas noches de insomnio salí de la tienda donde dormía con las otras tres mujeres del campamento, el resto era todo hombres. Me puse a andar en dirección al pozo. En aquel sitio no habría nadie a esas horas. Caminé hacia allí porque era el único sitio de los que yo conocía que me parecía un poco alejado, lo suficiente para poder cansarme andando y llorar a mis anchas sin que nadie me oyera. Salí con los sollozos dentro de la garganta y cuando me hube alejado un poco de las tiendas me puse a llorar a voz

en grito. Debí llamar a mi padre en voz alta y dirigirme a él como si me estuviera escuchando, llamándole egoísta, tonto, y qué sé yo. Llegué al pozo y me apoyé en el tronco de un árbol. Alguien que no había visto hasta entonces apareció entre la sombra de las ramas y me ofreció fumar de una pipa. Yo fumé como si fuera la cosa más natural del mundo hacer lo que estaba haciendo. Al pasarle de vuelta la pipa a quien me la había dado, vi que se trataba de un anciano de mirada inteligente que debía tener la misma edad que mi padre. Se lo dije. Le dije que me recordaba a mi papá, que se había muerto sin despedirse de mí. Le dije que mi papá me había querido mucho cuando era una niña pero que luego, cuando fui adolescente, empezó a hacerme la vida imposible, a prohibirme cosas, a no dejarme ser yo misma. Y que luego, cuando me fui a la montaña le di el mayor disgusto que le habían dado en su vida. El hombre me escuchaba en silencio y me pasaba la pipa cuando me llegaba el turno después de que hubiera fumado él. «¡Cuánto me hubiera gustado estar hablando con mi padre como lo estoy haciendo ahora con usted!», le dije. Él sonrió y siguió fumando. No hizo ningún gesto de acercamiento, cogerme la mano o darme una palmadita en el hombro, por ejemplo. Mi padre tampoco acostumbraba a hacer tales cosas. La sequedad con que nos trataba era la del indio. Pero la mirada del anciano del pozo, como la de mi padre, suplían con mucho cualquier caricia o gesto físico de acercamiento. Te miraban y estaban contigo, dejabas de estar sola. Así, hablando, se nos hizo de mañana. No se lo que me dio de fumar, desde luego no era un tabaco normal, ni hachís —lo hubiera notado por el olor—. Lo que fuera me sentó divinamente. Cuando empezó a clarear me despedí de él y me dispuse a volver rápidamente al campamento para que nadie notara mi ausencia. Me sentía despejada y llena de energía. Era como si toda la noche hubiera estado durmiendo plácidamente.

Nunca me he encontrado así a las seis de la mañana. Durante todo aquel día me sentí igual de despierta y no me acordé para nada de que no había dormido esa noche. Tampoco me acordé más de mi padre por algún tiempo. Bueno también coincidieron

otras circunstancias que no me permitieron estar mucho tiempo pensando en mí misma. Solamente después, pasados ya muchos años, recordando lo que me pasó con el anciano en el pozo caí en la cuenta de que es muy difícil que los pastores de camellos de por allí —el anciano debía ser uno de ellos— hablen español, con lo cual no podía haber entendido la lengua en la que yo le estuve hablando cerca de tres horas.

## GLORIA ERA LA MADRE DE TODOS LOS HOMBRES

—**N**o te pelees, mi hija. Déjalos que digan lo que quieran. Al final las que decidimos somos nosotras, déjales creer que mandan ellos.

—Pero es que mandan ellos.

—¡Qué va!, compañera, mandamos nosotras. Ellos son como niños.

No pude hacer comprender a Gloria que no era así. Que eso era precisamente lo que ellos querían que nosotras creyéramos: que con nuestra astucia femenina y nuestra mano izquierda siempre nos salíamos con la nuestra. Pero no era así, Gloria. Tú no tenías ningún poder, ni yo tampoco. Tú eras la madre de tus hijos. Estabas allí por ellos. Eras una madre de héroes y mártires. El que te jugaras cada día la vida, el que lucharas hombro con hombro con los hombres, el que te arrastraras por la maleza a pesar de tus cincuenta años y tus muchos kilos, como el más jovencito de los imberbes, eso no te era reconocido. No tenías más condecoraciones que las de madre. Y tú estabas tan orgullosa de ella. Claro que ¡qué te importaban a ti las condecoraciones! ¿Qué te podía importar a ti el mundo después de haber perdido a tus dos hijos varones? Tenías una hija, me dijiste, pero ella no podía estar en la guerra. Ella tenía otros tantos chiquitos que criar, carne de cañón, carne de guerrilla, futuros héroes y mártires.

Vino a verte una vez que estábamos en la sierra baja. Anduvo muchos kilómetros con una canasta a cuestas para traerte comida.

—No lo necesito, mi hijita —le dijiste—, los niños lo necesitarán más.

Pero te quedaste con aquella comida que luego repartiste entre tu batallón, porque ella no se podía volver con el mismo

peso un camino tan largo. Tú lloraste por tus nietos, que estarían solos y les podía pasar algo. Pero a ella no le contaste nada de tus temores. La abrazaste y le dijiste: «Gracias, mi hijita». Como me dices a mí muchas veces. Y yo lloré contigo cuando se fue, viéndola bajar por la montaña con su cesto a la espalda y su sombrero a la cabeza como una india más. Era muy linda tu hijita, Gloria.

—Parece una niña —te comenté. Y tu añadiste:

—Pues tiene ya tres niñitos, me hizo abuela muy prontito, la muy sinvergüenza.

Sí que dijiste sinvergüenza, Gloria. Luego no lo recordabas cuando te pregunté por qué lo habías dicho.

—Bueno, pues sería porque es una hija de la gran puta —me dijiste riendo—. Porque le gusta mucho jugar a los papás y a las mamás y mira que yo se lo advertí, que los hombres eran malos y que venían a lo que venían, y que luego te dejaban tirada con la panza no más. Pero ella, erre que erre, y escondiéndose de su mamita hizo lo que hizo y pasó lo que tenía que pasar.

Menos mal que tiene a su hombre bien amarradito, al padre de sus dos últimos hijos, que es buena persona y está muy enamorado de ella. Pero ¿qué necesidad tenía de complicarse la vida tanto con lo bien que había podido vivir en su casa al lado de su mamá y estudiar y buscarse un oficio bonito? Si yo hubiera tenido las oportunidades que ella...

Eso decía, pero luego nos contaba cosas de sus nietos y se le llenaba la cara de amor cuando recordaba el día que la llamaron abuela por primera vez. Gloria quería mucho a su hija. Ella y sus nietos era todo lo que le quedaba ahora, una vez muertos sus hijos y la otra hija desaparecida.

—¿El padre de mis hijos, preguntas? Pero si no tuvieron ningún padre, ninguno de ellos. Yo siempre he vivido sola. Venían y se iban y no paraban en mi casa. Mejor, así no he tenido que alimentarlos. Bastante he tenido con alimentar a mis cuatro hijos. La mayor se me fue pronto. Vino un españolito al pueblo y se la llevó. Nunca más supe de ella. Pero creo que está bien. Era la más zángana de todos. Le gustaban los hombres más de lo que debería ser, y estaba todo el día zascandileando por ahí. No me ayudaba

mucho en la casa. Se puso a trabajar en un bar de camarera porque le gustaba mucho eso de estar todo el día con un uniforme bonito y sin tener que trabajar en el campo como lo hacía su mamá. Por aquel bar iban muchos españoles y muchos gringos. Yo le decía que me iba a alegrar si le salía un marido español, con lo moros que son y lo machistas. Un marido que la tuviera encerrada en la casa. Vería lo que es bueno. Y al fin lo consiguió, un macho español. Pero le debe ir bien porque no ha vuelto donde su madre. Los hijos son así, si son felices no se acuerdan de una.

Gloria vivía en una casita en las afueras de la ciudad. Hacía tortillas y tamales que luego vendía en el mercado. También recogía leña y hacía peonadas en el campo en el tiempo de la recogida del café o del azúcar. Sus cuatro hijos, desde muy pequeños, la ayudaban en el trabajo. Los chicos además estudiaban. Ella quería que fueran abogados, médicos, gente importante. Pero no pudo ser. Cada día era más difícil encontrar algo que llevarse a la boca, con los sueldos del café solo tenían para vivir medio año, y encima tenían que comprar los libros. Era muy difícil aquello. Y un día, el mayor se fue a la montaña. Les dejó encima de la mesa todo el dinero que tenía ahorrado y una carta dirigida a su madre y a sus hermanos. Decía que se iba a hacer la Revolución y que pronto volvería porque como eran más los pobres que los ricos iban a triunfar muy pronto. Que dejaba el dinero porque iba a vivir entre hermanos y ellos le darían de comer. Que no iba a necesitar nada y que no sufriera por él, porque él estaba muy contento de irse por fin. Cuando llegara la Revolución nadie iba a pasar miseria. Ya no tendrían que ir a recoger leña por la noche, ni a venderla de casa en casa por la mañana por cuatro monedas. Con lo que ganaran en el café podrían vivir cómodamente y entonces él podría estudiar todo el tiempo. Le prometía a su madre hacerse médico como el Che Guevara, cuando volviera.

Gloria hablaba de su hijo como si todavía estuviera en algún lugar haciendo la Revolución y pudiera volver algún día a terminar su carrera de Medicina. Creo que ella se metió a la guerrilla para acelerar el triunfo y que sus hijos bajaran rápido de las montañas.

Al poco tiempo de haberse ido el mayor, se fue el pequeño. También lo hizo sin despedirse de ella. Solo le comunicó a su hermana que no pensaba volver. Había acabado en la escuela y le dijo a su madre que quería subir adonde estaba el hermano para llevarle unas cosas, que le había dicho un amigo suyo que sabía donde estaban y que era muy cerca de allí. Si querían podía llevarle una carta para que viera que estaban bien y que no se preocupara. Gloria me contó que lo abrazó muy fuerte y que se alegró de que quisiera ir a ver al hermano porque antes siempre estaban riñendo en la casa. Por eso lo dejó ir. Pero también me contó que esa noche, antes de que partiera, tuvo un sueño muy raro. No se preocupó mucho porque era un sueño feliz, pero no ha dejado de pensar en él hasta ahora. Estaban ella y sus hijos en una choza de barro. Ella le ataba las botas a su hijo mayor y el pequeño se reía de los mimos de la madre para con el hermano. Luego quería abrazarlo, pero había mucha gente esperándolo fuera y no lo hizo para que al muchacho no le diera vergüenza del abrazo de su mamá. «Iban a una fiesta y todos parecían muy alegres y muy jóvenes. Mi hijo pequeño quedaba dentro conmigo haciendo sus deberes de la escuela y yo noté que le daba envidia de su hermano. ¿También usted quiere irse?, le dije. Y me agarró y me dijo que yo también me fuera porque la casa era muy vieja y se iba a hundir, que teníamos que marcharnos todos. Yo cogí mi petate y dos o tres cacharros de la cocina, me puse mi vestido nuevo y salimos a caminar. Cuando llevábamos un rato andado oíamos un ruido y volvimos la cabeza a ver que era: el techo y las paredes de nuestra casa se estaban cayendo. Ya no podíamos volver, pero no sentí pena. Íbamos a una fiesta y por el camino nos encontrábamos gente que conocíamos de otros pueblos, que también iban donde íbamos nosotros. Pero no había ninguna feria ni era día de mercado. Delante de mí iban los muchachos con los que se había ido mi hijo mayor, cantando y haciendo ruido con sus botas. Yo esperaba que él volviera la cabeza y pudiera ver a su madre pero no la volvió. Y se acabó el sueño.»

Entonces, cuando me lo contaba, le parecía que el sueño había sido un aviso. Aunque al venirse para la montaña ya no se

acordara de él. No se vino por haberlo soñado, porque eso lo hizo mucho después, cuando ya su hija se había ido con el hombre con el que vive ahora y ella vio que su casa se había quedado vacía. Ya no le quedaba nada que hacer allí, así que se vino a la montaña a buscar a sus hijos. Para que no se olvidara el mayor de que le había dicho que iba a ser médico como el Che, y para tener cuidado del pequeño que no fuera tan loco.

—Pero tú supiste que ellos habían muerto, Gloria, y seguiste aquí —le dije.

—Ah, mi hijita. Esos chicos que están arriba también son mis hijos. Y tú, tú también eres mi hija. Y ahora tenemos que acabar de una vez por todas con esta guerra para que cuando mis nietos crezcan no se tengan que venir para acá y dejen a su mamá sola.

No me atrevía a discutir con Gloria. Me quedé sin decirle que me parecía que era injusta con sus hijas. Con la peladita aquella que vino dos días andando cargadita con su cesta para poder ser abrazada por su madre. Para esta hija no hacía la Revolución. Solo la hacía por sus hijos y por sus nietos.

—Las mujeres somos más fuertes que los hombres, mi hijita. Las mujeres necesitamos menos cuidados, pero los hombres no saben vivir sin nosotras. Mi hija no necesita que la abrace, porque se le va el tiempo en tener que abrazar ella a sus hijos, a su marido, al padre de su primer hijo, a sus hermanos cuando vivían. Pero ella siempre supo que yo estaba ahí para lo que pudiera hacer falta, y yo sé que cuando sea viejita, si ninguna balacera me lleva, ella cuidará de mí.

Así era Gloria. Una mujer dura, con un corazón tan grande que cabían en él todos los hombres de la montaña, pero en el que no había ni el menor rinconcito para acunar a ninguna de sus hijas. Ella era la madre de los hombres, y las demás mujeres teníamos que ser como ella. Su regazo caliente y maternal era para cualquier hijo de la Revolución que necesitara descansar en él. Pero a nosotras las mujeres no nos concedía ningún descanso, a nosotras que éramos sus iguales, no nos permitía ninguna debilidad.

Gloria, tú también me habrás llamado traidora cuando te hayas enterado de mi huida. ¿Cómo explicarte? Tú, más que nadie, de-

berías comprenderme. De ti, madre de todos, agradecería la comprensión. Pero no te voy a pedir perdón, porque ni siquiera tu perdón necesito. Hice lo que hice y no me arrepiento. Solo siento dolor porque tú, y otras como tú, no lo comprendáis. Tú seguirás luchando con el mismo valor y la misma temeridad hasta que caigas en cualquier emboscada. Tienes prisa por reunirte con tus hijos. Algún día, cuando la india, tu hija, se escape del marido, y se pierda en las montañas andando días y días para encontrarte, le dirán que su madre ya no está. Yo tampoco estaré para abrazar a esa niña madre y paliar su abandono con mil recuerdos que hubiera podido contarle sobre el amor de su madre por ella.

Gloria, ¡teníamos que haber hablado más de la Revolución y de las mujeres! Cuando mueras, habrá muerto la heroica madre de héroes y mártires, pero no añadirán ninguna medalla más a tu féretro.

Gloria, estés donde estés, no los creas cuando te digan que si soy una burguesa, que si me he ido detrás de unos pantalones, que si he traicionado a la revolución... Todas esas mentiras que seguramente se inventen.

A lo mejor tú no las has creído, a lo mejor has intentado defenderme y, aunque no comprendieras mis razones, has intentado justificarme. Pero no te habrán hecho caso. ¡Ves como no tienes poder! Contigo he hablado alguna vez de que estaba cansada de tantas muertes.

—¿Y quién no, mi hijita? Pero ellos lo tienen todo y nosotros nada, así que es justo que les quitemos lo que es nuestro.

¡Ah!, y tú sabes que no se lo van a dejar arrebatar por las buenas. Ya queda poquito para que todo el mundo se dé cuenta de que los guerrilleros somos buena gente, y vendrán a ayudarnos, y los muchachos ya no querrán ir al ejército para no matarnos. Ya verás, queda muy poco tiempo —decías.

Después de aquella conversación, a los dos días, nos separamos. Tú te quedaste en aquel campamento y yo bajé con mi batallón por el valle. En cada pueblo en que entrábamos la gente nos vitoreaba, los niños querían ver nuestros fusiles, y las mujeres nos traían comida y se ofrecían a lavar nuestra ropa. Tus palabras

empezaron a parecerme ciertas, la gente se iba dando cuenta. Eran buenos con nosotros, nos daban comida, leche, huevos, gallinas..., todo lo que tenían. Pero no había ningún hombre joven en aquellos pueblos y las mujeres estaban llenas de hijos pequeños. Nadie se nos unía a la guerrilla. En cambio, muchos de los hijos de aquellas madres habían sido reclutados obligatoriamente para el Ejército. Luego ocurrió lo de la Central Eléctrica. Matamos a más de cincuenta soldados en solo unas horas. Eran muy jóvenes, algunos no sabían disparar un arma y a otros no les dimos la oportunidad de disparar. A nosotros nos mataron veinte. Después, en una emboscada, nos mataron a otros diez por la espalda. Eso no era la Revolución, esa palabra tan bonita, que traería la justicia al mundo, eso era la guerra. Una guerra fea en la que nos matábamos los hermanos. No, no éramos iguales, desde luego. Ellos tenían el dinero y nosotros la razón, pero, ¿sabes?, con tantas muertes la estábamos perdiendo.

Bebo mi copa de vino Diamante. El líquido blanco entra por mi garganta, helado, llevándose todos los fríos de mi cuerpo en su camino. Si me vieran los compañeros, dirían: «¡Ah, la muy traidora, en Europa, dándole al lujo burgués!» Ya lo ves, Gloria, este es el lujo que me permito: un pañuelito blanco, como los tuyos, por mantel y una copa de vino, eso sí, de cristal.

El cristal, blanco y frío, me hace añorar otros recipientes cálidos, las tazas de barro cocido o de lata en las que tomábamos nuestros tragos allá. El calor de la bebida, el calor humano de los compañeros. Gloria, ¿te acuerdas? Te contaré esta noche lo que no te quise contar aquel día cerca de Río Magdalena. Después de haber estado varios días de entrenamiento en la selva, nos encontramos con la columna del comandante en jefe. Yo había retrasado unos días la partida de nuestro batallón para coincidir con ellos. Hacía muchos meses que no nos veíamos y mi cuerpo lo necesitaba. Había tenido mensajes de él a través de nuestros correos y habíamos quedado en pasar juntos unos días en una finca cercana donde ellos tenían que recoger unas armas. Él también deseaba estar conmigo, así que hice todo lo posible para adelantar el encuentro. Con ellos también venían unos sindica-

listas de la ciudad, habían encabezado una huelga por la subida de los salarios y ahora la policía los perseguía. Uno de ellos era el hombre más feo que yo haya visto nunca. Era larguirucho y con mucho pelo rizado. No andaba derecho nunca y debía tener algún defecto en la vista porque siempre estaba con los ojos encogidos como si quisiera ver y no pudiera. Los otros eran más normales, uno de ellos era un indio bajito y el otro, un chico muy joven, tampoco era muy alto.

Llegaron al atardecer al campamento. Nosotros los estábamos esperando, pero ellos sí que se llevaron una gran sorpresa. Para celebrarlo le dimos al trago. Teníamos preparadas unas cuantas botellas, pero ellos traían muchas más. Yo no había bebido desde hacía no sé cuanto tiempo. No sé qué me pasaba entonces, pero tenía unas ganas tremendas de sentirme abrazada por mi marido. ¡Llevaba tanto tiempo sola! Era una necesidad fisiológica, pero también eran ganas de que me quitara todas las dudas que me estaban viniendo. Él nunca tenía ninguna. Y las aguanté tanto tiempo sin dar el paso de abandonar la montaña. Bueno, pues en esa noche creo que bebí más que en toda mi vida. Primero, para celebrarlo, porque estaba contenta de que estuviéramos todavía vivos y juntos otra vez. Luego, porque me desesperaba de que Carlos no me hiciera caso. Estaba allí, en el otro extremo, hablando con su gente y de pronto ya no lo vi. No sabía dónde estaba. Los demás sí que lo sabían, pero yo ni me había dado cuenta de que se había ido del corro con una peladita que había entrado de guerrillera hacía muy poquito tiempo bajo sus órdenes. Era muy joven y muy bonita, ¡no sé cómo no me había fijado en ella! Bueno, mi marido sí que se había fijado, debían llevar ya algún tiempo juntos, pero yo no me había enterado. De esas cosas siempre me enteraba la última. Los compañeros no me querían decir nada hasta que yo no lo descubriera por mí misma. No sé si lo hacían para que yo no sufriera o para tapanle a él, para que siguiera haciendo machadas.

Esa noche me había puesto muy bonita. Había dejado los pantalones caqui y vestía una pollera azul y una blusa de seda blanca con un gran escote. Me había bañado con jabón perfu-

mado y me había lavado el pelo. Allí sentada, notaba que los hombres se acercaban y sentían lo bien que olía. Tú me dijiste que parecía una gallina clueca con todos los pollitos a mi alrededor, pero yo me había puesto bonita solo para mi hombre, de verdad. Seguí bebiendo y mi marido todavía sin venir. Ya todo el mundo se iba yendo y yo me quedé dormida apoyada en el hombro de alguien. Me llevaron bajo techado, era una habitación grande donde las mujeres, y algunos hombres, dormíamos en una estera en el suelo. La mayoría, sin embargo, dormía fuera en su hamaca. No recuerdo muy bien lo que pasó, solo que me desperté en los brazos de él y que gocé como nunca lo había hecho. Ahogaba los gemidos de placer para que nadie me oyera, pero no podíamos separarnos. Él volvía una y otra vez, como si no pudiera controlar su deseo contenido durante esos meses que no nos habíamos visto. Yo le susurraba bajito que le quería, que no podía vivir sin él. Es maravilloso, Carlos, le decía. Y el otro callaba, y me cerraba la boca con su lengua para que no hablara. Pero yo le seguía llamando Carlos, Carlos, y diciéndole palabras de amor porque aquello era de lo más maravilloso que me estaba ocurriendo desde hacía mucho tiempo. Y a pesar del alcohol no me venía el sueño ni podía estarme quieta. Le abrazaba y le hacía mil locuras. Después de todo ¡Él era tan delicado! Me tocaba como no lo había hecho nunca. Había sido una tonta teniendo celos porque veía que me quería a mí, si no era imposible tanto placer como me estaba dando.

Estuvimos toda la noche sin dormir.

Cuando clareaba el día él se fue. Yo me quedé dormida en la estera con el regusto de sus besos en la boca y el olor de hombre por toda la piel. Me desperté muy tarde cuando ya todo el campamento estaba levantado.

—Vaya, que sueño más movidito has tenido, hermana —me dijiste muy guasona.

Tenías tu estera y tu petate en el suelo al lado de los míos, así que por fuerza tenías que haberte enterado de todo lo que pasó por la noche. ¡Con el sueño tan ligero que tenías, Gloria, que te despertaba el siseo de la lechuza! ¡Ah!, pero fuiste muy discreta,

guardaste silencio. Cuando fui a tomar el café, mi marido estaba allí tomándolo con otra gente. Tú también andabas cerca. Yo le sonreí, pero no vi ningún rastro de complicidad en su cara, ningún gesto que recordase la noche que habíamos pasado juntos. En vez de eso me dijo:

—Perdona que no estuviera ayer contigo. Tuve que arreglar unas cosas y cuando vine al corro tú ya te habías ido. Fui a darte las buenas noches, pero Gloria me dijo que ya estabas dormida, que era mejor no despertarte.

El tono compungido como el del niño que quiere enmascarar la última picardía que ha hecho, esa vez no me provocó el nudo en el estómago como ocurría otras veces. Me contagiaste el buen humor, Gloria. Mirabas mi cara de sorpresa y aguantabas las ganas de reír. Carlos también estaba sorprendido de que no reaccionase haciéndome la víctima como tenía por costumbre. Me sentía llena de vergüenza y, al mismo tiempo, de curiosidad por saber con quién me había acostado. Tú ya lo sabías, por eso te reías por los bajines. Miraba disimuladamente a todos los hombres mientras bebía mi café intentando ocultarme toda la cara detrás de la taza.

Teníamos que irnos. Mis hombres ya estaban preparados. Otra vez me separaba de mi marido, pero ahora solo por dos días. Teníamos planeado que yo fuera a una finca cerca de allí donde él me esperaría para pasar una semana juntos. Era una hacienda de coccaleros con una casa llena de todos los lujos. Tenía luz eléctrica, agua corriente y habitaciones con baño. Allí íbamos a pasar una verdadera luna de miel después de tanto tiempo sin estar juntos, me dijo Carlos al despedirnos. A su lado estaban los sindicalistas que habían venido con él. El más joven alto y rubio, el otro, mucho más bajo, tenía el pelo negro y rizado como Carlos. Al tenderle mi mano para despedirme la retuvo entre las suyas algo más de lo normal. Estaban calientes y húmedas y estrechaban la mía tan suavemente y con tanta sensualidad que me hicieron recordar la noche pasada. Me separé de ellos lo más pronto que pude y monté corriendo en el jeep. ¡ Menos mal que nos íbamos ya!

Pasamos aquella semana solos, mi marido y yo, en la finca. Ninguno de los dos dijo al otro nada de lo que había ocurrido en los días anteriores. ¡Teníamos tantas cosas importantes de que hablar después de meses sin vernos! Dormimos mucho, vimos la televisión e hicimos el amor. Pero no se parecía en nada a lo de aquella noche con aquel extraño tan feo. ¡Ni por asomo!

Además, me molestaba estar allí. Teníamos bien merecido un descanso y aquella finca reunía todas las condiciones de seguridad que necesitábamos. ¡Pero era tan insultantemente lujosa!

—Bueno, tus artistas la hubieran decorado mejor, pero seguramente no se hubieran gastado tanto dinero —se burlaba Carlos.

El mal gusto era aún más escandaloso que todo aquel alarde de riqueza. En Bogotá tenía amigos pintores y escritores que vivían en casas elegantes, con pisos y techos de maderas caras y con obras de arte en las paredes que quizá les hubieran costado el mismo dinero que aquellos espejos enmarcados en oro de las paredes de la casa donde estábamos. Pero en las casas de mis amigos se respiraba una elegancia sencilla. Aquí todo era chabacanería, los dormitorios tenían camas con baldaquines de raso y pedrería —no me atrevo a decir que no fueran piedras preciosas auténticas, por si acaso—, en el suelo mullidas alfombras tapaban los suelos de mármol. No sé para qué lo de las alfombras en el trópico. En fin, todo el lujo «europeo» imaginable: griferías doradas, muebles rococó, tapices en las paredes con escenas de caza...

Me molestaba, además de toda aquella ostentación, la provocación constante de sus dueños.

—Ustedes, los guerrilleros, quieren igualar al país por abajo. No hacen nada por sacar a los pobres de su miseria, por eso no los van a querer nunca. Nosotros, en cambio, les damos trabajo, dinero y comodidades. Hacemos escuelas, casas y fábricas, mientras ustedes se quedan allá arriba enseñándoles a matar gente no más. Por eso la gente huye cuando llega la guerrilla al pueblo y, en cambio, a nosotros, nos buscan.

Era lo mismo que escuchábamos a Pablo Carmena, a los Ochoa, a los Escobedo y a otros como ellos. Me dolía en el alma

no poder rebatir sus palabras con argumentos más sólidas. Ellos habían adoptado un lenguaje que entendía la gente y además tenían razón en una cosa: ellos estaban creando riqueza en el país. ¿Qué importaba al campesino de América Latina, que sabía que muchos de sus hijos no iban a llegar a grandes porque se iban a morir de hambre, de desnutrición o de enfermedades provocadas por la miseria, el que los hijos de los gringos murieran por la droga? Si se daban a eso era porque estaban satisfechos de comer y de correr en el auto que le había comprado su papá para que se divirtieran. Si se morían, mejor, así había menos gente imperialista que nos explotara el día de mañana. En verdad, la droga no era nuestro problema. A nosotros nos parecía que cultivar coca no era tan malo. Toda la vida las hojas de coca habían estado allí. Nuestras gentes las usaban para aliviar los dolores, para curarse el mal de altura en las montañas, como remedio de algunas enfermedades, para engañar el hambre y para fumarlas en ciertas ceremonias sagradas. Si otra gente quería hacer otro uso de ella, ese era su problema. Nosotros se la vendíamos igual que les vendíamos el café, el azúcar y el tabaco. Eso era el capitalismo, ¿no? Vender y comprar libremente. Querían comprar coca, pues a vendérsela.

Los pueblos donde dominaban los narcos nadaban en la abundancia. Que pudiera haber esas diferencias tan grandes en un mismo país me sacaba de quicio. Por eso no disfrutaba de la piscina, ni de las demás comodidades de la casa. Me acordaba de los campesinos y de las comunidades indígenas que se habían visto obligados a emplearse como peones en las grandes fincas de los narcos o a cultivar ellos mismos la coca en sus pobres tierras para poder sobrevivir. Todavía era más grave la situación allá dentro, en la selva. Hacía unos días había conocido a unos indios ashaninkas de la parte del río Ucayali que habían venido huyendo de los madereros. Cientos de familias vivían en barracones hacinados con gallinas y cerdos, vigilados por guardias armados que no les dejaban escapar. Los tenían allí cautivos para que trabajasen la madera sin pagarles nada por su trabajo, solo la subsistencia. A los hombres que querían escapar los mataban o los mutilaban

para que sirvieran de escarmiento. A las niñas de diez años se las llevaban a los patrones para que se divirtieran. Cuando alguno de ellos lograba escapar no sabía dónde ir, porque como no tenía documentos que acreditasen su existencia los podían detener en cualquier momento y volverlos junto al patrono. Nosotros teníamos que hacer algo por esta gente, comentaba con Carlos. Pero ¿cómo hacerlo? Las comunidades indígenas eran muy recelosas de todo lo que viniera de fuera. Cuando alguna vez habíamos intentado acercarnos a ellos nos habían confundido con los soldados y habían huido. Otras veces nuestros hombres habían caído en trampas mortales tendidas por ellos. No era fácil un acercamiento. Desgraciadamente, las matanzas que se producían entre la guerrilla y las comunidades indígenas de la selva eran bastante frecuentes. Hablábamos lenguas diferentes, y eso no era lo peor.

Lo peor era que no los habíamos escuchado, pienso yo ahora. No nos hemos interesado por conocer sus idiomas, sus costumbres, su visión de la vida y del universo. Íbamos con nuestro Libro Rojo de Mao Tse Tung en castellano, lo mismo que antiguamente los misioneros habían ido con la Biblia y los conquistadores con las Capitulaciones. ¡En el mismo idioma los tres! He leído que los conquistadores cuando llegaban a una tierra recién «descubierta», antes de conquistarla, leían a sus habitantes unos documentos jurídicos de los reyes españoles. Cumpliendo con ese requisito de derecho internacional, que sus filósofos humanistas habían creado en las universidades de Salamanca y Alcalá, se daban por contentos. Luego atacaban y mataban a los indios que no querían la convivencia pacífica que les proponían en aquellos escritos tan importantes. La culpa la tenían los indios si no se enteraban.

Me horroriza pensar que nosotros hemos hecho lo mismo. No en balde, somos los herederos de esos conquistadores.

Lo soy, desde luego, por mis apellidos, por lo que aprendí en la escuela, por mi familia. El apellido de mi padre no puede ser más conquistador: Gómez. Él estaba muy orgulloso de su ascendencia española. Un bisabuelo suyo había nacido en Valladolid y su padre había estado una vez en España. Él no vino nunca,

pero soñaba con conocer el parque de María Luisa en Sevilla, la plaza de Zocodover en Toledo y las demás ciudades españolas de las que hablaban los poetas. Los norteamericanos, esos sí que exterminaron a los indios, decía mi padre. Y no le faltaba razón. Por lo menos nuestros indígenas todavía viven y se defienden, pero los gringos acabaron con todos los de su territorio. A nosotros nos queda todavía la posibilidad de un entendimiento. El que Miqueas y los de su comunidad estén con nosotros ya es una esperanza. Nadie sabe lo que nos costó al principio que se quedaran. Bueno, creo que lo hicieron porque no tenían ningún sitio mejor a donde ir. Con nosotros no los iba a alcanzar el ejército, ni el patrón de la compañía maderera. Habían aprendido un poco castellano con los colonos y la gente de la empresa, pero no se les entendía nada de lo que hablaban. Luego, después de estar algún tiempo en la guerrilla, lo aprendieron bastante bien. Miqueas hasta aprendió a leer y a escribir ¡En menos de un año! Él fue el que me dijo que se habían escapado del fundo después de herir a dos guardias. Me contó como a los jóvenes de la comunidad les gustaba ir por la noche a la cantina que tenían los colonos en la compañía. Allí el capataz les daba de beber, luego apuntaba lo que bebían en un papel y cuando acababa el mes no les daba a su familia la comida que debía darles a cambio de su trabajo, decía que se lo habían bebido. Por eso se escaparon, porque ya no eran útiles a sus familias, trabajaban en la madera a cambio de nada.

Miqueas nunca leyó nuestros libros, aunque hubiera aprendido a leer. No le gustaban los libros en los que hablaba solo una persona. Le gustaba más leer teatro o novelas con muchos diálogos, ahí sí que hablaba la gente. Un día que charlábamos de la ciencia y de los distintos saberes que habían tenido nuestros pueblos para curar las enfermedades sin necesidad de medicamentos modernos ni hospitales, hizo este comentario: Como dice Calderón: «Cada insecto es sabio en su mundo». Había leído esta frase en uno de los libros de teatro en los que aprendía castellano.

El comandante y los demás cuadros de la guerrilla desconfiaban mucho de que pudieran adaptarse a nosotros. Supongo que los mandarían conmigo por eso mismo, porque conmigo estaban

los artistas, las mujeres y los que iban llegando que no sabíamos qué hacer con ellos.

Tuvimos mucha paciencia con Miqueas y su gente. No sabían disparar un arma, les daba miedo sostenerla en sus manos y aguantar el retroceso que producía el disparo. En cambio tenían una puntería sorprendente. Estaban acostumbrados a disparar a los pájaros y a todo tipo de animales con flechas. Yo enseñé a Miqueas a sostener un arma y a aguantar el impacto de la explosión. Mira, si lo puedo hacer yo que soy una mujer, también lo vas a poder hacer tú, lo animaba. Aprendió muy deprisa, pero seguía teniendo un respeto casi religioso por todas las armas de fuego; decía que las cargaba el diablo y no permitía a nadie que hicieran bromas con ellas. El día en que íbamos a tener algún combate, o cualquier operativo en el que podríamos vernos en la necesidad de disparar, él se lo pasaba sin comer nada y sin hablar apenas con la gente. A los demás, en cambio, les daba por hablar y hacer chistes para ahuyentar la tensión y el miedo. Pero él siempre estaba muy serio en esas circunstancias. Era por la gran responsabilidad que sentía por la vida, y no por otra cosa. ¡Cuántas cosas me enseñó! Muchas más de las que nosotros le enseñamos a él. Pero no le di las gracias. Él sí que nos las daba, constantemente: por haberle enseñado a perderle el miedo a las armas de fuego, por alimentarlos a él y a sus hermanos, por ayudarles a ser libres, por enseñarles a leer y a escribir y a hablar bien nuestra lengua, por querer ayudar a su pueblo algún día... Daba las gracias por todo, incluso por lo que no era sino buenos deseos por nuestra parte, como ese de ayudar a su pueblo.

Para Miqueas yo era alguien. Me miraba directamente a los ojos al hablar cuando venía a devolverme algún libro que yo le había prestado:

—Señorita —siempre nos decía señoritas a las mujeres—, yo este libro no lo puedo leer, tiene muchas palabras que no conozco y cuando leo una hoja ya no me acuerdo de lo que decía antes.

Eran los libros que hablaban de política y de marxismo. No eran libros difíciles de comprender. Los habíamos leído en voz alta a otras personas sin estudios y sin ninguna formación polí-

tica y los entendían, pero eran muy aburridos. A Miqueas le gustaba que en los libros «pasasen cosas de verdad, como las que nos pasan a nosotros», se perdía en las páginas en que no pasaba nada. Yo le decía que era conveniente que se esforzara en comprender lo que decían aquellos escritos para su formación como guerrillero. Le explicaba algunas palabras que aparecían escritas allí y que el menos despierto de nuestros hombres conocía: plusvalía, clase social, lucha de clases, economía, etc. Él se cansaba de escucharme y me traía a la realidad:

—Déjelo, señorita, mejor cuéntemelo usted con sus palabras.

Siempre que leía toda aquella literatura rusa que nos llegaba a toneladas me acordaba de Miqueas. Me decía a mí misma: tengo que saber resumir lo que dice para que él lo entienda. El resumen era la mayoría de las veces una sola frase: En este mundo hay ricos y pobres y, si los pobres no nos unimos para luchar juntos, el mundo va a seguir estando dividido de la misma manera.

—Pero ¿solo eso dice un libro tan gordo?

Bueno, en resumidas cuentas, solo eso, o quizá es que yo tampoco me enteraba de mucho. Tenía razón Miqueas, era más agradable leer libros en los que la gente hablara como nosotros. ¡Ay estos rusos! Podían habernos mandado novelas de Tolstoi o de Dostoievski en vez de las obras completas de Lenin o los manuales de dialéctica marxista.

Otra vez veo los ojos de Miqueas que me miran directamente. Ahora me encuentro en una situación parecida a la suya, de la misma manera que él vivía entre nosotros, en un medio que le era ajeno, yo estoy viviendo en un país extraño al que no sé si me adaptaré algún día. Pero yo tengo la ventaja de conocer su lengua. Bueno, no del todo, porque en esta pensión se habla inglés, árabe, urdu, coreano... Pero salgo a la calle y el idioma de las tiendas, de los bares y de los niños en el parque es el mío. No tengo necesidad de aprender otro para que me entiendan. Aquí no soy nadie, no soy un insecto fuera de su mundo como decía Miqueas, como probablemente se sentía él en la guerrilla. Siempre recordaré agradecida el amor que me tenía, su admiración inmerecida. ¡Cuánto me gustaría no defraudarle!

Yo también tengo sangre india. No tanta como querría, pero alguna me llegó. Tuve una abuela que era de la raza anterior a Colón. La mamá de mi mamá era cuna. Había venido de la isla a la ciudad en una barca llena de flores para vender, pero era tan bonita que mi abuelo, que era un señor que siempre llevaba bastón y sombrero, se enamoró de ella cuando la vio en el mercado. Se la compró a su papá y se quedó con ella, con mi abuelita. Tenía trece años y mi abuelito más de cuarenta. Mi mamá ni siquiera se acordaba de cómo era. Se murió siendo ella muy chiquita, creo que de parto, aunque no estoy muy segura. Candelaria decía que mi mamá también parecía una cuna. Debía de ser por lo que pasaba entre ella y mi papá, si ella se ponía enferma era a mi papá a quien había que cuidarlo. Entre los cunas, cuando da a luz una mujer, también es al hombre al que la gente cuida como si fuera él quien tiene los dolores del parto. La mujer, en cambio, se pone a trabajar como si no pasara nada. Tiene a su hijito y la partera se lo entrega al marido para que lo acune durante un día y reciba los regalos que le traen por ser papá. No sé si mi abuela, la que era cuna, se murió de parto o de otra cosa.

A mi mamá le gustaba que le dijeran que parecía una india. Quería mucho a la familia de su mamá y les hacía regalos cuando venía alguno por la casa. Además, todas las criadas que había tenido en casa de mi abuelo y luego en la casa de mi padre eran indias. Pero a mi papá no le gustaba nada, por eso no la dejaba que se quitara el bigote, así se veía que tenía ascendencia española, decía, porque los indios no tienen vello en la cara.

Mi ascendencia española también queda demostrada por ese rasgo hereditario del bigote. Si hubiera tenido más sangre indígena en mis venas ahora no tendría que pensar en depilarme. Debo estar horrible. Me noto los ojos hinchados, debo tener ojeras. Ni pensar en maquillarme, ¿para qué? Hoy tampoco voy a salir. Me quedan muchas cosas que poner en orden aquí dentro. Bueno eso del orden no me gusta, mejor decir que necesito estar quieta para que las cosas encajen por sí mismas. Mi mente, como mis ovarios, están echando lo viejo, la sangre descompuesta. Eso produce dolor, pero también tranquilidad y descanso. Se acaba un ciclo y empieza otro.

—La Madre Naturaleza es sabia, más sabia que nosotros —decía doña Candelaria—. Menos mal que no nos pide permiso para actuar, obra por su cuenta, ignorando nuestras voluntades e independiente de nuestros esfuerzos. Si no fuera así, las mujeres no pariríamos, porque cuando el dolor es tan grande te sientes incapaz de empujar. Dices: que sea lo que sea, y te entregas a esa voluntad más grande que la tuya que llevará a término, inevitablemente, lo que tenga que ocurrir.

De la misma manera yo me dejo llevar por esa voluntad misteriosa, que me conduzca donde tenga que ir porque yo no tengo fuerzas para ir a ninguna parte. Solo tengo ganas de dormir. A ver si en el sueño viene mi abuela cuna y me enseña como era su pueblo antes, cuando ella vendía flores en el mercado.

Pero primero tendré que ir al cuarto de baño a cambiarme de compresa.

¡Ah, qué engorro!

## DOÑA CANDELARIA Y SUS AMIGAS BRUJAS

**A**borrezco el té. La gringa me ha invitado a un té con leche bastante azucarado y me lo he tomado en su habitación. La odio, odio a estos gringos felices que se creen los amos del mundo. Para ellos cada país es su casa de campo, su finquita, y ellos son los hacendados que vienen a conocer a sus colonos. Después de la breve conversación que tuvimos el otro día en la cafetería, cuando me pagó ella el coñac que tomé, nos hemos encontrado algunas veces en el pasillo. Siempre se muestra muy simpática y esta tarde he intentado mostrarme simpática yo también. Le he devuelto el saludo con una sonrisa de oreja a oreja como la que muestran los anunciantes de la Coca Cola, una sonrisa tan estúpida como la de ella. ¡Quién me manda a mí! Quería hablar con «una amiga» porque se encontraba un poco sola. Me ha dicho:

—Me gustará mucho charlar contigo cosas interesantes de tu país.

He preferido ir yo su habitación para que no viniera ella a la mía. Así podría salir corriendo lo antes posible. No estaba dispuesta a aguantarla toda la tarde. Soy injusta con ella, lo sé. Pero no he venido a este país a gastar mi tiempo escuchando las tonterías de una gringa mientras aprende el idioma conmigo, que se busque otra para platicar. O que se pague un profesor, ¿no son tan ricos?

A ella todavía la hubiera aguantado un rato más, pero cuando han llegado sus amigos, tan rubios, tan altos, tan sonrosados y tan imbéciles, me han dado ganas de vomitar. Ganas reales de vomitar. He tenido que salir corriendo hacia el baño y allí, sin darme tiempo de cerrar la puerta, he arrojado todo el té made in USA. Le he pedido a Deborah que me disculpara. No es nada grave, le he dicho, solo que tengo la menstruación, el tiempo de

las mujeres, le he explicado por si acaso no entendía esa palabra. Por fin me ha dejado sola y he regresado a mi cubículo. Luego he salido. He cogido unas gafas oscuras para que nadie se fije en mis ojos, cansados de tanto llorar, y me he ido a andar sin rumbo fijo. He recorrido calles estrechas, sin transeúntes, apenas una o dos personas solitarias como yo. Poco a poco las ganas de vomitar se me fueron yendo. Ya podía volver.

No soporto vomitar en ningún recipiente dentro de la habitación. Y no puedo confiar en llegar a tiempo al inodoro en una pensión como esta, en que siempre que lo necesitas está ocupado. Pensar en mis vómitos o mis excrementos al lado de la cama me dan nuevas nauseas. No es que no pueda aguantar la suciedad. Estoy familiarizada con mi sudor, he pasado días sin bañarme, me he escondido entre la maleza, me he arrastrado por el suelo y he dormido muchas noches con el cuerpo lleno de tierra o lodo de los ríos. Pero no es lo mismo. Aquella era una suciedad vital, una suciedad de estar vivo, de lucha, de trabajo. La de los vómitos en la habitación es una suciedad de decrepitud, de vejez, de muerte... Ha sido preferible mil veces deambular sin rumbo hasta que el aire helado que me cortaba la cara me pusiera el estómago en su sitio. Aunque con ello se me acentuase el dolor de los ovarios. Cuando el frío y el dolor se me han hecho insostenibles he entrado en un bar. He buscado el que tuviera el aspecto más pobre para que me cobraran barato.

Tengo que ir pensando en alargar mi dinero. No he querido tomar nada de alcohol. Probablemente los vómitos se deban al abuso que he hecho del vino durante estos días. Aunque haya querido echarle la culpa a la presencia de tantos yanquis felices juntos.

He pedido una aspirina al camarero y me la he tomado con un café con leche y media tortilla española.

Ya no me duele nada, pero sigo teniendo ganas de llorar. Debo de estar mal. La Luna, indiferente, no me ayuda nada a pasar este tránsito. Porque de eso se trata, de un tránsito de un país a otro, de un cambio de continentes, del paso del nuevo mundo a la vieja Europa. En eso venía pensando esta tarde, ca-

minando entre edificios antiguos. Un tránsito también de una edad de mi vida a otra. He dejado de ser joven. Cuando me he quitado las gafas en el bar y he pedido la aspirina el camarero me ha mirado con pena. Otras veces los camareros me han mirado con deseo, pero esta vez no. Ya no despierto ninguno. Mi cara, sin las gafas, y sin ningún maquillaje, se veía en el espejo del bar como la de una mujer mucho mayor de lo que creía ser yo hasta ahora. Tengo cuarenta años, me he dicho delante del espejo, todavía soy una mujer con esperanza. Pero luego he pensado, mejor así, mejor que los hombres me miren con pena.

No deseo a nadie. No lamento en absoluto haber dejado de resultar interesante a los hombres europeos. Si busco dentro de mí, lo más parecido al deseo sexual es una añoranza del cuerpo de Carlos. Él siempre fue mi hombre: el más deseado y el que más me ha hecho sufrir. Menos mal que no me está viendo ahora. De seguir a su lado hubiera tenido que luchar por mantenerme bella. Y mi cuerpo ya no hubiera podido competir con la lozanía de tanta peladita que se moría por estar en sus brazos. Allá se quedó con ellas. Me echará de menos, porque entre todas ellas yo era la mujer, la mamita, aunque fuera la única que no le diera hijos. Su mamita de él, ahora me doy cuenta. Mi amor, aunque maternal, ahora siente nostalgia de su cuerpo, de su cabeza rizada entre mi seno, de sus piernas velludas, de su sonrisa tierna y de sus gemidos amorosos. Nunca he sentido tanta ternura por alguien como por él cuando estaba dormido a mi lado. Me hubiera gustado tener el secreto de la Luna que dormía todas las noches a su amante Endimión para retenerlo junto a ella. Yo también, si hubiera podido, lo hubiera dormido todas las noches para que no se fuera por ahí buscando la eterna juventud en el cuerpo de cada una de las peladitas con que se tropezaba. Pero yo no era ninguna diosa, me faltaba la frialdad de la Luna, su poder de atracción, el secreto por el cual nos obliga a todos a mirar hacia ella cuando caminamos por la noche. Yo era solo una mujer que envejecía. Una mujer a la que, además del amor, le iba faltando la fe en lo que hacía. De los viejos ideales me iba quedando solo el esqueleto, consignas repetidas que la inmedia-

tez de la muerte hacía dramáticas. No era como él, líder inquebrantable, señor de la guerra y del amor. Él nunca dudaba.

Iba pensando en amores perdidos mientras caminaba por esta ciudad extraña. ¿A quién le importo yo en esta ciudad? A nadie.

No soy nadie, no soy nada. Una extranjera enferma que viene huyendo de un país en guerra, es lo que saben de mí. Tampoco les interesa saber más cosas. He dejado un mundo en el que yo significaba algo. Era alguien para ellos. Aunque muy pronto hubiera dejado de existir, mi muerte también hubiera significado algo. Una mártir más, una más en la lista de los que ya no están.

Nos hemos quedado tan solos, Carlos. Somos los únicos supervivientes de una generación de muertos. Pronto me dejarás tú también. Cualquiera día leeré tu nombre en una esquinita en los periódicos, una víctima más de la violencia política, en un país en que estas muertes violentas, por ser tan habituales, han dejado de ser noticia.

No quiero enturbiar el recuerdo que tengo tuyo. Lo malo está olvidado. Ya me vine. Antes o después íbamos a separarnos. No esperabas que tomara la delantera yo, pero así ha sido. No fue fácil. Lo pensé y lo repensé meses y meses. Un día lo decidía, y al otro ya me venían las dudas. Cuando ya casi había desistido, se me presentó la ocasión de hacerlo. Y entonces no lo pensé. La fuerza de los hechos me fue empujando ciegamente de un paso a otro, de una circunstancia que me aseguraba que lo que hacía era lo correcto a otra circunstancia que me facilitaba el que diera el paso siguiente. Tus infidelidades esta vez no tuvieron nada que ver. Fueron las mías las que me ayudaron, compañero. ¿Verdad que tiene gracia? Ya te habrán contado tus esbirros. Te habrán llenado las orejas de cuentos: que si el periodista la acompañaba a todos los sitios, que si ella se dejaba cortejar, que si aparecía en público pelando la pava, que si no tenía vergüenza de hacerle eso al comandante delante de todos...

Me voy a dejar de chascarrillos. La venganza no me sabe a miel, ni los chistes de cuernos me producen risa. Pero sí, quise vengarme de ti públicamente con el periodista. Era joven y guapo. Tan atractivo como cualquiera de las peladitas que han

llenado la montaña de hijos tuyos. Pero no fue esa la razón de mi escapada de tu lado. Era algo más serio. Eran ganas de vivir. No solo de escapar a la muerte física, sino de vivir yo, de dejar de ser tu sombra. Ganas de mirarme en lo más profundo y dejar de ver un espejo con tu imagen. Ahora miro y no veo nada. Nada absolutamente, pero ya no estás tú, y eso es algo. Me busco y me busco en la soledad de este cuarto, en la desnudez de la hoja del papel en blanco, en el abismo del sueño y en el vacío de la mente. Yo tengo que ser algo. Tengo que estar en alguna parte. Estas manos que tengo casi moradas de frío, estas manos largas, todavía bonitas, son mías, las muevo yo, pero «yo» no sé dónde estoy. Yo soy yo, me digo. Medito. Siento pasar el tiempo. Busco al yo que recuerda las cosas que le ocurrieron al otro yo de hace tanto tiempo. Lo busco, pero no lo encuentro. A lo mejor es que no hay un yo sin historias. Quiero despojar al mío de las suyas y por eso no puedo verlo. Buscaré en el lado oscuro de la Luna. Allí debe estar escrito el presente y el futuro: lo que soy y lo que seré. Bueno, lo que he sido, mejor que quede en el olvido, a nadie le interesa la historia de los muertos. Olvidar es mejor que llorar.

Dicen que después de llorar mucho viene el desahogo, la calma, pero yo solo tengo un mal humor tremendo. Solo me faltaba la gringa. Cuando han llamado a la puerta y he visto que era ella me he puesto que echaba chispas. No he hecho nada por ocultar mi estado de ánimo. Ha venido a ver que tal me encuentro y me ha traído un libro de una antropóloga yanqui para que me entretenga. Me ha leído una frase de él: Fue la menstruación, y no la caza de los grandes animales, lo que determinó la evolución de la especie humana. Pues muy bien —le he dicho—, aunque no creo que haya valido la pena que las mujeres hayamos sufrido tantas molestias para llegar a donde hemos llegado. Lo siento, pero tengo que ir al baño, he añadido rápidamente, y así me la he quitado de encima. Luego, cuando he vuelto, he estado un rato con la luz apagada por si se le ocurría volver. No puedo controlar mi mal humor. Mejor estar sola, nadie tiene por qué aguantarme.

Con la luz apagada he rezado: que venga el destino pronto. El destino era la muerte con su guadaña segando sobre un campo yermo del que, no obstante, brotaban unas hierbecitas.

Pero después de la muerte, en mi destino estaba la Reina de Bastos, que me traía confianza absoluta en las empresas desde el punto de vista de la acción y de su éxito. Lo tengo escrito en esta hoja de papel de mi agenda. En ella escribí lo que me iba contando una echadora de cartas en Barcelona. Cuando me quedé sola en la ciudad, después de despedirme del periodista, me encaminé al metro. El tren para Madrid no salía hasta por la tarde, tenía tiempo para dar una vuelta por la ciudad, pero lo único que quería era alejarme cuanto antes de allí. Tenía prisa por llegar a mi destino, igual que ahora. En la primera boca de metro que encontré, no me acuerdo que nombre tenía, había tres echadores de cartas, cada uno sentado en su silla detrás de una mesa plegable. Una de estas mesas estaba cubierta con un mantel negro bordado con lunas y estrellas plateadas. Detrás, un señor de luenga barba y pelo blanco, tan largo que le llegaba a los hombros, buscaba mi atención. Tenía aspecto de mago de verdad. No de brujo, sino de mago europeo, de esos que aparecen en la literatura, los que viven en las torres de los castillos y tienen redomas y alambiques para destilar el elixir de la vida. Me acerqué a él con la misma curiosidad con que me hubiera acercado a la cueva de Merlín. Junto a él había un cartelito escrito con enrevesadas letras góticas y dibujos. Me acerqué a ver que ponía y leí: «El precio de cada consulta es de mil pesetas. Se ruega abonar por adelantado.» Una vez desvelado el misterio, perdió interés el mago. Me acerqué a otra de las mesas. Una señora, con más aspecto de ama de casa que de maga, me dijo:

«Te voy a cobrar solo la mitad. Por quinientas pesetas puedes conocer tu destino.» Yo no entendía mucho lo que era caro o barato —todavía hoy no me termino de aclarar—, pero me decidí por quien cobraba menos. Me sobraba tiempo hasta la hora del tren, así que me senté en la silla plegable frente a ella. La señora me dijo que formulara una pregunta mentalmente. Barajó las cartas y me pidió que robara algunas del mazo que me ofrecía.

Extendió las que yo le iba dando y, cuando acabó, levantó solo dos. Me contó lo que decían: que tendría protección en caso de discordia o de desunión, que la muerte significaba un cambio, una transformación completa de los asuntos en curso o de la vida que había vivido hasta ahora. Y añadió que no me preocupase, que no era siempre una carta mala, porque, además de muerte, significaba esa otra cosa que ella me había dicho: cambio y transformación. También me dijo, como para consolarme, que para que lo nuevo naciera tenía que morir lo viejo.

Pero a mí me seguía aterrorizando el que me hubiera salido esa carta. El esqueleto cubierto con el velo negro y la guadaña en la mano me recordaba aquel cuento persa que me contaron en el país árabe donde viví unos meses. El del criado al que su amo mandó a comprar fruta al mercado y allí se encontró con un personaje, vestido de negro como la muerte, que lo había mirado fijamente. Se asustó tanto que, en vez de comprar la fruta, volvió corriendo a la casa de su amo y se despidió de él, comunicándole que dejaba de estar a su servicio. Le dijo que había visto a la muerte, vestida de negro mirándolo fijamente, y que para escapar de ella dejaba la ciudad de Bagdad y se iba a la aldea de Samara, donde vivían sus padres. El amo no se resignó a perder un criado tan bueno y servicial, y se fue valientemente hacia el mercado a increpar a la muerte por haber asustado así a su criado. Al llegar allí encontró a la figura vestida de negro y le dijo:

—Muerte, ¿por qué has asustado a mi criado mirándole fijamente?

—¡Oh! —respondió la muerte—, es que me ha sorprendido mucho encontrármelo aquí, en Bagdad, esta mañana.

—¿Por qué? —le preguntó el amo.

—Porque tengo una cita esta noche con él, en Samara —le contestó.

De la misma manera, yo me había venido de mi país huyendo de la muerte, pero la señora de la guadaña afilada me perseguía donde fuera. Solo que yo no la miraba con miedo, a mí no me asustaba llevar la muerte detrás de los talones. A mí me dolían las muertes inútiles de tantos amigos, de tantos niños, de tantos

hombres inocentes y con ganas de vivir. La señora de luto era la imagen de mi país, era el sitio de donde venía, y al mismo tiempo era mi propia imagen. El campo yermo después de que haya pasado la guadaña, como mostraba la carta, era mi estado de ánimo en ese momento. Poco a poco, las muertes y la violencia fueron segando mis esperanzas. ¡Ah!, pero quedaban esas hojitas verdes que estaban naciendo. Todo no estaba perdido.

Luego venía la otra carta, la de la reina con el palo en alto, para golpear cualquier adversidad o contrariedad que se me presentara. Eso al menos fue lo que me dijo la echadora de cartas, que yo no me lo invento. Lo voy a releer otra vez, para darme ánimos, que falta me hace. A ver si me desaparece este mal humor.

Bueno, pues aquí pone que la reina me iba a hacer que renaciera la confianza, porque la cubierta sobre sus rodillas indica su fuerza de protección. También tengo escrito: «Gran energía interna, preservación en los negocios y en la salud. La agrupación de fuerzas íntimas que el hombre debe hacer para asegurar sus conquistas sobre las energías materiales».

Después le pregunté si las cartas decían algo de amores, si me iba a casar o iba a encontrar algún hombre que me amase. Me dijo:

—Las cartas no dicen nada de eso. No te quiero engañar, solo te puedo decir lo que dicen, y no hablan de que vayas a encontrar ningún hombre. Claro que esa es otra pregunta, si quieres podemos volver a preguntar por eso.

No quise gastarme más dinero. ¿Para qué quería saber más? Mejor no saber nada de los hombres. Ahora que por fin me he habido liberado de ellos...

Voy a leer un rato el libro de la antropóloga gringa. No todo lo gringo va a ser malo. Dejarme de prejuicios, eso es lo que tengo que hacer. La pobre gringa no tiene la culpa de la política imperialista de su país. Ella no ha votado al actual gobierno. Ni a ese ni a ninguno, me dijo que nunca ha votado.

¿Será que es anarquista? ¿O será que no le convence ninguno de los candidatos que parece como si se turnaran para gobernar el mundo? Mañana me portaré mejor con ella. ¡Quién sabe, a lo

mejor, además de la menstruación todos los meses, tenemos algo en común!

Estoy viendo que la ciencia y la historia son un cuento chino. Un montaje tras otro de interpretaciones interesadas, hechas por los hombres que han tenido el poder. ¿Por qué va a ser verdad lo que cuentan los científicos yanquis sobre el origen del mundo y no lo va a ser lo que dice el Popol Vuh? No se diferencian tanto una historia de la otra, solo que la nuestra es más bella y más creíble. Los científicos usan símbolos matemáticos para hablar del cosmos, mientras que nuestros indios usan símbolos poéticos, esa es la diferencia.

Las historias de nuestros indios son mucho más lindas que las de la ciencia, pero nosotros no las hemos sabido escuchar. No hemos prestado oídos a las leyendas ni a las creencias antiguas de nuestro pueblo. Lo hemos creído ignorante y nos hemos lamentado de que no supieran leer ni escribir, de que no fueran a las escuelas para educarse y aprender la «ciencia». Ahora ya no sé si habrá remedio. ¡Quedan tan pocos sabios de las viejas culturas! El viejo curandero que nos alojó en su casa, es uno de ellos. Todavía veo su perfil inmóvil como aquel día lo veía desde el helicóptero. Él sabía que yo no iba volver a las montañas. Él me empujó a que me fuera. ¡Qué estúpida fui! Me vine sin preguntarle todo lo que hubiera podido decirme. Menos mal que queda Diana. Esa niña seguramente heredará sus conocimientos. Tiene que ser así. Ella, Diana, almacenará todo el saber de las montañas que el viejo ha ido acumulando a lo largo de su vida, esa herencia de siglos que nuestros indios no escriben. No conocen el alfabeto, pero los elegidos del pueblo, las curanderas y los brujos, hablan directamente con el más allá, donde están los sabios de otros tiempos, y de ellos reciben enseñanzas.

En el comienzo del mundo el dios Hurakán, que significa Corazón del Cielo, pasó sobre un universo de agua que yacía en la oscuridad. Llamó a la Tierra, y esta apareció cuando escuchó la llamada. Luego Hurakán y los otros dioses acordaron hacer los animales, y solo después de que estos estuvieron hechos acordaron hacer a los hombres. La primera vez los hicieron de madera, pero

muy pronto los tuvieron que destruir porque no respetaban a los animales ni a los otros hombres, ni siquiera a los dioses. Eran tan crueles e irreverentes que el Corazón del Cielo mandó el diluvio y desbordó las aguas de la Tierra para que perecieran. Pero el Corazón del Cielo sintió nostalgia del ser humano y lo creó una vez más. Tomó maíz blanco y amarillo e hizo una pasta con la que modeló cuatro hombres. Para que estos cuatro hombres fueran distintos de los dioses, el Corazón del Cielo formó una nube con su aliento y se la puso en los ojos para que no pudieran ver las cosas como realmente son. Luego los durmió para crearles unas esposas mientras tanto. Cuando despertaron los hombres de su sueño se pusieron muy contentos de tener cada uno una esposa y se unieron a ellas. De estas cuatro parejas de hombres y mujeres surgió el pueblo maya, que se extendió por toda la Tierra del Continente.

Me gusta mucho más este relato que el de la Biblia. El diluvio de la Biblia no advierte de los peligros de no respetar la Tierra. En cambio, en nuestras leyendas se advierte muy clarito: los primeros hombres de madera desaparecieron de la Tierra porque no respetaron a los demás seres del Planeta. Más nos valdría volver a los viejos mitos y respetar lo que nos cuentan. Dejarnos de teorías importadas que nunca comprenderán del todo nuestros campesinos y, en vez de imponérselas por la fuerza, pedirles a ellos que nos digan lo que saben.

¡Dios mío! ¿Adónde he llegado? ¡Si Lenin me oyera!

Eso se veía venir, diría Carlos. Yo misma me asusto de mis pensamientos. Son los propios de una «revisionista», de una «traidora»...

El miedo a las palabras. Renunciar a la guerrilla sí. Pero no a la lucha por un mundo más justo, un mundo en el que no haya pobres ni ricos, un mundo de hermanos, hombres y mujeres iguales que no teman enfrentarse a los dioses, sino que quieran parecerse a ellos. Para conseguirlo tenemos antes que quitarnos la niebla que nos puso en los ojos el dios Hurakán cuando nos creó.

Otra vez vuelvo a mi infancia. Mi padre en su despacho lleno de libros. Más que un despacho parecía una biblioteca. Allí se pasaba el día leyendo novelas francesas, alejado del ruido de los niños

y del ajetreo de las mujeres en la cocina. El trajín de la casa estaba al otro extremo del largo corredor, en la parte que daba al patio. La puerta de la calle, siempre abierta; por ella pasaban las vecinas, los niños amigos nuestros, las amigas de las criadas que cuidaban de nosotros y los frecuentes mendigos y mendigas. Era un continuo ir y venir de gente. Llegaban y se sentaban, nadie parecía tener prisa entonces. Mamá daba órdenes sin descanso. A las nueve preparaba el zumo de frutas y el café de papá. Nadie más debía molestarlo mientras «trabajaba». Los niños y los mayores, cuando teníamos que pasar por delante de esa puerta, bajábamos la voz y caminábamos de puntillas para no perturbar el silencio sagrado del dueño de la casa. El «trabajo» consistía en la lectura de los periódicos que le llegaban atrasados de Europa, para después discutir las últimas novedades en la tertulia del café. Eso era lo más serio que hacía mi padre. Lo otro que hacía allí encerrado era leer novelas europeas, principalmente las de autores románticos traducidas del francés, y a los poetas españoles del siglo XIX. Los actuales no le gustaban nada. Se había quedado en la generación del 98, y a estos los había leído porque eran amigos de Rubén Darío.

Mi madre, desde la cocina, atendía al capataz de la finca cuando venía a rendir cuentas de las cosechas, a quejarse de que hacía falta hacer algún arreglo, o a traernos el maíz, los huevos y algún pollo que le había encargado. Mi padre para todo esto era una nulidad. Decía que delegaba todos los asuntos prácticos en su mujer. De estos asuntos, que eran los que nos daban de comer, mi madre llevaba las cuentas en un cuaderno de pastas de hule que guardaba en un cajón de la cocina. Apuntaba allí las todas las cosas mientras estaba pendiente de la comida que se cocía en el puchero, o de que la criada planchase las camisas almidonadas del señor de la casa.

Algunas veces mi padre se dignaba salir de su sacrosanto encierro para ir al retrete o para pedir un vaso de agua fresca en la cocina. Si entonces daba la casualidad de que estaba allí Juliana, la gitana, se quedaba a hablar con ella. Le gustaba porque era muy guapa, una hembra de raza, decía, aunque era una pena que estuviera tan sucia. Cuando los que había eran otros mendigos,

regañaba a mi madre por darles de comer. Decía que si a ella le gustaba hacer caridad, que la hiciera, pero lejos. No quería que estuvieran allí contando historias que nosotros oíamos con la boca abierta. Decía que todas esas supersticiones eran una mala influencia para nosotros. A nuestro padre le hubiera gustado que, en vez de las niñeras indias, hubiéramos tenido institutrices francesas y que, en vez de la cultura de la calle, desde muy pequeños hubiéramos podido ir al colegio de los jesuitas. Pero no pudo ser. Tuvimos que esperar a tener la edad reglamentaria para poder ir a la escuela pública. Para un colegio privado no había dinero. Ahora creo que fue una suerte. Esta cultura doméstica de los primeros años de mi infancia es un poso importante que me queda del folklore de mi país. Son las raíces culturales que me enlazan con el saber antiguo de mi tierra, mucho más antiguo que la cultura europea que mi padre reverenciaba.

Juliana, la gitana, era una mujer grande. Tenía un cabello muy negro y rizado, sujeto a un lado de la cabeza por una peñeta roja que ella se quitaba algunas veces para peinarse mientras hablaba contigo. Llevaba aretes de oro en las orejas y una canasta siempre a la cadera donde portaba la mercadería que iba vendiendo de casa en casa. Eran alfileres, pendientes, perfumes, elixires, cremas de belleza, drogas y pastillas de distintos colores. Cuando empecé a ir al colegio mamá le compró una bolsita de pastillas rojas muy grandes, que se llamaban vitaminas cerebrales. Me daban arcadas cada vez que las tomaba, así que las chupaba un poquito y, cuando ya se les había ido el caramelo con el que estaban cubiertas, las escupía sin que nadie me viera. Me quedé sin saber si surtían verdadero efecto o eran un camelo. A lo mejor, de habérmelas tragado, ahora sería más inteligente.

Mi madre también le compraba crema de tortuga para la cara, jabones de coco para poner suave la piel, esencia de vainilla para ahuyentar los mosquitos, de canela para que no nos pasara nada malo, y de limón para echarse en el pelo.

Un día una vecina nuestra le preguntó a Juliana qué se daba ella para estar tan joven con tantos años como tenía. «Los hombres me hacen florecer, hermana», le contestó.

También me acuerdo que delante de mi padre se atusaba el pelo y hablaba de una manera distinta de cuando no estaba él.

Las mujeres no la querían, mi madre tampoco, pero siempre la admitían en sus casas y le compraban sus remedios. Los hombres también le compraban cosas: la llamaban a solas a sus casas, muchas veces cuando no estaban las mujeres, y le compraban remedios para las enfermedades de los hombres. Estos eran, la mayoría de las veces, los preservativos: unas bolsitas de plástico amarillento que llevaba sueltas dentro de una caja entre polvos de talco, al lado justo de los globos de colores y las canicas que vendía para los niños. Las malas lenguas decían que se acostaba con muchos hombres y que no tenía ningún hijo porque era machorra. Pero ella se reía de la ignorancia de la gente, no le importaba lo que pudieran decir, lo único que quería era que le pagaran lo que era suyo y allá cada cual. «El que esté libre de culpa que tire la primera piedra», decía mi padre cuando oía habladurías de este tipo. Seguramente él también se acostaría con ella alguna vez. O no. Lo que sí es cierto es que le gustaba mucho y que la llamaba la gitana Esmeralda, nombre que a mi madre nunca le hacía mucha gracia. Ella siempre la llamó Juliana, como toda la ciudad.

La que sabía un montón de historias y de cuentos era la vieja Candelaria. Hacía mucho tiempo que había vivido en nuestra casa. Había sido criada de mi abuela cuando mi madre era una niña. Por aquel tiempo en que yo la recuerdo ya no vivía con nosotros. Tenía una casita cerca del campo, en las afueras de la ciudad. Mi madre iba a verla todos los años por su santo, que es el dos de febrero, y le llevaba regalos. Ese día nunca estaba sola. Había muchas ancianas como ella sentadas en el porche de la casa, delante de las bandejas de refrescos y dulces con los que celebraban su onomástica. Algunas venían desde muy lejos para estar juntas ese día. Casi todas eran curanderas como ella y casi igual de viejas.

Íbamos por la tarde. Salíamos de casa a mediodía y, aunque estuviera lloviendo, sabíamos que iba a salir el sol poco después, porque el de la Candelaria es el día del año en que tiene que haber de todo: tiene que hacer un poco frío, un poco calor, un

poco sol y un poco viento, un poco de lluvia y estar seco. Es el día en que las brujas encienden las candelas desde temprano y no las apagan hasta el día siguiente. En ese día se adivina como va a ser el tiempo de todo el año, si va a haber muchas lluvias, si se van a perder las cosechas, si va a haber enfermedades en la familia. En fin, todo lo importante que va a ocurrir. Yo no sé si mi mamá creía en esas cosas, pero yo he pasado muchas veces con ella y con Candelaria a la habitación de las candelas. Era una habitación con el piso de tierra, que tenía muchas sillas colocadas alrededor de las paredes. Encima de una cómoda había una imagen de la Virgen y delante de ella muchos ramos de flores y muchas lamparillas de aceite. Candelaria le decía a mamá:

«Vamos, enciende tu candela». Pero a mí no me dejaba que encendiera ninguna. Luego se ponían a rezarle a la Virgen. Yo me aburría y salía de la habitación. Me iba a jugar con alguna de las nietas de Candelaria o nos acercábamos a las mesas donde las amigas tomaban el refresco. Todas eran muy divertidas. Algunas también tomaban trago y se ponían un poco borrachas.

Era muy gracioso oír las contar historias. La una cortaba a la otra para añadir algo o para decir que eso que contaba no era así sino de otra manera. Las demás se reían y se dividían en bandos apoyando versiones diferentes. Nunca sabíamos si las historias eran de verdad o se las inventaban, pero a las niñas que andábamos por allí nos gustaba mucho oír las. Dejábamos de jugar para escucharlas.

—Demetria, cuenta lo que te pasó con el cochino de San Antón este año.

—Cuéntalo tú, que te beneficiaste más que yo de sus chichas —decía Demetria.

—Bueno, contarlo la una o la otra —pedía una tercera.

—Este año —empezaba a contar Eduvigis mientras las otras decidían quién contaba lo del cochino—, yo llevé a mi gata a que la bendijeran el día de San Antón. Ha venido un cura nuevo a Tres Cruces y dicen que no quería echar la bendición a los animales porque tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo rociando con agua bendita las cabezas de los mulos y

de las gallinas. Ah, pues yo fui, con mi gata en una cesta, y como no había bendición en la puerta de la iglesia como otros años, pues me presenté en su casa. Me dijo que me sentara en una silla, que quería platicar conmigo y que me bendeciría la gata si tanto me empeñaba pero que, a cambio, yo le tenía que enseñar lo que supiera de hierbas. Bueno, le dije, yo se lo enseño pero las hierbas no curan solas. Se necesita tener un don para curar con ellas y usted, aunque sea cura, no puede curar porque no sabe lo que es el cuerpo de las mujeres.

—Pero tú me lo vas a enseñar, Eduvigis —me dijo la criatura. Y yo pensé: Que mala suerte tienes, Eduvigis, un hombre tan guapo y que te pille tan vieja...

Las historias que provocaban más hilaridad eran un poco picantes, como esta. O como la de la mujer que había acudido a una curandera para que le despertara el cuerpo porque quería tener hijos. Como ella se sintió incapaz tuvo que llamar a un curandero amigo suyo para que se lo despertara, y vaya si se lo despertó. Al poco tiempo dejó al marido y se fue a vivir con él.

Cuando se daban cuenta de que las niñas estábamos por allí, cambiaban de tema y contaban cosas más decentes. «Había ropa tendida», decían refiriéndose a nosotras. La verdad es que a las niñas nos gustaba más oír otros cuentos. Uno de mis favoritos era el de la abuela araña. Lo oíamos contar una y otra vez como si siempre fuera nuevo.

Tawa, el espíritu del Sol, creó el mundo la primera vez y lo pobló de insectos, solo de insectos. Y ordenó a la abuela araña conducirlos a otro mundo para que allí se hicieran personas. Llamó a las moscas, a los tabardillos, al anofeles, a la libélula, a la mosca azul, a la cucaracha, a la mariquita, a la mariposa, a la cigarra, a la hormiga y a todos los demás, y les dijo: el dios Tawa me ha enviado como mensajera para que os lleve a otro mundo, seguidme. Muchos la siguieron, pero otros no la hicieron caso y se quedaron. Por el camino los insectos se iban convirtiendo en animales: uno en un burro, otro en una gallina, otro en un coyote, otro en un garrobo, y así, así, hasta que hubo un animal de cada especie. Siguieron andando y andando, pero como el viaje era muy largo muchos

se cansaron y le dijeron a la abuela araña que no querían andar más, que se quedaban allí donde estaban. La abuela araña les dijo que todavía no habían llegado donde tenían que ir, que Tawa le había ordenado que los llevara a otro mundo para que fueran gente. Pero muchos no le hicieron caso y se quedaron convertidos en animales. Los que siguieron a la abuela araña caminaron por la montaña, llegaron hasta el mar, lo vieron y allí se quedaron unos pocos: eran los delfines, las tortugas, el pez espada, la langosta, el cangrejo, el cachalote, el tiburón y todos los peces. Los más valientes, aunque estaban cansados, siguieron andando detrás de la abuela araña hasta que llegaron a un sitio y entonces se dieron cuenta de que ya eran hombres y mujeres. Por esta razón, añadía, hay hombres que tienen cara de perro y otros de lechuza; unos trabajan como hormigas y otros se pasan la vida sin hacer nada como los zánganos de las colmenas. Entonces la abuela araña enseñó a la gente a ponerse la ropa para tener el cuerpo caliente por la noche y para que el sol no les quemase la piel durante el día. Porque como ya eran hombres y mujeres se les habían caído las plumas a los que eran pájaros y la piel llena de pelo a los que eran zorros y la lana a los que habían sido ovejas. La abuela araña también les enseñó a fabricar cacharros de barro para calentar la comida y a encender el fuego. Fueron viviendo y teniendo hijos que eran niños y niñas, y se les olvidó cuál era su origen, cada uno creía que era su padre y su madre quién lo había creado y que a nadie más debía su vida. El espíritu del Sol se enfadó mucho porque se olvidaron de él, y mandó otra vez a la abuela araña como mensajera para que les dijera que se fueran. Esta vez la abuela araña no quiso guiarlos a ninguna parte. Ellos ya eran gente, así que tenían que encontrar solos el camino que los llevara a un nuevo mundo.

Había que hacerse amigo de la abuela araña para que enseñara el camino de ese otro mundo.

—Nosotras somos sus amigas, ¿verdad que sí? —decía la narradora pidiendo el consentimiento de las demás—. Lo que no os podemos decir —añadía— es cómo se va a ese otro mundo que no es el de la muerte. Siempre que alguna de nosotras va y vuelve lo hace con los ojos cerrados.

Estas narraciones no eran simples cuentos de viejas. Eran restos de un saber muy antiguo que les había sido transmitido oralmente a estas ancianas. Con esta mezclanza de mitos pasaba como con las etnias indígenas, que no se daban ya en estado puro. Misquitos, sumos y ramas, vivían mezclados con ashaninkas, tikunas, shuars, huitotos, guarayos, aguarunas o huambisas... Ellos no reconocían las fronteras entre países, ni los límites geográficos. La avaricia de los madereros los estaba echando de sus tierras en las que habían vivido durante generaciones. Ya no podían alimentarse de los peces del río porque bajaban muertos muchas veces, los vertidos tóxicos de las multinacionales los había dejado sin nada que pescar. Tampoco podían alimentarse de frutas como antaño porque las compañías iban cortando los árboles. Por eso, muchos de ellos, cansados de tener que desplazarse cada vez más dentro de la selva y temiendo que llegaría el día en que ya no podrían adentrarse más porque los colonos habrían acabado con ella, venían a unirse a la guerrilla.

Las leyendas de doña Candelaria y sus amigas eran producto de todos estos pueblos herederos de las grandes culturas maya y azteca. Cada una de estas viejas indias venía de un lugar diferente del continente. Solo se reunían una vez al año, decían que para celebrar el santo de doña Candelaria. Pero yo creo que aquellas reuniones eran algo más que la celebración de una onomástica. Seguramente se trataba de alguna ceremonia ritual importante, ¿por qué si no iban a venir desde tan lejos?

Eran tan misteriosas aquellas reuniones como las cosas que hacía doña Soledad con las lamparillas de aceite ese día. Yo no la vi nunca haciendo sus adivinaciones porque las veces que pasé con mi madre a aquella habitación donde tenía las candelas encendidas siempre me quedaba dormida o me salía afuera a jugar, cansada de esperar que terminasen la monotonía de los rezos... Pero debía ocurrir algo extraordinario entonces, algo tenebroso a veces, porque mi mamá se asustaba.

¡Qué pena que casi siempre me quedara dormida allá dentro! Una vez que me despertaron sus voces. La mano de mi madre

se apoyaba suave sobre mi cabeza. Estaban las dos, doña Candelaria y ella, hablando de mí.

—Si yo pudiera quitarle todo el dolor que la espera —decía llorando mi madre.

—No quieras ahorrarle el vivir, mi hijita. Déjala que consuma ella sola su llama...

—Pero es tan pequeñita —decía mi madre.

—Seguro que resulta más fuerte que tú... Va a tener, esta niña, una vida larga y muy quebrada. Su llama es la que más luz tiene, mírala como arde... Muchos vientos querrán apagarla, pero ella se retorcerá, se esconderá, irá de un lado a otro como este pabilo que no se está quieto, pero que ha seguido alumbrando hasta el final. No, la llamita de tu niña no se ha apagado. Ha durado todo el tiempo. Llegará a vieja y seguirá ardiendo fuerte...

A doña Candelaria también la veía otras veces, además del día de su santo. Una mañana tempranito acompañé a una criada de nuestra casa, que era su sobrina, a comprar unos pollos cerca de donde vivía su tía. La india me dejó allí con doña Candelaria mientras hacía el recado. Como no tenía a nadie con quien jugar, estuve todo el tiempo mirando lo que hacía la vieja. Primero sacó de unas bolsas de tela unas hierbas y las puso a secar. Me dijo que luego, por la noche, tenía que volver a taparlas. Yo le pregunté que por qué tenía que hacerlo y ella me dijo que porque había plantas a las que le pasaba lo mismo que a algunas personas, que se asustan de la oscuridad. Luego me llevó al huerto y fue quitando algunas hierbas porque eran hierbas malas, me dij. Sacó alguna del pozo con una lata y la fue arrojando por el suelo de tierra de la casa y del porche antes de barrerlo. Cuando terminó, se sentó en un banco de piedra que había junto al huerto y me pidió que me sentara con ella. Me iba a contar una historia mientras se peinaba, a ver si así dejaba de hacerle preguntas durante un rato. Se deshizo el moño y untó su pelo, todavía negro a pesar de que tenía la edad de mi abuela, que se había muerto hacía ya muchísimos años, con un aceite que olía muy bien. Me contó la historia de la boda del dios Citlaltonac con la diosa Citlalicue y de como la diosa en vez de parir un hijo o un dios parió un cu-

chillo de piedra. Su esposo se enfadó mucho por eso y cogió el cuchillo que había parido Citlalicue y lo arrojó al campo. Pero lo arrojó tan fuerte que al caer, el roce con las piedras, produjo más de mil seiscientas chispas. Estas chispas se convirtieron en mil seiscientos dioses y diosas que fueron los hijos de Citlaltonac y de Citlalicue. Pero, como eran chispas, no se podían estar quietas y un día bajaron al infierno a robarle a Plutón, que vivía allí, un hueso para jugar a la taba. Como le habían sacado el hueso de la rodilla, se mancharon mucho de sangre y, para que sus padres no los vieran, se lavaron deprisa y escondieron el hueso en un recipiente de luz. De esa sangre salieron un niño y una niña, y del recipiente de luz salieron un dios y una diosa que, como eran tan brillantes y tan luminosos, subieron al cielo y se convirtieron en el Sol y la Luna. Pero los padres, Citlaltonac y Citlalicue, tenían hambre y, como entonces no había nada para comer en la Tierra, mataron a la niña y la enterraron. Como era tan buena, de los huesos de sus brazos salió la caña de azúcar y de sus dedos los bananos y los plátanos. De su cabeza nació el cocotero y de su cuerpecito el maíz y los frijoles. Y desde entonces ya no había razón para que nadie pasara hambre en América.

—¿Y por qué fue el cuerpo de la niña y no el cuerpo del niño el que enterraron?, fue mi última pregunta de aquel día.

—Pues porque la niña era más buena y se dejó matar para que su hermanito y sus padres pudieran comer. Pero no te preocupes, que a la niña luego la resucitaron porque necesitaban que tuviera hijos. Así que su padre, Citlalicue, le dijo que se levantara de debajo de la tierra, que ya el maíz estaba crecido y el cocotero muy alto. La niña no quería porque allí se había hecho amiga de las hormigas y le habían enseñado a guardar los granos de arroz para el invierno y a limpiar el hormiguero. Estaba muy contenta con ellas. Pero, como era tan buena, obedeció a su padre y salió. Sin embargo, la deslumbraba mucho la luz del Sol, así que se hizo una casa con hojas de palmera y solo salía por la noche. La Luna la veía allí, sentada en la puerta de la cabaña, esperando al hermano que se había ido a cazar, y hablaba con ella. Le dijo a la Luna que estaba muy triste porque no podía hablar

con nadie allí en la Tierra. Su hermano se iba de caza y ella no tenía amigas.

—Pues vente conmigo y juegas con mis hijas, las Estrellas del Cielo —le dijo la Luna.

—Pero antes tengo que tener hijos para obedecer a mi padre, Citlalicue —le contestó la niña.

—Bueno, pues tumbate desnuda boca arriba esta noche fuera de la casa y yo haré que tengas un hijo.

La niña se quitó la ropa y se tendió con el vientre desnudo mirando a la Luna. Cuando vino el niño, que ya era grande, se tumbó a su lado y al día siguiente la tripa de la niña empezó a crecer y a crecer, y cuando estuvo redonda, como la Luna llena, tuvo una hija y luego muchas más. Y también tuvo hijos. Como le había dicho a la Luna que se iría con ella, una noche se subió al cocotero más alto y desde allí la Luna le tendió una mano y se la llevó con ella.

Una vez allí arriba se acordó de que no había dicho a sus hijas sus hijas cómo se hacía para tener hijos. Menos mal que las niñas miraban a la Luna por la noche para ver donde estaba su madre, y entonces esta les pudo decir el secreto. Por eso muchas mujeres hablaban con la Luna cuando querían tener hijos y por eso también todos los niños nacían de la tripa de las mujeres los días de Luna llena.

—Tú no estés nunca desnuda fuera de la casa, si no quieres tener niños. Y nunca te acuestes con un niño, por si acaso —me advirtió Candelaria.

## LA NOSTALGIA NO ES REVOLUCIONARIA

**E**l frío me paraliza. El color gris de esta ciudad, la lluvia... Tendré que salir de esta habitación algún día. Ya no más vino. El rito a la diosa está más que cumplido. No voy a esperar más. Tengo ganas de vivir. La luna, allá arriba, luce bonita para todos. Saldré a mirarla, saldré a encontrarme con ella. Los recuerdos quedarán encerrados en esta habitación. No más nostalgias, la nostalgia no es revolucionaria. He dejado una guerra, he huido de la muerte, pero no soy una traidora. Soy fiel a la Revolución, Me la traje conmigo. Vino escondida en el interior de valija. Está ahí viva, junto a mi amor por mi gente y mi amor por la vida. Mi Revolución es roja, pero no por estar teñida de la sangre de los muertos, es la sangre de los vivos, la sangre que corre por las venas de la gente que quiere seguir viviendo, la que le da ese color.

He tenido la tentación de volver a la montaña. De volver a pelear y no hacerme más preguntas. De seguir siendo la mamá grande por algún tiempo hasta que una balacera inútil acabase con mi vida, también inútil. Pero, ¿cómo hacerlo sin disparar un solo tiro? ¿Cómo hacerlo sin mandar a otros a la muerte?

—Estás muy gastada, necesitas un reposo —me decía Lucía. Con nadie más me abandoné a confidencias. Los jefes deben mantener escondido el desaliento. «Rajarse es de cobardes y de mujeres». Aunque, que yo sepa, muy pocas mujeres se han rajado en la lucha. Creo que he sido yo la primera entre nuestra gente. Ni siquiera la maternidad era motivo para que las mujeres abandonaran. Parían el hijo y se lo daban a criar a la abuela. Sufrían el dolor de separarse de la criatura sabiendo que a lo mejor ya no la volverían a ver más. Solo la muerte las hacía abandonar la montaña.

Con Lucía tuve mis momentos de debilidad. Pero ella apenas me escuchaba. No habrá podido decirles a los demás:

—Ah, claro, si ya me lo anunció a mí y no le hice caso.

Ahora estará en la más inmunda de las celdas sin poder ver la luz del día, si es que no ha muerto ya. Desapareció después de un operativo de su columna. Estaba embarazada de seis meses, pero casi no se le notaba la tripa debajo de la casaca verde olivo. Se la ponía por encima de los pantalones, decía que para parecer más delgada. Si hubiera ido como las demás, se hubiera visto lo abultada que estaba. Pero ella siempre vestía y actuaba de manera diferente. Yo me enteré de su embarazo una mañana que la acompañé en uno de aquellos largos paseos que daba por el campo, casi siempre sola. Aquel día me dejó que la acompañara. Iba muy callada y le pregunté por tanto silencio.

—Estoy hablando con él —me dijo señalándose la barriga. Me dijo también que sus paseos por el campo, a la salida

del sol, eran para seguir una costumbre de los suyos, los indios de las montañas de Guatemala. Cuando una mujer esperaba un hijo tenía que ir enseñándole el mundo antes de que naciera. Tenía que mostrarle lo bonito que es, lo bonitas que son las flores y lo bien que huelen. Tenía que decirle que lo que se oía correr por el arroyo se llamaba agua, y tenía que tocarla y mostrarle cómo era. Tenía que decirle al hijo los nombres de los pájaros y contarle las historias de cada uno, las que a ella le había contado su abuela, para que el saber no se perdiera. Luego, cuando el niño fuera grande, se las contaría otra vez de viva voz. Ahora, aunque el niño todavía no fuera gente, tenía que hablar con él para familiarizarlo con la vida. Pero solo tenía que contarle cosas bonitas, para que el niño tuviera ganas de venir al mundo.

Ese niño, probablemente, no llegó a nacer. Lucía desapareció en un encuentro que hubo con el ejército. Nadie la vio morir ni nadie dijo haber encontrado su cuerpo. De ella nunca más se supo. Ni viva ni muerta, desaparecida. Perdida en la selva que la trajo al mundo. Ningún campesino de por allí supo dar con su rastro. Ese niño se habrá ido de esta vida dentro del vientre de su madre, sin haber podido ver todas esas maravillas que Lucía le contara.

Esta noche he tenido pesadillas horribles. En el sueño veía a Lucía arrastrarse por la montaña en la oscuridad de la noche y luego ocultarse durante el día entre la maleza, en medio de lagartos y serpientes que merodeaban alrededor de su vientre, como si se tratase de una codiciada presa. Iba huyendo del ejército y de los delatores, protegiendo su vida como un valioso tesoro para que naciera ese niño tan deseado, ese niño que iba a tener las orejitas y la boquita de su papá.

—¿Por qué no tienes un hijo, hermana?

—¿Para qué voy a tenerlo? —le dije— ya estamos muchos en el mundo.

—Siempre hay un huequito para el hijo de una —me contestó.

Ella tendría su niño, aunque estuviera condenado a pasar hambre, y a vivir sin su mamá y sin su papá.

—Es tan bueno tener tu niño y ver que tiene las orejitas iguales a las de su papá, y los ojitos, y la boca que te ríe, igual que te ríes tú. Y esas manitas y esos bracitos que han salido de tu cuerpo y que se moverán lo mismo que se mueven las del hombre grande al que tú tanto has querido. Aunque ya por entonces, seguramente, no esté a tu lado. Y a los hombres le gusta tanto que les tengas un hijo... Y si se van, bueno, pues te queda el hijito, porque ese nunca se va. A ese lo tenemos siempre las madres. Y tú, que no has tenido nunca nada, ni siquiera la pellica donde caerte muerta, ahora tienes ese tesoro entero para ti. Ese tesoro que es lo más valioso del mundo y que no puede vivir sin ti. Que eres tú a quien más quiere, y que te buscará, y que no te va a dejar sola nunca hasta que no sea grande y se busque una compañera él también. Y aun así, una madre nunca se olvida. Una esposa, sí, pero una madre, no. Eres tonta de no tenerle un hijo al comandante.

He visto a Lucía arrastrar su dolor y su miedo. Y he revivido, recordándola a ella, mi parto prematuro caminando en la montaña. Nunca sentí vivo a aquel hijo. Recuerdo solo un dolor lacerante que era como si me mordieran por dentro. Un desgarrón físico interno del que lo que estoy sintiendo ahora en las entrañas solo es un tímido retrato. Una fuerza ajena a mí que dividía mi

carne y empujaba hacia afuera mi vientre. Yo luchaba con aquella fuerza, empujaba hacia dentro esa parte de cuerpo dolorida y seguía avanzando. No pensaba en nada, no sentía nada que no fuera ese dolor enorme. Había andado todo el día por la sierra hasta que encontramos aquella cabaña. Me quedé allí. Los demás siguieron hasta el poblado. Creo que había caminado más de treinta kilómetros campo a través, quebradas y valles, con las manos apretándome la barriga para que aguantara dentro aquello que quería salir antes de que llegara el tiempo. Ya en la cabaña, tendida en el suelo grité y lloré. Pero mis gritos desgarrados no hacían menos intenso el dolor. Alguien me sacaba el sudor y las lágrimas de la cara con un trapo que olía extraño. A mi lado, la vieja curandera, tocaba una quena. Me concentré en la música, hasta entonces no la había oído, y me dejé llevar. El dolor se fue haciendo más suave. Llegó un momento en que mi cuerpo ya no empujaba nada. La fuerza oscura que me desgarraba se había detenido, ahora solo sentía un hilito de sangre que manaba constante de mí. Yo entraba en el sueño y pensé que si me quedaba dormida ya no iba a despertar, que aquel sueño era el de la muerte. La vida se me iba con aquella sangre que fluía incesante. Y me agarré a la música para no morirme. Seguía los movimientos de la flauta, subía y bajaba, giraba, me detenía, danzaba en espiral y llegaba a las nubes rosadas, me dejaba caer en otra nube verde y estaba encima de un río de aguas transparentes. Saltaba con los peces plateados y me sumergía con ellos en el fondo del río. Allí jugaba con los cantos nacarados y brincaba por encima de las piedras rojas y negras. Me metía en la niebla que subía del agua hasta el cielo azul, me rozaba con hojas de árboles y con flores. Volaba junto a un pájaro verde dentro del cráter de un volcán de color rojo, azul y ocre. Saltábamos de una franja de color a la de otro, y era bonito aquel revoltijo de colores. Subí con el cóndor a los picos más altos, sus alas negras brillaban majestuosas. Acaricié las crines de caballos salvajes y corrí con ellos, más rápidos que el viento. Acaricié mariposas y bajé con ellas hasta los valles con flores, y dormí como el indio, acurrucada debajo de un sombrero, apoyada su espalda en el tronco de un árbol.

Las infusiones y los emplastos de hierbas de la curandera me salvaron la vida. O quizá fuera aquella música de la quena.

En las cárceles oscuras de nuestros militares no hay canciones antiguas contra el dolor, Lucía. Solo el horror con rostro y cuerpo de hombre está allí, y eso mejor que tu hijo no lo haya visto al nacer. No, mejor que haya nacido muerto, mejor que lo hayan matado dentro de tu vientre durante la tortura. Porque si te han cogido te habrán violado, te habrán humillado y golpeado como a mí. Habrás vivido los mismos horrores y quizá todavía estés viva, o medio viva como yo. Pero cabe la esperanza de que lograras escapar, de que estés con los tuyos en Guatemala, amamantando a tu hijito. ¡Ojalá! Le habrás podido atar sus manecitas, cumpliendo el ritual antiguo que me contaste, para que el niño aprendiera a hacer buen uso de los bienes de la Tierra. «Para que aprenda que la Tierra es nuestra madre generosa —me contaste— y que no se puede abusar de ella, que hay que pedirle permiso para sembrar y para recoger sus frutos, y que no se puede tirar la comida que ella nos da, ni coger de ella más del que necesitamos, para que no nos castigue.» Porque la Tierra era nuestra casa, la casa de todos, del indio, del ladino y de todos los hombres de todos los países, y tenía que ser para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, y por eso teníamos que respetarla, me decías. Por eso les ataban las manecitas y los piecitos a los recién nacidos tus antepasados, para enseñarles el respeto a la Tierra y el respeto a los demás.

Lucía, con su runa clara y su pelo ensortijado, cosiéndole al niño ropita con el fusil al lado, diciéndome:

—Quiero tener un varoncito porque me gustan mucho los hombres. Nadie sabía aún quién era el padre de la criatura, ella sí que lo sabía, pero no se lo iba a decir a nadie. Bueno, ya se vería cuando naciera y empezara a parecersele. Entonces se lo enseñaría y le diría:

—Mira lo que he tenido tuyo.

Y el papá, entonces, se pondría muy orgulloso y le iba a gustar mucho que se llamara como él. Entonces la querría más por haberle dado ese hijo, fruto de su semilla, y la respetaría porque era la madre. Y si él moría, ella le iba a contar al niño lo valiente que

había sido su papá, y que había dado su vida para que no hubiera pobres en la Tierra, para que todos los niños tuvieran comida y pudieran ir a la escuela. Ella le enseñaría a respetar la memoria del padre y la memoria de todos sus antepasados indios. Le diría que es bueno sembrar la tierra pero que antes hay que pedirle permiso y celebrar una fiesta con candelas por todo el campo dispuesto para la siembra. Y antes de arrojar el maíz sagrado a la tierra, había que rezarle, porque de él estaban hechos los hombres, pidiéndole que crecieran muchos granos, los suficientes para que ni la gente ni los animales pasaran hambre. Le diría también al niño que no hiciera como los niños del llano que comían solo fruta y por eso estaban barrigones y sin fuerza, porque el maíz era lo que daba la fuerza a las personas y por eso ella siempre llevaba una bolsita de maíz en su petate, por si alguna vez faltaba para la siembra. Esa bolsita se la iba a dar a su hija, si era una niña lo que nacía. Aunque ella quería mejor un niño, un hombrecito como su papá, para que él se pusiera contento.

Lucía siempre contaba con que el papá de la criatura podía morir antes que ella. Era guerrillero también, pero de otra columna. Estaba siempre en lo más difícil y no tenía ningún miedo a la muerte. Por eso ella lo quería tanto, por lo valiente y bueno que era, y por eso también le era fiel aunque le gustaban tanto los hombres.

—Está feo, cuando le vas a tener un hijo a un hombre, acostarse con otro, aunque este sea un compañero y al que va a ser el papá es posible que no lo vuelvas a ver más —decía.

Yo no le iba a tener un hijo al comandante, pero también le era fiel a mi manera. Los hombres me respetaban mucho porque era la compañera del jefe; pese a ello, hubo ocasiones en que si yo lo hubiera querido se habrían dejado llevar por la «pasión». Todo el mundo, tarde o temprano, se dejaba llevar por ella. Yo también, naturalmente, ¡una no es de piedra! El deseo sexual se exacerbaba en la montaña. Allí, alejados del mundo, jugándonos la vida en medio de una naturaleza exuberante, desaparecían todos los tabúes. Solo quedaban intactos el amor y la muerte. Pero no siempre, claro. Allí, como en todos los sitios, se creaban

lazos afectivos, unos más fuertes que otros, dependencias e incluso ataduras. La de Lucía se la había creado ella y era más un compromiso con ella misma y con sus creencias que con su compañero. Al padre de la criatura no creo que le hubiera importado verla en brazos de otro. Él tenía hijos con otras mujeres y a Lucía la veía muy poco, apenas dos o tres veces al año. Era muy guapo el René, y muy buen guerrillero. Creo que se merecía el amor de Lucía. ¿Habrá muerto él antes que ella? ¿O seguirá bailando la cumbia y el merengue con las peladitas más lindas en cualquier bolinche?

—Ah no, señorita, el señor Miqueas no es bolincherero —me contestaba el indio cuando lo invitaba a bailar en alguno de aquellos jolgorios que se armaban por la noche, cuando había que celebrar algo. Tampoco le daba al trago. «No trae más que pesares, luego», decía. Yo sí que le daba algunas veces. Sobre todo últimamente. Lo hacía para que se me fuera el pesar tan grande que tenía al ver que ese ya no era mi camino, que había llegado a un punto que no conducía a ninguna parte, y no sabía adónde ir. Entraba en las fiestas con todos ellos y bebía guaro en una taza de barro hasta que me contagiaban su alegría. Con la euforia del trago me entraban ganas de abrazar a todo el mundo, ganas de abrazar los árboles, las montañas, las estrellas y los pájaros de la noche. No me sentía sola, estaba con ellos, mis hermanos, y aquella era mi tierra. Pero al momento me venía la certeza de que tendría que dejarlos a todos y me entraba una tristeza infinita. Les decía que me retiraba ya y me iba yo sola a seguir bebiendo. Alguna vez venía Miqueas a mi lado. «Yo tampoco puedo dormir, señorita.» Y me contaba que tenía una hija muy despierta a la que un día iba a enseñar a hablar «castilla» para que leyera los libros que yo leía. Aunque los viejos de su pueblo no querían que los niños aprendieran la lengua ni que fueran a las iglesias de los misioneros que había por allí, porque si lo hacían iban a perder sus costumbres antiguas y se iban a morir por las enfermedades que venían de fuera, porque antes en su pueblo no se conocían la tuberculosis, ni el sarampión ni la gripe, y ahora, en cambio, muchos niños morían cada año por

culpa de esas enfermedades. Pero él pensaba que no se podía ir para atrás y que había que aprender la lengua para entenderse con la gente, y para hacerse escuchar también. Si no podían hablar ¿cómo iban a decirle a todo el mundo que los estaban engañando y que los tenían cautivos las compañías de la madera? ¿Cómo iban a denunciar a los que les estaban robando esas tierras que les pertenecían desde hace mil años, a los que estaban matando a los animales que eran el alimento de su pueblo, o a los que envenenaban los peces de los ríos con los venenos que usaban para hacer el papel con la madera? Él se iba a traer a su hija, cuando pudiera, para que aprendiera a hablar como yo y a defender a la gente.

No siempre había acabado así las fiestas. A mí me gustaba mucho bailar. No lo hacía tan bien como René, pero los tragos en el cuerpo me hacían sentir la música dentro y me movía con ritmo. Por la noche, en el campamento, nos movíamos al son de las guitarras y de las maracas y, como quien no quiere la cosa, cada uno se iba emparejando. Cuando estaba Carlos, él era mi pareja. Pero, bueno, aunque no estuviera él, siempre había alguien a quien le gustaba bailar conmigo. Tenía cuidado de que no fuera a haber problemas de celos y esas cosas, pero a veces también yo «me dejaba llevar por la pasión». Cuando era René el que se me ponía enfrente, ya sabía yo como íbamos a terminar. Pero eso era mucho antes de que viniera Lucía. Y es que René ¡bailaba tan bien! Te cogía los brazos y te levantaba por los aires. Te olvidabas de los demás y hasta de quién eras. Pero tu cuerpo y el de él no dejabas de sentirlos. A cada vuelta del baile te echaba su aliento caliente, a cada giro te abrazaba suave rozándote la piel y poniéndote el vello erizado. No te decía palabras de amor, pero cada gesto suyo era una invitación a hacerlo. Al final de la danza, cuando estaba ya próximo el momento de que acabara la música, te daba un apretón que te hacía notar el bulto, empujando por salirse del pantalón. No había mujer que se resistiera.

Si me hubiera visto mi papá no me lo habría perdonado nunca. Eso menos que ninguna cosa. ¡Una hija suya dejándose abrazar por un negro pobretón! ¡Su hija, a la que cuando fue se-

ñorita no dejaba ni que se asomara a la ventana y a la que no permitía que la cortejasen nada más que jóvenes de buena familia, revolcándose en el suelo con un negro de la montaña! Seguro que de haberlo sabido le hubiera echado las culpas a mamá: tantas indias en la cocina contándole cuentos a la niña no podían llevarla a nada bueno.

Pero mamá no tenía la culpa, ni de eso ni de que yo me fuera a la montaña. Fuiste tú, papá, el que me obligaste con tu intransigencia a buscar una verdad fuera de la casa, lo más lejos de ti y de tus libros que pudiera. Te lo debo a ti, papá, la verdad que encontré, y el amor. Pero también las privaciones, la tortura y los años de cárcel. Si hubiera sido por mamá, a lo mejor me hubiera quedado siendo la mujer de un buen hombre y teniéndole hijos. Pero no quise ser obediente como ella. No quise ser una mártir. No quería tener un marido intransigente y puritano con sus hijas y que luego engañaba a su mujer con la gitana Esmeralda, con la cupletista que venía al café o con las prostitutas de Calle Empinada. No te preocupes, papito. En el fondo me parezco más a ti que a mi mamá. Su sangre india apenas me ha tocado, su carácter pasivo y sumiso tampoco. Yo, como tú, he encontrado que estaba mal el mundo, pero, en vez de encerrarme entre cuatro paredes como tú hacías, he salido a la calle. Y me he enfrentado a la muerte para defender mis ideas. Pero he gozado de la vida tanto como tú, no creas, y de los placeres de la carne. No me arrepiento de haberme ido de tu casa.

Tú no me dejaste nunca que volviera, aunque te dijeron que yo deseaba hacerlo con todas mis fuerzas. En verdad, deseaba volver, pero no era para quedarme. Era solo por abrazaros a ti y a mamá, por volver a oler los geranios del patio y el olor sabrosón de la cocina, por lo que quería volver. Por andar otra vez a pie juntillas por el corredor oscuro y asomarme por el agujero de la puerta del despacho donde tú estabas tan serio leyendo ¿quizá *Madame Bovary*?, ¿o era una novela pornográfica francesa?

Papaíto, soy tan cruel contigo ahora como tú lo fuiste conmigo entonces. Pero te quiero. Te he querido más de lo que tú pensabas. No soy tan ingrata como decías. Ves, hasta te doy las

gracias por las cosas que te debo. Fuiste tú el que te empeñaste que fuera a la universidad a estudiar Derecho. Querías que fuera diplomática y me viniera a Europa donde estaba la vida y la cultura. Además, con un poco de suerte podía encontrar un marido licenciado y con dinero, una promesa nacional del mundo de las leyes con el que pudieras codearte en los cafés. Alguien de un rango superior, o por lo menos igual al nuestro, en el que depositarías toda tu confianza, ya que no tenías hijos.

Pero en vez de eso me enamoré del hombre que nunca hubiera podido encarnar tus esperanzas. Carlos era una mezcla de indio y de mulato, no tenía nada que ver con la nobleza criolla ni con el mundo de los negocios. Era el más pobretón del mundo. Y, además, era revolucionario. Encontrarle a él fue encontrar un eco de mi odio a todo lo que tú representabas: el despotismo, el abuso del fuerte para con el débil, la falta de libertad... No, él no me metió estas ideas en la cabeza, las llevaba yo dentro de mí desde que lo conocí. Me enamoré de él porque era como yo, sentía el mismo odio visceral por la injusticia que nos rodeaba, el mismo asco por los políticos que estaban vendiendo el país a las multinacionales y la misma indignación al ver a los niños por la calle mendigando la comida. Eso fue lo que me llevó a empuñar las armas, mi impotencia al no poder quitarle el hambre a los niños de mi país. Cogí las armas para devolver a la gente de nuestra tierra lo que es suyo, para que se les respetara el más elemental de los derechos: el de la vida. En las ciudades se estaban muriendo los niños de hambre. En el campo, cuando había una mala cosecha, los campesinos bajaban a mendigar para poder sobrevivir. La desnutrición y la tuberculosis estaban diezmando a nuestros indios que trabajaban en las minas de las montañas o en las fábricas madereras. Tú sabías todo esto y no hacías nada. Y, encima, presumías de ser un ciudadano honesto. ¿Honesto por qué? ¿Porque no te habías enriquecido como otros? Tus amigos eran peores que tú, pero tú tampoco te salvabas, papá. No eras rico ni poderoso, a ti también te dolía la injusticia ¿Por qué, entonces, nos odiabas tanto a los revolucionarios? ¿Por qué renegaste de tu hija cuando lo único que hacía

era querer ser honesta consigo misma, como tú decías que había que ser? Ya te perdoné hace mucho tiempo. Pero aun así, siempre sale el recuerdo teñido con un poco de resentimiento. No quisiste conocer a Carlos, no querías tener ese yerno. Sin embargo, te hubiera gustado, se parecía mucho a ti. Al principio no, pero luego se fue pareciendo con el tiempo. Era autoritario y cruel, pero al mismo tiempo tierno y débil. Se dejaba querer como los niños y como ellos siempre quería tener una mujer al lado que fuera como su mamá, que lo amara incondicionalmente. Nos fuimos a la montaña juntos, como compañeros. No me llevó él ni me fui yo detrás. Los dos decidimos irnos porque esa era la única solución que veíamos para arreglar las cosas. En aquel tiempo se fueron muchos estudiantes de todas las universidades latinoamericanas. El Che Guevara nos había dado un buen ejemplo dejando su cargo de ministro en Cuba y volviéndose a guerrear. Toda la América Latina tenía que levantarse en armas para echar al Tío Sam que nos pisaba con su bota. En la universidad leí los libros de Marx y de Engels. Allí supe que Fidel Castro no era un loco como tú decías y que éramos mucha la gente que quería cambiar el mundo. También allí conocí que la religión no eran las iglesias coloniales a las que mamá me llevaba con un velo puesto en la cabeza. No eran los curas ignorantes a los que tú no querías saludar cuando mamá los invitaba a chocolate. Los curas fueron los que nos hablaron de la lucha de clases y de la inmoralidad del capitalismo. Tú, que siempre te lamentabas de no tener suficiente dinero para llevarnos al colegio de los jesuitas, que era el más caro, te hubieras extrañado de oír las clases que nos daba en la universidad el padre Jiménez. Un día nos dijo que nos iba a hablar de la Suma Teológica de santo Tomás de Aquino. La gente empezó a desilusionarse ya que todos los que íbamos a sus clases lo hacíamos porque era el único profesor de Humanidades que tocaba temas de actualidad, los demás solo hablaban del pasado colonial o de literatura antigua, que nos quedaba lejana. Dijo que no nos intranquilizáramos porque esa obra, aunque se había escrito en la Edad Media, era más moderna que muchas otras que pudiéramos leer. Nos dijo que

en ella se comentaba la obra de Aristóteles a la luz del Evangelio. Cuando dijo esto, uno de los estudiantes lo abucheó, estábamos hartos de que nos escamotearan la realidad. Lo que nos interesaba era saber lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor, no Aristóteles o Evangelio. Ya le salió su vena de cura, decíamos. Pero el padre no hizo caso y siguió hablando. Dijo que, según Aristóteles, el hombre era el único animal que se muere de hambre estando al lado de la comida y luego nos leyó el comentario que santo Tomás hacía de este pensamiento de Aristóteles. Decía que cuando un hombre tiene hambre y no tiene para comer tiene derecho a coger esa comida aunque sea de otro, porque «Dios no permite que unos acaparen para su lucro lo que el cielo y la tierra producen para que se alimenten todas las criaturas». Ya ves. Si nos hubieras llevado a ese colegio de jesuitas a lo mejor no había hecho falta llegar a la universidad para enterarme de que los que roban no son los pobres que nos quitan la cartera, sino los ricos que almacenan la riqueza que es de todos.

A ese profesor le prohibieron volver a dar clases, pero él siguió haciéndolo hasta que un día vino la policía a llevárselo. Unos cuantos estudiantes nos pusimos en medio y también nos cogieron. Pero, cuando nos iban a meter en el coche, los compañeros salieron con palos, piedras y alguna que otra pistola y nos libraron de la policía, que se fue con el rabo entre las piernas.

Y al poco tiempo nos detuvieron. Fue la primera vez que estuve en la cárcel. Me acusaron de llevar armas, de agredir a la policía, de ser una terrorista... Cuando salí de allí ya no volví a la universidad, me metí en la guerrilla. Y aquí me tienes ahora, aunque no terminase la carrera, fíjate por dónde, me vine a Europa. No precisamente de diplomática como a ti te hubiera gustado. No ha hecho falta que me hicieran un traje como el que le hicieron a Rubén Darío. Siempre he asociado el cargo de embajador en Europa a ese traje de terciopelo con el penacho de plumas que tú me enseñabas en la biografía de Rubén, poniéndolo como modelo a seguir. Bueno, también yo estoy aquí como embajadora de mi pueblo, pero no me ha mandado ningún Gobierno, he venido yo sola. Represento a la patria de los

condenados a muerte por defender la justicia, la de los marginados, de los perseguidos políticos y de los muertos de hambre. Antes representaba a la guerrilla, ahora busco otra manera de servir a mi pueblo.

Oigo voces en el pasillo. Reconozco la del argentino que viene hablando con alguien. Ahora se detienen. El tono es zalamero, conquistador, el argentino no pierde el tiempo. Está cortejando a alguien aprovechando el trayecto que hay desde el cuarto de baño a la habitación. ¡Cómo me recuerda a nuestros hombres! Se sentían obligados a cortejar a cualquier muchachita bonita; si no lo hacían, es que no eran machos.

La voz de la mujer me parece la de Deborah. ¡Dios mío, su habitación está al otro lado, seguramente vendrá hacia aquí! Ya no me da tiempo a apagar la luz. La esperaré resignada.

Pues sí, era Deborah, que venía otra vez a ver cómo me encontraba. Como le he dicho que bien, se ha sentado conmigo. La he invitado a un trago, todavía me quedaba un poco de vino, y ella me ha invitado a cenar a un restaurante que tiene un tablao flamenco. He aceptado porque nunca he visto ese baile y porque ya es hora de que salga de este antro. Basta ya de reflexión y recuerdos.

Venía también el argentino. Él también había tenido que exiliarse por motivos políticos, ahora se dedica psicoanálisis en un Gabinete de Psicología. No tiene ningún título oficial pero juega con la ventaja de su acento. Viniendo de Argentina, nadie duda de que es buen psicoanalista. Al menos eso nos ha contado. Deborah ha querido pagar ella la cena, pero Roberto, este es el nombre del argentino, no lo ha permitido. Ha quedado como un caballero.

Me gusta el flamenco, me ha gustado el argentino y me ha gustado Deborah. Por este orden. La cena no era muy sabrosa: cenamos rabo de toro, que era lo típico, pero el vino era muy bueno. Se sentó con nosotros un señor mayor, vestido de traje oscuro y con el pelo brillante de fijador. Bebió de nuestro vino y luego encargó más botellas. Se acercó a nuestra mesa porque vio que había un solo hombre para dos mujeres. Aunque él dio

otra explicación más bonita: se había sentado con nosotros para estar cerca de Deborah, porque cuando la vio su corazón se puso a sangrar y a decirle que había sitio para otra mujer en su vida. Le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarla a la antigua usanza. Deborah se divertía con las palabras del señor, de las que no entendía ni la mitad; pero cuando empezó a besarle el brazo, cada vez un poco más arriba, ya no sabía qué hacer. Nos miró a nosotros y, como nosotros también nos reíamos, le dejó hacer. Él le dijo que era viudo, que su mujer había sido una bailaora de flamenco y que él la había querido tanto que por ella había dejado todo: casa, familia, posición, trabajo... Por eso se encontraba así ahora, sin un duro, abandonado de todos, pero todavía era capaz de amar como aquella vez. Lo había sabido esa misma noche cuando vio a Deborah y, si se quedaba algunos días en Madrid, él podía demostrarle como amaban los españoles. Porque los hombres españoles eran los únicos capaces de amar de esa manera, jugándose todo a una carta, arriesgando su vida como el torero arriesgaba la suya en el ruedo.

No creo que Deborah entendiese ni la mitad de las palabras con las que el señor intentaba seducirla. Escuchaba atentamente, mirando a su interlocutor con respeto hasta que la oímos decir en un tono de voz más alto que el habitual: «Stop, stop». Después de los brazos, el señor le había besado la mejilla, y luego había seguido con su pelo rubio, y más no porque Deborah se levantó y nos fuimos de allí.

Nuestro amigo argentino no se había dado cuenta de lo había pasado. En el momento que notó que Deborah dejó de escucharle para prestar atención a lo que decía el otro hombre, se desentendió de ella y se volvió a mí como única interlocutora. Ni siquiera preguntó por qué nos íbamos. Se levantó y nos siguió feliz: de nuevo tenía dos mujeres a quienes cortejar.

Continuó hablando de sí mismo, sin inmutarse por el chiste que yo conté, ese del grupo de argentinos al que no había manera de subir a un mismo coche porque eran muchos hasta que decidieron desinflarlos a todos y de esta manera los pudieron meter dentro. Roberto no se molestó, dijo que eso era un tópico. Fue

Deborah la que se dio por enterada y desde entonces no le dejó hablar solo a él. Por fin pude escucharla. No es la gringa estúpida que yo había creído, sino una mujer inteligente y con un gran corazón. Es su optimismo y su gran confianza en el ser humano los que yo he interpretado injustamente por estupidez. ¡Ojalá todos los gringos fueran así! Se ha venido a vivir a Europa porque no aguanta el American way of life. Está de acuerdo en que los males del mundo se deben en gran medida al imperialismo y al estilo de vida consumista y depredador que sus conciudadanos han exportado al mundo. Cree que la salvación tiene que venir de América Latina —me ha dicho— y de los otros países del Tercer Mundo. El argentino ha protestado por el uso de ese término. Eso de tercero resulta despectivo porque presupone que existen un primero y un segundo más importantes, y eso no era lo correcto. Hemos estado mucho tiempo discutiendo sobre cómo llamar correctamente a nuestros países. ¿Países no industrializados? Pues resulta que sí lo estamos, aunque desde luego en peores condiciones que los países ricos, porque tenemos la deuda externa, y las multinacionales en nuestro suelo, que no respetan los derechos de los trabajadores. ¿Países en vías de desarrollo? ¡Pero si el desarrollo está paralizado por esas mismas razones! ¿Países pobres? Tampoco, porque son muy ricos; lo que ocurre es que la riqueza no beneficia a sus habitantes sino que ahora, como antes en tiempo de las colonias, va a parar a otros países. No sabíamos qué nombre darles que los englobara a todos. ¿Qué falta hace? Nos entendemos así. Son Latinoamérica, la India, África... Somos los bárbaros del Sur que invadimos de emigrantes a los países ricos. Seguimos teniendo hijos, mientras que ellos tienen poblaciones cada vez más viejas; tenemos esperanzas y ganas de vivir porque no tuvimos ocasión de que la civilización de la abundancia nos produjera el desencanto y, además, no tenemos el problema de la droga como lo tienen ellos. Bueno, lo tenemos de otra manera, pero es por su culpa, si nos dejaran que la cultiváramos libremente como hemos hecho desde antiguo, no habría mafias ni delincuentes que se vendan para traficarla...

De todos nuestros problemas tienen ellos la culpa: el hambre, la desigualdad en la distribución de la riqueza, las dictaduras políticas, cosas que se pueden solucionar. Tenemos que convencer al mundo de que es preciso hacerlo. Tenemos que buscar un modelo propio, nuevo, porque no nos valen los modelos ya fracasados. Llegará y será pronto. Según Deborah, las mujeres tenemos mucho que decir en este momento crítico de creación de alternativas. Los modelos hasta ahora ensayados han sido masculinos, ya es hora de que se experimente un modelo que no lo sea. Por eso —decía— las mujeres nos estamos moviendo tanto en los últimos años. Es una necesidad histórica la que nos empuja a participar en todos los campos para cambiar la marcha del mundo. Para hacerlo más a nuestra medida y que la vida sea posible en él. Porque la razón masculina, que ha guiado la política, la economía y todo el desarrollo social hasta ahora, nos conduce a la hecatombe, al peligro nuclear, a la contaminación atmosférica, al calentamiento del planeta... La humanidad, si quiere sobrevivir, tendrá que pararse a reflexionar. Y por eso las mujeres hemos salido de nuestros refugios donde nos tenían secuestradas. Hemos salido, según ella, por cuestión de supervivencia. «No pretendemos tomar el poder, pero no nos gustan la economía ni la política vigentes. Por eso tenemos que ocupar todos los sitios y todos los ámbitos donde se toman decisiones para que estas no estén en manos de incompetentes.» Ella me llevaría a reunirme con mujeres que me estaban esperando. Había cientos, miles, de grupos de mujeres que se reunían para discutir y buscar modelos alternativos de sociedad. Mañana mismo, si me animaba, me acompañaría a uno de ellos en el que había mujeres de todos los países, algunas emigrantes o exiliadas políticas como yo. Acepté ir con ella. No me convencía del todo su discurso, pero tenía razón en una cosa fundamental: las mujeres tenemos mucho que decir. Era bueno que hablásemos entre nosotras y mostrásemos vivencias de mundos diferentes para apropiarnos de lo bueno que hubiera en cada cultura, aquello que nos beneficia, y que nos ayudemos a eliminar lo que nos perjudica. Me moría de ganas de que llegase el día siguiente para

conocer a esas mujeres del Magreb que se habían escapado de su país en una lancha y habían entrado ilegalmente en este para ganarse la vida. Quería conocer a las viudas hindúes que habían llegado aquí huyendo de que las decapitaran cuando murieron sus maridos, porque tenían que acompañarlos a la tumba como era preceptivo según la tradición. También iba a conocer a latinoamericanas: argentinas, colombianas, mexicanas, chilenas, peruanas, panameñas, etc. Y sobre todo, iba a conocer a las españolas que me iban a abrir las puertas de su país.

Desde luego era una oferta que no podía rechazar.

Estuve en la reunión de mujeres feministas. Me presentó Deborah con un chiste antiespañol. Dijo que yo era una compañera latinoamericana que había venido a España con motivo de la celebración del V Centenario del Descubrimiento. Me habían enviado todos los caciques de América a devolver los espejitos que llevaron los conquistadores cuando Colón. Porque se habían dado cuenta de que los habían engañado, y ahora me mandaban a mí para trajera todos los cristalitos y recogiera el oro que ellos habían entregado en el cambio. Les debió gustar la presentación porque me aceptaron encantadas. Planeaban organizar unos actos contrarios a la celebración del V Centenario, un gesto de desagravio por todas las injusticias y los asesinatos que cometieron sus antepasados, y me dijeron que les gustaría mucho que participara en ellos. Les dije que, en parte, los genocidas también eran un poco antepasados míos, aunque tuviera sangre india, pero que me apuntaba al desagravio con mucho gusto. La conversación pronto derivó a temas de más actualidad: era tanto o más grave lo que hacían en el presente los países occidentales, sobre todo Estados Unidos y Europa, con América Latina que lo que hicieron los españoles de entonces. Porque ahora nos estaban desangrando con los intereses de la deuda externa, llevándose todas nuestras riquezas como antes se habían traído el oro y la plata. En fin, otra vez salió el tema.

Las que más hablaron fueron las españolas ¡y que duro hablan! La semana próxima habrá más reuniones con el tema de la emigración. Allí podré conocer a las magrebíes, a las senegalesas

y a mujeres de otros países árabes y africanos. Hoy he conocido a las colombianas, Gloria y Liliana, a María, la peruana, a Pilar, la teóloga de la liberación que ha estado en Brasil mucho tiempo trabajando al lado de Leonardo Boff, a Helga, la periodista que vivió exiliada en Centroamérica para escapar de las cárceles franquistas, a Consuelo, una ginecóloga que ha pasado un año con los indios quiché de Guatemala... Ya las iré conociendo mejor. De momento me basta con saber que no estoy sola. Ya he empezado a andar en este país, ya tengo incluso tareas para hacer. Papaíto, a lo mejor lo que te contaba de haber venido aquí de embajadora va a ser cierto, dejando aparte la broma del encargo de los caciques de devolver los espejitos. ¡No sería mala misión, recuperar las riquezas que nos arrebataron! A Miqueas le encantaría saber que estoy en esto.

## UNA INICIACIÓN TRUNCADA

*Penélope, naturalmente, es Marta Cristina. Mi amiga ha querido disfrazar su identidad tomando prestado el nombre de este personaje de la épica. De la misma manera ha ocultado el carácter autobiográfico del relato con el uso de la tercera persona. En cambio, mi nombre aparece tal cual, sin la más mínima distorsión literaria. ¡Qué le vamos a hacer!*

Penélope, sentada en una silla frente a un batido de chocolate, hablaba y hablaba sin parar, tratando de ser agradable con todo el mundo. Todo el mundo eran ellas, el grupo de amigas, casi todas lesbianas, que la aceptaban como a una más porque por encima de la opción sexual de cada una, había cosas importantes que tenían en común. La solidaridad, por ejemplo.

Una mujer del grupo le había dicho que transmitía ansiedad. Era cierto. Había estado todo el día inquieta. Las uñas le dolían de habérselas mordido tanto. Le hubiera gustado pasar desapercibida, que la hubieran visto como una más en ese ambiente.

Se sentía rara allí, aquello no era una reunión más de mujeres solas. De las mesas contiguas le llegaban corrientes de deseo que electrizaraban la atmósfera, frases que pedían mayor intimidad de una manera indirecta, otras que parecían aceptar. En fin, un juego de seducciones al que no estaba acostumbrada.

¿Hasta qué hora duraría aquello? Vinieron unas cervezas, se cambiaron los temas de conversación, las interlocutoras se fueron renovando y luego, poco a poco, se fueron yendo una tras otra en solitario. Cada una a su casa.

Si hubiera sabido cómo seducir a una de aquellas mujeres lo habría hecho, pero su deseo era tan difuso que carecía de fuerza para arrastrarla a la acción. Se sentía un tanto incómoda entre ellas. Todas se conocían desde hacía tiempo, y Penélope desconocía las relaciones internas que mantenían sus componentes. Era una ex-

traña. Se movía insegura, desconocía los gestos, las costumbres. Incluso había palabras que no entendía. Le parecía que tenían un significado particular para el grupo que a ella le estaba vedado:

—¡Cómo los dos son dobles!, dijo en un momento Carola refiriéndose a su ex amante y a un chico un tanto afeminado con el que estaba.

¿Qué quiere decir «son dobles»? estuvo a punto de preguntar Penélope. Pero se calló, cosa que empezaba a ser habitual en ella, y esperó a que repitieran la palabra a lo largo de la noche a ver si captaba lo que querían decir con aquello.

Para su pesar, la palabra no se repitió. En cambio surgieron otras igualmente oscuras. Hasta las caricias le resultaban oscuras. El abrazo que Helga estaba dando en ese momento a su antigua novia ¿era un abrazo fraternal o eran amantes todavía?

¿Quedaba algún resto del amor antiguo entre ellas o se trataba tan solo de amistad entre mujeres? ¿Debía ella dejarse abrazar así también en caso de que alguna lo intentase?

Penélope quería mucho a Helga. Le gustaba estar a su lado, tocarla, abrazarla... Hacerlo hubiera resultado normal allí. Todas lo hacían unas con otras y no dejaban de ser simples muestras de amistad. Al menos eso era lo que parecía.

¿Solo hubiera sido una muestra de amistad acariciar a Helga? No, decididamente no. Por eso se abstuvo de hacerlo, aunque lo deseara más que nada esa noche.

No podía dejar de pensar y dar vueltas a lo mismo: su relación con Helga. ¿Hasta dónde se remontaba el deseo? Porque ahora sabía que lo que había, esa corriente, esa atracción entre ellas, también podía llamarse deseo. No había que asustarse por esa palabra. Primero, deseo de conocer su historia, su biografía; luego, de estar con ella; ahora, ya no sabía de qué exactamente. No había ocurrido nada más. Había un deseo físico, sin duda, pero no se imaginaba a Helga y a ella haciendo el amor. Aunque sentirla a su lado, las dos fundidas en un abrazo, muy juntas, eso sí, eso le hubiera gustado.

Mientras pensaba en esto y como contraste, o como llamada de auxilio, le vinieron otras imágenes: sus manos acariciaban

unos bíceps masculinos. Podía llamar al hombre de esos bíceps, se le ocurrió. Lo llamaría por teléfono y le diría que quería encontrarse con él otra vez en el cine. Después lo acompañaría al hotel y le diría que las sacerdotisas del amor no cobran por cumplir con las obligaciones de la diosa. Le pediría que le dejase tocarlo y que la abrazase en silencio como hizo aquella noche.

¡Hacía tanto tiempo que no hacía el amor! Pero ¿y si la llamaba Helga? No, no podía quedar con nadie por si acaso.

Helga, mientras tanto, ajena a todos estos pensamientos, disfrutaba de la tertulia de mujeres. Una vez se cruzó con la mirada de Penélope y le respondió con una sonrisa. Penélope también le sonrió pero su gesto ocultaba un sin fin de interrogantes que le venían a la mente uno tras otro: la sonrisa que le había lanzado Helga ¿era inocente?, ¿cómo habría que interpretarla?

Probablemente a Helga le importaba bien poco lo que ella pudiera estar sintiendo. Había lanzado una sonrisa sin más, sin acompañarla de gestos que mostraran que se interesaba por ella. Una sonrisa de cortesía que ni expresaba interés ni pedía ningún acercamiento. Con tal estado de cosas ¡qué ridículo hubiera sido exhibir su propio deseo!

Penélope, gracias al grupo de mujeres que tan generosamente la había acogido, había ido adquiriendo confianza en sí misma, ya no se sentía una extranjera en tierras de otros. Ahora era una mujer más de las miles y miles que componían la mitad silenciada de la Tierra. Porque además de recuperar la confianza había adquirido algo nuevo, algo que en las reuniones llamaban conciencia de género. Más allá de conciencia de clase estaba esta otra que aunque pareciera recién adquirida, en realidad, toda mujer nacía con ella ¡Tenían que recuperar la voz! Tenían que hacer un mundo habitable; había que llevar la paz a su país y a los demás países del mundo que estaban en guerra; había que combatir la pobreza y la injusticia; había que instaurar un orden nuevo, un orden femenino en el que el respeto a la vida y a la Madre Tierra fuera lo primero.

Había asistido a una mesa redonda en la que se hablaba de cómo articular el feminismo con los movimientos populares que

luchaban por un nuevo orden socioeconómico en América Latina. Ella, esa tarde, no tenía ganas de discutir. Sin embargo se quedó allí escuchando con la esperanza de encontrarse con Helga al final. Había ido porque imaginaba que su amiga también acudiría. La esperaba y al término de la conferencia se irían juntas a algún antro. Tenía que aclararse aquel deseo tan extraño.

Pero Helga no vino. La estuvo buscando dentro de la sala y luego fuera, en medio de la gente que salía. Entre los asistentes también había hombres: unos eran compañeros de otras luchas, algunos trabajaban codo con codo con las mujeres en proyectos de cooperación y otros eran compañeros sentimentales.

Estaba a punto de irse, descartada ya la posibilidad de encontrar a Helga, cuando vio entre los concurrentes a un viejo conocido suyo. Había sido un amor pasajero en Cuba. Él había llegado allí para realizar un trabajo de cooperación, y ella estaba de paso, recibiendo atención médica, después de una pequeña intervención quirúrgica. Se habían encontrado casualmente. Estaban hospedados en el mismo hotel y él, una noche, la había invitado a pasear bajo el claro de luna. Una estupidez romántica como esa la había hecho perder la cabeza. Se habían besado «bajo el cielo estrellado» (como dice el bolero), pero no hubo más. Muy pronto se interrumpió el idilio porque entonces estaba su marido, y la lucha, y la imagen, y los prejuicios... Y, sobre todo, la falta de tiempo; al día siguiente vinieron a buscarla para llevársela a la montaña otra vez.

Ahora estaba allí, como venido del cielo, avanzando hacia ella. La había reconocido al momento. Se despidió del grupo de mujeres con las que estaba y vino a saludarla. La apretó en un abrazo que tenía menos de saludo que de reencuentro. La tuvo entre sus brazos un rato largo, suficiente para hacerla recordar. La vez anterior sus vacilaciones le habían hecho perder una ocasión que hubiera podido ser maravillosa. Se había mostrado tímida al principio y luego, cuando se hubo decidido a estar con él, ya no hubo tiempo. En la montaña se había acordado de esa ocasión desperdiciada miles de veces, sobre todo mientras estaba sola esperando que el marido se dignara a venir a visitarla si lo dejaban libre sus múltiples amoríos.

¡Y ahora, después de tanto tiempo, se volvían a encontrar en otro país!... Era una segunda oportunidad que no iba a dejar pasar. Se abrió la chaqueta como si el calor la sofocase y cuando él la volvió a abrazar cariñosamente, sus pechos rozaron el torso masculino. Él le pasó el brazo por los hombros y como si fuera lo más natural del mundo los dos se encaminaron a la salida.

Caminaron un buen trecho hablando todo el tiempo mientras él le acariciaba suavemente el cuello. Penélope se olvidó de Helga y de las demás.

No se conocían demasiado, pero tenían en común un recuerdo: el anhelo que dejaron interrumpido, la memoria que guardaba cada uno del cuerpo del otro aquella noche de luna llena en el trópico.

El deseo renació y fue como si todavía estuvieran allí en aquel país. Llegaron junto a un árbol y ella apoyó la espalda en el tronco atrayendo hacia sí al hombre. Notó la excitación masculina debajo de sus pantalones. Recordaba su cuerpo desnudo, su piel morena expuesta a la luz de la noche de aquella playa del Caribe. Ahora en cambio hacía mucho frío. Siguieron caminando muy juntos. No había luna esta vez. Era una tarde de otoño y estaban en Madrid. Cruzaron la Gran Vía, la Cibeles, la Puerta de Alcalá y llegaron al Retiro cuando ya el sol estaba rojo. Las hojas amarillas de los árboles habían formado montones en el suelo. Estaban secas y parecían mullidos lechos vegetales. Se dejaron caer. Ella mordió su cuello y él introdujo dulcemente las manos entre sus ropas. Hubo prendas que se desabrocharon y aumentó la superficie de contacto entre los cuerpos. Mientras, las hojas continuaban cayendo. Se levantó una ráfaga de viento y miles de ellas salpicaron a la pareja en un montículo amarillo y marrón.

No había nadie a esas horas del anochecer en aquel sitio apartado, solo los pájaros que también se arrullaban en sus nidos.

Terminaron lo que había quedado inacabado hacía años y ella se fue corriendo a la pensión por si acaso Helga la llamaba por teléfono.

Eso en su país se hubiera considerado una desviación. El que una mujer deseara a otra mujer era un vicio del que habría que avergonzarse. También entre sus compañeros de la guerrilla. ¡Si supieran! Pero todavía no había ocurrido nada. No había ocurrido nada porque Helga no había querido. Había más mujeres, pero ella no quería un cuerpo de mujer, ella solo quería estar con Helga, hacer algo por ella, atraerla, retenerla, tenerla a su lado... Por fin había encontrado a alguien que deshiciera el hielo de su corazón. Ahora, pensó, lo que tenía que hacer era recordar los recursos que las mujeres habían usado tantas veces para enamorar a los hombres.

Las cosas con ellos nunca sucedían de una manera desnuda. Había preámbulos, seducciones, fantasías... Eso era precisamente lo que fallaba en este caso: la imaginación. No se imaginaba haciendo el amor con una mujer. Tampoco se veía seduciéndola. La seducción era un engaño y no se podía engañar a Helga. Además, ella quería una relación sincera, una relación entre iguales en la que no hubiera nada que ocultar.

¿Qué pensaría Helga de todo esto?

Una noche salieron juntas de bares. La primera copa la tomaron en un antro pequeñito en el que una mujer rubia, con el pelo muy corto, servía las bebidas detrás de la barra mientras hablaba con las clientas. Había muy pocos clientes masculinos, y pensó que se trataba de un bar de ambiente. Así llamaban las de su grupo a los bares de lesbianas. En el fondo, un poco apartadas, dos mujeres sentadas en una mesa se besaban. Penélope no se atrevía a mirarlas directamente, lo hacía a través del espejo en la pared. Veía el perfil de la cara de una de ellas, enmarcado en una melena negra cuadrada, debía de tener unos veinte años.

Sus labios pintados de un rojo muy fuerte se acercaban a la boca de su amiga. La cara de la otra no se podía ver, oculta por el abundante pelo largo y lacio que hacía las veces de cortina protectora de las miradas.

Estaba tan absorta mirando el espejo y bebiendo su cerveza que no vio a la dueña del local, la mujer rubia, salir de detrás de la barra. Llegó a la mesa de las dos mujeres que estaban besándose y sin mediar explicaciones las echó del local.

Helga, que había ido a la barra a pedir otra cerveza, la dejó sin empezar, y volvió rápidamente a su mesa para preguntar a Penélope:

—¿Nos vamos? Pagaron y se fueron.

—Podíamos haber hecho algo, ¿no te parece? —dijo Penélope.

—Ya lo hemos hecho, nos hemos ido —contestó Helga.

—Quiero decir que le podíamos haber dicho algo a la mujer.

—¿Qué le teníamos que haber dicho?

—No sé, que no las echara, o que nosotras también éramos lesbianas. Algo así.

—No hubiera servido de nada. Además tú no lo eres. De todos modos ya se lo hemos dicho yéndonos. La has engañado...

El mal humor de Helga iba desapareciendo. La indignación por lo ocurrido, que la había impulsado a salir del local sin ni siquiera beberse la cerveza, iba disminuyendo. En cambio Penélope se mostraba cada vez más furiosa. Su amiga intentaba apaciguarla.

—No vale la pena darle más vueltas. No vamos a dejar que una cosa como esta nos amargue la noche —dijo.

—Yo pensé cuando entramos que ella era lesbiana, ¡como hablaba tanto con esas de la barra!

—Claro que lo es.

—Entonces, ¿por qué las ha echado? Ahora sí que no entiendo nada.

—No entiendes ahora, ni antes tampoco —dijo con segundas Helga.

—Pero puedo llegar a entender algún día, ¿no? —contestó Penélope continuando con el equívoco.

—No sé yo —dijo Helga riendo.

Los ánimos se habían apaciguado. Ahora lo que hacía falta era reírse un poco.

—¡Cómo la has engañado! Esa sí que se ha creído que tú también entiendes.

—Ahora en serio —pidió Penélope—. De verdad que no puedo entender cómo siendo ella lesbiana ha echado a dos mujeres porque se besen en público.

—Pues está bien claro. La sociedad es así de machista y de hipócrita. Y las mujeres no nos libramos tampoco de serlo. Ella

tiene un negocio y lo que quiere es sacar pelas. Y si alguien le ha llamado la atención, prefiere curarse en salud.

Mientras decía esto, Helga la había cogido por el brazo. Iban caminando por la calle una al lado de la otra, muy juntas. Pasaron por el quicio de una puerta y Helga se detuvo, pasó el brazo por la cintura de Penélope y le dio un beso en la boca. Penélope se quedó muda por la sorpresa. El rubor le había subido a la cara. Sentía fuego en el cuerpo al recordar que los labios de su amiga rozando los suyos. Helga debió notar cómo le temblaban las manos, pero no hizo ninguna alusión a aquello. En cambio dijo, poniéndose a andar:

—Anda, ven, que te voy a llevar a un sitio de donde no nos van a echar.

—¿A un bar solo de mujeres?

—Sí, espero que no te escandalices —contestó Helga burlándose.

Recorrieron el barrio de Chueca, pasaron la calle Libertad otra vez, luego Augusto Figueroa y llegaron a la calle de Marta Cristina. Las calles estaban llenas de gente y por primera vez sintió nostalgia al pensar que sería la última vez que recorrería aquellos lugares. Echó un vistazo a su ventana, desde abajo la pensión no parecía tan tétrica como lo era por dentro. Siguieron por Campoamor, Fernando VII y llegaron a Barquillo. Allí, en el 44, estaba su verdadero hogar. Desde que recaló en Madrid, el local del segundo piso había sido la única puerta abierta donde encontró solidaridad, el único territorio dentro de aquel país al que podía considerar su patria porque por el simple hecho de ser mujer le pertenecía. Nadie le había pedido más credenciales para otorgarle el derecho de propiedad.

Siguieron por Marqués de Cubas, recorrieron las calles Prado, León, todos esos sitios donde vivieron los escritores del Siglo de Oro y llegaron a la plaza de Antón Martín. Ya estaban cerca de la calle Cabeza que buscaban.

Aquel bar al que fueron se llamaba Medea. Era una especie de club privado con una puerta morada, cerrada al público, a la que había que llamar apretando un timbre. Te abría una chica

con un pantalón negro de corte masculino y un chaleco de rayas rojas y negras. El pelo, peinado hacia atrás, dejaba al descubierto unas orejas de las que colgaban unos pendientes de plata de figuras geométricas que acentuaban aún más la dureza de rasgos de la cara. Helga se adelantó a su amiga. La chica del local la reconoció y las dejó pasar.

Una vez dentro costaba un poco acostumbrarse a la oscuridad de la sala. Al fondo había una pequeña pista de baile en la que algunas mujeres bailaban ritmos neoyorquinos, rápidos y agresivos como los de cualquier discoteca. Parecía que estaban en una fiesta de cumpleaños en la que faltaran hombres. Cada una bailaba para sí misma. Después, cuando el ritmo de la música cambió y se hizo más lento, algunas se unieron por parejas y aquello empezó a parecerse un poco más a lo que Penélope espera de un «sitio de ambiente».

Había también un billar. Helga se acercó a saludar a una de las chicas que estaba jugando. Se dieron un efusivo beso en la boca y Penélope, muy discreta, se retiró, un poco cortada, hacia la barra. Miraba hacia donde estaba su amiga pero esta seguía hablando con la del billar con mucho entusiasmo. Pidió una cerveza.

No quería que Helga creyera que la estaba espiando. Decidió no mirar hacia el lugar donde ella estaba, pero se le hacía imposible. Tenía que mirarla, tenía que volver a ver una vez más aquella boca que había besado la suya, tenía que ver sus ojos y encontrar algún signo que la ayudara a dirigir su pensamiento en una u otra dirección.

Estaba tan abstraída en su laberinto de dudas que no se había fijado en la chica que tenía a su lado:

—¿Eres amiga de Helga? —le preguntó.

—Sí, ¿la conoces?

—Claro que sí. ¿Quién no conoce a Helga en este sitio? Pero a ti no te he visto nunca por aquí. Si hubieras venido antes recordaría tu cara. Tienes una cara interesante. No, no creo que si te hubiera visto antes te hubiera olvidado.

Penélope se quedó desconcertada. No supo qué contestar. Le hubiera gustado decir que a ella también le gustaba su rostro.

Era una mujer realmente guapa. Pero si le hubiera dicho eso, pensó, la otra podría interpretar sus palabras como una aceptación del cortejo que, según parecía, estaba empezando, y ella no quería seguir por ese camino.

La otra no parecía darse cuenta de que la atención de Penélope estaba en otro sitio, hasta que captó esas miradas que se dirigían inevitablemente hacia la mesa de billar. Sin embargo, o quizá por eso, siguió tratando de seducirla.

—Me gustas mucho, ¿sabes?

—Pero si yo soy muy femenina, ¿cómo puedo gustarte? —dijo Penélope.

—¡Anda, y yo también soy muy femenina!

Tenía razón, la feminidad de aquella mujer era indiscutible ¿Por qué no podía dejar a un lado todos los prejuicios que tenía respecto al lesbianismo de una vez por todas? Bueno, era verdad que algunas lesbianas se vestían como hombres, aquella que estaba viendo sentada en la primera mesa, por ejemplo.

Desde el sitio que ocupaba al lado de la barra podía oír su voz, tenía un tono ronco y grave como el de un hombre; el pelo, muy corto, peinado con un tupé como los que llevaban los rockeros de los años cincuenta; el traje, chaqueta, pantalón y chaleco, también era masculino. Lo único femenino de su apariencia era un largo pendiente que colgaba asimétricamente de una de sus orejas. Aquella mujer era la plasmación más perfecta de la ambigüedad que había visto esa noche, era como una diosa bifronte en la que lo femenino y lo masculino se aunaban en un mismo cuerpo: por un lado, el del pendiente, la cara de la mujer enmarcada en un largo flequillo que velaba y desvelaba un ojo de largas pestañas cargadas de rímel; del otro, una imagen andrógina: el pelo engominado, todo peinado hacia atrás, dejaba ver una oreja desnuda y un cuello largo que terminaba en los bordes duros de una camisa cerrada con una corbata. Contemplándola no se había dado cuenta de que la mujer «tan femenina» que había estado hablando con ella ya no estaba su lado. Había venido una amiga suya y se habían dirigido las dos hacia la pista de baile. Bailaban muy pegadas la una a la otra.

—Son pareja desde hace mucho tiempo —dijo Helga que por fin había venido a su lado—, pero se llevan fatal. La que estaba aquí es una coqueta que le pone los cuernos con la primera que llega.

—¡Qué horrible! —dijo Penélope, a quien eso de que las mujeres tuvieran celos entre sí le rompía todos sus esquemas.

—¿Qué te parece horrible? ¿Que le ponga los cuernos? Pero si se lo merece. Le pega cada paliza que la deja sin poder moverse en una semana...

Siguieron hablando sobre la brutalidad de algunas relaciones butch-femme.

—No somos perfectas, nena —dijo Helga acercando su cara a la de Penélope.

No le dio tiempo de reaccionar a la caricia. Helga se dirigió rápidamente a la pista y se puso a bailar precisamente con aquella mujer que antes había intentado seducirla a ella.

—Un poco de celos aviva el deseo, ¿no lo sabías? —le susurró al oído cuando pasó por su lado. Y se dio la vuelta, rápidamente, para apretarse más a su pareja de baile.

Las dos se daban cuenta de que Penélope las estaba mirando y le dirigían alguna que otra sonrisa. Siguió bailando acopladas como si fueran un solo cuerpo; los movimientos de una tenían una respuesta sincronizada en la otra; se juntaban y separaban en desplazamientos rítmicos. Había intervalos en que abrían la unidad que formaban, siguiendo el ritmo de la música, y entonces a Penélope le parecía que aquello era una invitación para que ella se les uniera. Helga la miraba y abría los brazos y la boca sonriendo... Giraba la cabeza y seguía mirándola de soslayo. Cuando Penélope estaba a punto de apartar la vista de ellas, un gesto, una sonrisa llamaba su atención y volvía otra vez a mirarlas, esperando que ocurriera algo... Aquellas miradas la estaban enganando para que no se fuera de allí. Helga quería que continuara recibiendo aquellos mensajes eróticos de su cuerpo. Parecía que las dos estuvieran bailando para ella, cada giro que daban, en cada movimiento provocativo de sus cuerpos, las dos buscaban su mirada... El cuerpo de Helga estaba invitando al suyo a otra danza, ¿sería eso cierto?

Pero no hubo una invitación expresa a que bailara con ellas. Antes de que acabara la música Helga dejó de bailar y vino hacia la barra. Cogió a Penélope de la mano y se encaminó a la salida.

—Vámonos de aquí. Con ese ruido no hay quien aguante.

—Tú vienes a este sitio con mucha frecuencia, ¿no?

—De vez en cuando. Pero no es el sitio que más me gusta. Vamos, ya que quieres conocer sitios nuevos, te voy a llevar a otro en el que no creo que hayas estado nunca.

Era un bar un poco más grande que el otro. Había muchas mujeres y todas parecían conocer a Helga. Penélope se sintió otra vez a disgusto. Ella lo que hubiera querido era estar a solas con su amiga y hablar de ellas mismas, de su amistad, de sus vidas y sobre todo de lo que acababa de suceder. ¡Tenían tantas cosas que contarse! Pero Helga esquivaba todo eso.

En un momento que las dejaron solas le propuso irse. Helga contestó:

—Estas son mis amigas. Traerte a estos sitios es una manera de dejar que me conozcas. Este es mi ambiente. Es normal que no te sientas cómoda. No es tu mundo.

—Ni el tuyo tampoco. No me vas a engañar. ¿Por qué te esfuerzas en hacerme ver que hay dos mundos separados?

—Porque somos dos mundos distintos —dijo Helga con una sonrisa, queriendo desdramatizar la conversación. El tuyo es el nuevo y yo soy del continente más viejo.

—¡Ah, déjate de eso ahora! Tú sabes a qué me refiero. No entiendo por qué os empeñáis en crear círculos separados del resto. ¿Por qué estos bares solo de mujeres?

—Nosotras no somos las que hacemos mundos separados. Es la sociedad la que quiere separarnos. Tú misma has visto lo que ha ocurrido en el primer bar en el que hemos estado. ¡Qué más quisiéramos que se nos reconociera con total normalidad, y que pudiéramos cogernos de la mano o besarnos en un bar sin que fuera un escándalo!

—Pues vámonos a un bar normal ahora mismo. Venga, vamos y te doy un beso delante de todos a ver que pasa.

—No tengo ganas de experimentos. Otro día, ¿vale?

Luego vinieron más mujeres. Penélope conocía a muchas de ellas de las reuniones de los comités de solidaridad. Helga se puso a hablar de historias pasadas con una vieja amiga y Penélope decidió que era mejor olvidar su pretensión de estar a solas con ella.

El recuerdo de lo que le había contado sobre la violencia de las relaciones butch-femme venía una y otra vez a su imaginación. Veía a la mujer con la que había hablado en la barra, la mujer femenina, bailar apretando su cuerpo al de Helga y luego al de su compañera, y al mismo tiempo la imaginaba atada a la cama y a la otra pegándole con un puño fuerte como el de un hombre, luego el ojo morado y un cuerpo sin poder moverse de dolor. La veía también coquetear con ella en el bar, diciéndole que le gustaba ella, precisamente porque era tan femenina.

En este bar había más luz, la música no era tan estridente y, sobre todo, la compañía era más agradable. Era como una prolongación de una reunión feminista a altas horas de la noche. Salvo que la mayoría eran lesbianas.

Era imposible estar a solas con Helga, ni tan siquiera un ratito, en toda la velada. Penélope tenía ganas de irse. Aquellas mujeres eran una compañía agradable, pero no era eso lo que ella había esperado de la noche. Helga, sin embargo, parecía feliz. Serían las cuatro de la madrugada pasadas cuando decidió abandonar el local. Penélope se levantó para irse con ella.

—Dabas la impresión de estar muy animada con las de tu mesa.

—Oh, sí —dijo Penélope—. Hemos estado hablando del derecho a la diferencia y de...

—No estoy ahora para más charlas feministas. Me voy a la cama. Me estoy muriendo de sueño —la interrumpió Helga.

Y sin decirle nada más se despidió de ella con otro beso en la boca. Un beso como el que se dan la gente moderna o los amigos de distinto sexo, un beso que podía considerarse una despedida normal. Aunque se hubieran rozado los labios.

Estaban cerca de la casa de Helga. Penélope se quedó mirando cómo su amiga se encaminaba hacia la puerta. No la había

invitado a subir. Cerca había una parada de taxis, Helga debió imaginar que cogería uno para que la llevara a la pensión. En vez de eso siguió caminando por las calles desiertas, respirando el aire fresco de la madrugada a ver si ponía orden en aquella maraña de emociones que la confundían.

No se sentía con fuerzas para poner orden a cosa alguna. No podía pensar. Se había perdido deambulando entre las callejuelas estrechas. Le parecían todas iguales y tuvo que buscar las placas con los nombres para orientarse. No había ningún coche a aquellas horas. Miró hacia arriba y vio una luna pequeñita que aparecía y desaparecía detrás de una nube. Era una luna decreciente, como su amor por Helga en esos momentos. No iba a dejar que otra mujer jugara con ella al juego de la seducción. Ella quería una amiga sincera, no quería devaneos... Se avergonzaba de ella misma. Sus prejuicios, otra vez. Su resistencia a aceptar un deseo sexual que llevara nombre de mujer y al mismo tiempo su deseo de Helga, del cuerpo y alma de Helga...

Miró hacia la Luna. Quizá era mejor así, que Helga hiciera de su relación un puro juego, que Helga huyera de su compañía, así no tenía que añadir un problema más a los que ya tenía. Guardaría esas emociones en lo más profundo, las escondería... Que se quedaran allí. No era capaz de echarlas fuera del todo. Las guardaría como un fuego medio apagado, un rescoldo que pudiera avivarse cuando hiciera falta calentar su corazón. No iba a sufrir por eso... Ella ya no podía sufrir más.

Penélope era una mujer fuerte que se sentía capaz de surcar todos los mares. No podía desanimarse aunque no supiera muy bien dónde estaba. Para ella, navegante solitaria, se había dejado ver en el cielo aquella estrella: la estrella de los caminantes errantes que le iba a servir de guía ahora en su paseo nocturno.

Siguió avanzando por el centro de la calle para mirar mejor el cielo. Se adentró por calles oscuras, huyendo de la iluminación eléctrica: quería ver la Luna y las estrellas. En estas callejuelas solitarias el peligro se agazapaba detrás de cada puerta entreabierta, pero también el misterio, y la aventura. Sumergiéndose en el abismo de la noche empezó a sentirse mejor. Allí estaba la

luna menguante llevándose en su viaje a la oscuridad de la nada los jugos amargos de sus confusas emociones. El peligro acechante la iba despertando, o quizá fuera el frescor de la madrugada. Caminaba con los cinco sentidos alerta a la espera de lo imprevisible. Un borracho la siguió un tiempo balanceándose como si fuera sobre una barca a punto de zozobrar. No le pareció peligroso. En cualquier momento, si se le ocurría atacarla, podría echar a correr, o quizá no hiciera falta: con solo darle un empujoncito, el hombre se vendría al suelo ¿Qué pena profunda habría llevado a ese hombre, todavía joven, y apuesto, a destruirse con el alcohol? Comenzó a andar más deprisa, cruzó una o dos calles y lo perdió de vista. Se cruzó con unas prostitutas, apoyadas en las farolas esperando a clientes rezagados antes de ir a preparar el desayuno para sus hijos. Si es que tenían hijos. A lo mejor estaban como ella sin nadie que las espere para empezar el día. Tal vez vivieran solas en alguna pensión parecida a la suya. Juntas formaban el grupo de las hijas de la noche. No tenían nombre, eran las hijas innominadas de la Luna y Endimión: hijas espurias, marcadas con la señal de la marginación y la vergüenza... Una voz estridente la sacó de tales elucubraciones:

—Las últimas mil pesetas van a ser para ti, princesa...

—Déjame, por favor —dijo Penélope intentado deshacerse del hombre que se había interpuesto en su camino.

—¿Qué más quieres? A estas horas no vas a encontrar otro cliente...

—No busco clientes. Déjame caminar en paz.

—Ninguna mujer va sola por ahí a estas horas de la noche si no va buscando guerra...

Penélope siguió andando... Oía todavía las palabras del hombre y murmuró con coraje: ¡Hasta la noche quieren quitarnos!

Pero no lo iba a consentir, a las hijas de la Luna la noche les pertenecía.

## ME INTOXICARON LAS HISTORIAS DE AMOR

**E**l tiempo de la escarcha ya ha pasado, mi corazón empieza deshelarse. La frialdad de la Luna solo era un espejismo, lo mismo que mi autosuficiencia. La Luna también produce esas confusiones. Creí que podía vivir sola sin ayuda de nadie en este país extraño y por poco me muero de tan sola. La amistad con Helga me ha salvado de la soledad pero no del desconcierto.

He conseguido algo. He conseguido vencer prejuicios. He limpiado un poquito más mi cabeza en la que no cabía ver a dos mujeres amándose. He visto que es posible. Amo a una mujer, pero no soy lesbiana. Safo no me quiere entre sus discípulas.

Helga, de manera pertinaz, puso en práctica conmigo todos los juegos de seducción imaginables para llevarme hasta la puerta de su mundo. Pero una vez allí, yo me di la vuelta. Ella me había dicho que el amor entre mujeres no era una relación light, que el sexo se daba entre ellas con todas sus consecuencias, con toda la pasión y la fuerza que podía darse en una relación heterosexual y también con toda la brutalidad. No se trataba solamente de una atracción afectuosa. No, ella tenía verdaderas necesidades sexuales.

¿Y yo, las tenía? Llevaba mucho tiempo sin experimentar una verdadera relación sexual desnuda de afecto. Todas mis relaciones últimamente habían estado dominadas por otros sentimientos que habían prevalecido sobre el sexo: la necesidad de sentirme amada, el cariño a la otra persona, el deseo de no estar sola... ¿Había perdido yo la capacidad de sentir la fuerza profunda del instinto? ¿Era todavía capaz de experimentar placer con el sexo, al desnudo? ¿Por qué no probar a gozar del sexo por el sexo? No era ninguna puritana.

Iba caminando por la calle y de pronto se me ocurrió ir a ver una de esas películas pornográficas que tanto excitan a la gente.

Miré en las páginas de la cartelera en el periódico y leí los títulos que se proyectaban en las salas calificadas con una X. No había mucha diferencia entre unos y otros, así que apunté la dirección del cine que me quedaba más cercano y me dirigí hacia allí. El cine se llamaba como la calle, Magallanes. Estaba situada a la derecha de la calle Fuencarral, pasada la iglesia de San Pedro, donde había entrado algunas veces.

Saqué mi boleto en la taquilla y entré en una sala ocupada en su inmensa mayoría por hombres; las únicas mujeres que había iban acompañadas de su pareja. La película se titulaba *En la gloria con Gloria* y la gloria era una habitación, sin más mobiliario que una cama y una silla, de la que no salían los protagonistas, una pareja de actores que durante todo el rato que duró la película no hicieron otra cosa que cambiar de postura para hacer siempre lo mismo. La cámara enfocaba sus caras mostrándolos jadeantes y sudorosos por el esfuerzo. El hombre decía palabras obscenas a la mujer y esta sacaba la lengua pasándosela por los labios en gestos lascivos para excitar al espectador, que era a quien miraba —¿por qué no miraría a su pareja como sería lo más normal?; parece que en estas películas la verosimilitud brilla por su ausencia—. Otras veces el enfoque era sobre los órganos genitales de los dos, alternativamente, en múltiples posturas: fuera, dentro, rozando los muslos, el órgano masculino rozando los pechos femeninos, mujer, la mujer chupando el órgano masculino... Miraba indiferente la pantalla cuando noté algo que se agitaba dentro de mi asiento. Me había sentado en una fila delantera eligiendo una butaca que tuviera desocupados los asientos a ambos lados, lejos de los hombres solitarios que había en la sala. Por eso me asusté al notar aquello en mi trasero por encima del vestido. Me quedé quieta sin saber cómo reaccionar, pero aquella cosa seguía moviéndose al mismo ritmo que se movían los actores en la película. Me hice para un lado pero me seguía. Por fin me decidí a mirarlo: era un pie desnudo. Volví la cabeza y vi a su propietario, el caballero sentado detrás. Era un señor de unos cincuenta años muy bien parecido. Le sonreí y le dije muy amablemente que retirara aquel pie. El señor lo hizo inmediatamente

y se levantó del asiento. Yo seguí viendo la película que en este momento presentaba una novedad. Por la puerta había entrado un hombre más que también se estaba desnudando. La mujer se apartaba del compañero, que seguía mostrando su órgano bien erecto y se disponía a atender al recién llegado. En ese momento me di cuenta de que yo también iba a tener una visita: el señor de atrás venía por la fila que yo ocupaba y estaba a dos pasos de mi asiento. Hice como si no le hubiera visto y continué mirando la pantalla. Al momento noté una mano cálida subiendo por encima de mi rodilla. Me acordé de mi propósito de abandonarme al instinto, a la fuerza oscura del deseo, del sexo sin nombre. Tenía que averiguar mi identidad sexual. La mano del hombre se movía suave entre mis muslos y en mi entrepierna, luego la introdujo debajo de mis bragas buscando mi sexo. Me acariciaba y con voz desfallecida preguntaba: ¿te gusta, te gusta? Le contesté que sí. Así sin más con voz firme y entonces paró de tocarme y se apartó un poco. No sé por qué pero confié en él. Le miré la cara y me pareció un ser extraño pero sin maldad. Cambié el tono de voz, lo puse más suave y le dije: «Puede seguir si gusta». Entonces se acercó más, me pasó su brazo por el cuello para llegar con esa mano hasta mis pezones. Le besé en la boca al mismo tiempo que le acariciaba con mi mano encima de sus pantalones. Me dijo que lo hacía muy bien. Si me hubiera dicho otra cosa, alguna palabra sucia o cosas por el estilo me hubiera echado para atrás, pero su tono aséptico me animó. Era un juego entre dos. No había relaciones de poder. Él se lo estaba pasando bien conmigo y yo con él.

Ya estaba terminando la película y nos levantamos juntos. Me llevó a su hotel y nos metimos en la cama. Era un hombre alto y fuerte. Me dijo que vivía solo en una provincia y que hacía mucho tiempo que no había hecho el amor tan bien como lo había hecho conmigo. Luego me pidió que me quedara con él toda la noche y yo le contesté que no le podía negar nada al amor porque era su sacerdotisa. Cumplimos con el rito no sé cuantas veces. En algún momento debí quedarme dormida. Me desperté a la mañana siguiente y él ya no estaba en la habitación. Me

había dejado en la mesita un sobre con dinero y una nota en la que decía que me esperaba dentro de diez días en ese mismo hotel. Me había confundido con una prostituta, pero una de las caras. ¡Trescientos euros! No estaba mal por una noche. Era casi tanto como lo que me daban a mí en calidad de refugiada para que viviera todo el mes. ¡Y yo que me quejaba de que no podía trabajar hasta que no me concedieran los papeles de residente! Ya había encontrado un trabajo excelentemente pagado para el que no me pedían ningún permiso ni me ponían trabas administrativas.

Mi identidad sexual quedaba confirmada, pero ese dinero me quemaba las manos. Pensé en dárselo al primer mendigo que me encontrara por la calle, aunque para qué buscar un pobre ¿no era yo lo suficiente? Me dirigí a la pensión y cuando llegó la hora del almuerzo me di cuenta de que ese día no tenía necesidad de ir a comer al comedor de beneficencia. Que no me esperaran las monjitas con su sopa de cebolla y su filete empanado. Tenía suficiente dinero para irme al restaurante más caro, y cuando se acabara, sabía una manera fácil de conseguir más. Cuando vino el viejito cantante de ópera para que fuéramos juntos a comer, como hacíamos con frecuencia, me dio pena dejarlo solo. Me vinieron las ganas de comer esa sopa de cebolla y de mezclarme en la cola con las prostitutas entradas en años, los desempleados y los emigrantes, mientras esperaba mi turno. Pobre, pero honrada. Me quedaba ese otro prejuicio. Me había entregado al sexo por el sexo, pero no me iba a entregar al sexo por dinero. Llevaba todavía el sobre con el dinero en el bolsillo y se las di a las monjas al terminar la comida. Les dije que me lo había dado una persona para que se lo entregara.

Alguna vez he tenido la tentación de volver a ese hotel a buscar al señor o de volver al cine y hacer nuevos clientes. Pero no lo he hecho aún. No lo voy a hacer. En las religiones antiguas que rendían culto a la diosa Luna, todas las mujeres tenían que pasar por el rito de la iniciación entregándose en su templo al primer desconocido que pasara para después olvidarlo y no volverse a entregar más a nadie hasta que no fuera por un senti-

miento profundo de amor. Yo también voy a esperar hasta que sienta ese sentimiento profundo por alguien. Ya sé algo más de mí misma. He comprobado como reacciona mi cuerpo con deseo ante el cuerpo de los hombres. Helga y sus amigas son un apoyo emocional en estos momentos, pero nada más. Mi deseo tiene nombre masculino. Estaba muy lejos de sentir lo que decían los versos de Safo que me aprendí de memoria:

*Como el viento desenfrenado de las montañas  
cae sobre los bosques, el amor estremece mi ser.*

....

*Otra vez el amor que deshace el cuerpo me atormenta,  
como una amarga y dulce fiera invencible.*

¿Qué otro trabajo podría encontrar sin permiso de residente que no fuera el de sirvienta? Ninguno. Quizá camarera o limpiadora de algún bar, pero para el caso es lo mismo. Estaría sin contrato y me pagarán una miseria. Si fuera inglesa o gringa estaría dando clases de inglés con Deborah. Me ofrecí en su academia para dar clases de español a los emigrantes, eso podría hacerlo, lo único que se necesita es repetir y repetir pacientemente las mismas frases, escuchar a los estudiantes y corregir lo que digan mal. Si me sale este trabajo le estaré agradecida de por vida a Deborah, aunque sea una yanqui, aunque me paguen muy poco...

Siempre soñé con que algún día tendría mi huertecito y me dedicaría a cultivar papas y frijoles. Viviría tranquila de mi trabajo, cultivando la tierra. Pero no hubo lugar, había que pelear y organizar a las masas. Esos son los únicos trabajos que sé hacer bien, pero ni modo de pensar en ganarme la vida con ellos en mis circunstancias. Si no me sale lo de la Academia, tendré que ofrecerme de sirvienta en una casa burguesa. ¡Y yo que creí que con nuestra lucha íbamos a acabar con la clase capitalista!

Acabé mi primer semana de trabajo. Las monjas del comedor me buscaron un empleo. Consiste en cuidar a una viejita enferma. Tengo que limpiar la casa, lavarle la ropa y hacer la co-

mida. Hago de criada y otro poco de monja de la caridad, pero solo me pagan por el de criada. Me da pena la viejita. ¡Qué sola está! A lo mejor yo también estaré así algún día. Pero yo tendré mis amigas y seré amable con las vecinas. Procuraré tener mejor humor cuando llegue alguien y así volverán a hacerme más visitas. Seré cariñosa con la persona que me cuide y no gruñiré cuando no haga las cosas con tanta rapidez como yo quiero.

Mi señora se pasa las horas sentada en su mecedora sin hablar con nadie. Algunas veces he intentado acercarme a ella, darle conversación, pero ya no lo voy a hacer más porque el otro día que me senté a su lado para intentarlo, me dijo que no me pagaba por estar sin hacer nada. ¡Peor para ella! ¿Qué se habrá creído? Luego se queja de que nadie viene a visitarla... Si es que se lo tiene merecido, porque es una borde. Ayer me dijo que tenía varios hijos, pero que solo se acuerdan de ella cuando necesitan dinero.

—Están listos si creen que me van a sacar un duro mientras viva —decía—. ¡No he pasado yo toda mi vida economizando para que ellos se lo gasten en dos días!

El portero me dijo que tenía muchísimo dinero, ¿para cuándo lo guardará? Menos mal que nadie puede llevarse nada al otro mundo porque algunos, si pudieran, se llevarían todo lo que tienen sin importarle de sus hijos ni de nadie. Serían capaces de dejar el mundo vacío para los que vinieran después. No me extraña que estas personas se queden solas. ¿Quién las va a querer?

A veces me da un poco de pena, creo que quería que habláramos un ratito. Tiene ratos que se olvida de su altivez y hasta me dirige algunas palabras. Es como si intentara comunicarse y no supiera cómo hacerlo. Me llamó y me preguntó de dónde era, si estaba casada, qué venía a hacer a este país... Pero todo así, muy bruscamente y sin siquiera pedirme que me sentara. Le contesté como mejor pude y me fui otra vez a la cocina. Ahora, aunque haya terminado mi trabajo, me quedo allí hasta que llega la hora de irme para que no me vea sin hacer nada. Creo que la semana que viene me voy a leer un libro de su biblioteca sin que se dé cuenta. Luego me quedo media hora más de las que me paga para darle gusto. Disfruta cuando se aprovecha del trabajo de alguien,

la única vez que la he visto contenta es cuando he comprado más barato en una tienda... Tengo que ir a un mercado que está muy lejos de la casa solo porque las manzanas cuestan unos centavos más barato que en la tienda de enfrente. No me importa porque el mercado es muy bonito, todo de cristal. Subo la cuesta de la calle Segovia, miro el puente por donde dicen que los madrileños desesperados se tiran al vacío y sigo andando por un Madrid antiguo que es el que a mi padre le hubiera gustado conocer, el Madrid de las leyendas y de los libros de historia. Desde el mercado de San Miguel se ven las cuevas del bandolero Luis Candelas, los arcos de las callejuelas que van a dar a la Plaza Mayor y la calle Imperial. Luego, algunas veces, cojo el bus para bajar cargada con las bolsas de la compra, pero otras, bajo andando para ahorrarme el billete. Aunque entonces tengo que correr para que no me regañe la señora por la tardanza. Ah, y si me dan alguna pieza de fruta que tiene algo malo me la guarda para mí. Me la pone en un plato y me dice: «Esta para ti». Menos mal que cuando me quedo sola hago lo que quiero: comérmela o tirarla directamente al cubo de la basura. Eso sí, quedándome ese día sin postre si la tiro, porque tiene las piezas de fruta contadas.

Al principio me molestó que no pudiéramos comer juntas. Estando solo las dos, le tengo que servir la comida a ella en el comedor mientras yo como sola en la mesa de la cocina. Luego me he alegrado de que no me llame para comer con ella. Le dolería cada bocado que me llevara a la boca. Les cuento esto a las feministas de mi grupo para que vean cómo somos las mujeres. Les digo que yo tengo más en común con el mendigo que pide en la puerta o con el señor que vende las pipas que con esta señora aunque sea una mujer. Hay mujeres que parecen hombres, me dicen. Sí, pero también cuentan, digo yo.

Vino el hijo de la señora a verla. No sé que le contaría la mamá de mí. Seguramente que venía de Latinoamérica, que era feminista o que me gustaba mucho bailar. Cualquiera cosa de las pocas que yo le podía haber contado. Bueno, pues no sé que se pensaría el señor que ya se quería acostar conmigo. Una cosa es que las del Trópico tengamos fama de mujeres ardientes y otra

es que cualquier mequetrefe se crea con derecho a que nos derriremos cuando nos corteje. Menos mal que solo tengo que servir a la señora, si estuviera él viviendo en la casa lo tendría peor. Vamos, que sería como para tirarse por el acueducto.

Soy todavía una mujer guapa. Me miro en los espejos de los escaparates y parezco una joven madrileña. Mi edad no es todavía la de una mujer mayor. Voy a cumplir cuarenta años. Una mujer de mi país ya es vieja con esa edad, pero aquí las que tienen mis años están en el «splendor de la vida». Yo también estoy muy linda, mucho más que los primeros días que tenía la cara abotargada y llena de ojeras de tanto llorar. Mi pelo amarillo me hace parecer europea. ¿Ha visto alguien una india rubia? Pues eso soy yo. Una india moderna con el pelo corto que se va a dejar crecer una melena rubia muy larga y que si se descuidan aprende a fumar en boquilla. Eso es lo que me enseñan las feministas. Para que luego digan que si todas son unas feas y que no se ocupan de su cuerpo. Ellas me han devuelto la confianza en el mío. Me han regalado ropa bonita para que me la ponga, me han animado a esconderme las canas y a arreglarme el pelo para ponerme más joven. Y, sobre todo, han intentado enseñarme a estar a gusto conmigo misma. Pero no me han quitado la soledad. Cada una tiene su casa, su pareja y sus raíces cerca. Yo no tengo nada de eso.

Echo de menos el campo, el sol, las flores... Siento una nostalgia tan grande que volvería ahora mismo, aunque solo fuera para echarle una miradita a mi tierra. Es la misma ansiedad por volver y la misma tristeza que cuando me fui a la guerrilla y mi papá me dijo que ya no volviera más a la casa, que no quería verme nunca más. Ahora son los compañeros, los pocos que quedan vivos, los que no iban a querer verme. ¡No puedo volver!

¿Cómo puede ser que con toda la gente que hay en esta ciudad yo me encuentre tan sola? «Vos lo que necesitás es un hombre, Marta Cristina. No querés reconocerlo pero vos me deseáis. Podría ser tu macho si vos me dejaras.» Quizá si se quedara calladito podía tener ganas de acostarme con él, pero eso es difícil. Siempre lo sabe todo. Sabe lo que piensas y lo que necesitas

mejor que tú misma. Mide a todo el mundo según es él y por eso cree que todos estamos necesitando sexo a todas horas.

No necesito sexo, lo que necesito es a alguien que me quiera. Tener una casa propia con alguien dentro y que cuando llegue esté la luz encendida porque alguien me está esperando. Y que ese alguien me escuche cuando le diga que el trabajo que hago es una mierda y que cada uno debería limpiarse su propia suciedad. Alguien que viniera conmigo a las manifestaciones por los derechos humanos y que le gustara que fuese feminista (jesto sí que es difícil!). Que discutiera conmigo de política y que me comprendiera. Que quisiera cambiar el mundo como yo para hacerlo más justo y más bonito. Y, si pudiera ser, que tuviera coche para llevarme los fines de semana a ver el campo. Que se tumbase conmigo en la hierba y me dijese que quería envejecer conmigo en una casita de la montaña viendo crecer los árboles. ¡Ah, dónde estará ese alguien!

No eres tan fea como para que no puedas encontrar un marido, me decía Aíxa el otro día. Ella había decidido casarse para que le dieran la nacionalidad española. Así podía quedarse aquí sin el miedo a que la devolvieran a su país. Podría encontrar un trabajo y llevar una vida tranquila.

—¿Pero tú quieres a ese español con el que te vas a casar? —le pregunté.

—Bueno —me dijo— es cariñoso conmigo y no me ha puesto todavía las manos encima.

Aíxa es de Marruecos. Se vino de allí con su marido para escapar de la pobreza como hacen miles de compatriotas suyos. Se habían casado hacía poco tiempo y vivían con los padres de él. Creían que en España las cosas iban a ser más fáciles, que iban a tener trabajo y podrían comprarse una casa propia. Habían cruzado el estrecho en patera. Tuvieron suerte, aunque estaban sin papeles, ella se puso a trabajar de sirvienta en una casa en la que le daban alojamiento y comida y él se fue a Levante a cortar la naranja. Hasta que allí, en ese pueblo de la costa, encontró a una mujer que se quiso casar con él. Se casó con la española y le dijo que era un matrimonio por conveniencia para conseguir los papeles, así si lo

cogía la policía ya no podían devolverlo a la frontera, podría quedarse aquí y trabajar legalmente, y que si se ponía tonta le iba a escribir una carta a su familia repudiándola a ella, su primera mujer. Seguía viniendo a Madrid a verla, cada vez con menos frecuencia.

Estaba casado con la española y a Aíxa no la veía apenas. Ella no podía volver con su familia a Marruecos porque para ellos era una gran vergüenza tener una hija repudiada por el marido. Además, tampoco tenían dinero para alimentarla. Por si fuera poco, se habían gastado todos los ahorros para celebrar su boda que había durado veinte días. Aunque fueran pobres, habían seguido la costumbre de celebrar durante varias semanas el que sus hija se casara.

—Es una tradición muy antigua que había que cumplir para que los novios fueran felices. Aunque en mi caso, ya ves, no ha dado mucho resultado —decía Aixa.

No le preocupaba mucho que el marido estuviera con otra, lo que más sentía era que la repudiara, más aún que el hecho de que la hubiera dejado sola en un país donde no conocía a nadie. El día que tenía libre en la casa donde trabajaba no sabía adónde ir. Algunas veces iba al cine, pero no se enteraba bien de las películas. Otras prefería irse sola a pasear por el parque. Una tarde, en ese parque, vio a un grupo de mujeres que repartían unas hojas donde estaba escrita la dirección de un grupo de encuentro de mujeres emigrantes. Vino el primer día que pudo hacer coincidir su tarde libre con las horas de la reunión y desde entonces ya iba siempre. Había encontrado un sitio adonde ir. En el grupo había hecho amigas que le habían presentado a hombres y mujeres de España. Algunas de estas amigas también se habían casado con españoles para que las dejaran quedarse y ahora tenían hijos y una familia. Bueno, cuando se casó con su primer marido lo conocía mucho menos que al español con el que se pensaba casar ahora. En su país era normal casarse con un hombre sin conocerlo. El amor venía después cuando ya era tu marido. Lo malo era que ahora, si su marido se enteraba de que quería casarse con otro a lo mejor no quería divorciarse. Ya le había ocurrido a otras marroquíes. Los hombres son así.

Esta noche ha estado repleta de sueños. En uno de ellos hacía el amor con un hombre que parecía mi esposo pero que no era Carlos. Disfrutaba mucho del sexo, pero cuando terminamos me parecía que no conocía a ese hombre. Luego caminaba por una ciudad extraña con mi papá al lado. Bajamos unas escaleras para llegar a un lugar oscuro, como una gruta muy larga y húmeda. A los lados había gente, unos durmiendo y otros despiertos. Daba la impresión que aquello era su casa. Tenían un aspecto muy descuidado y llevaban unas ropas muy viejas. Mi papá iba vestido con su traje y su corbata impecables como siempre. Yo me separaba de su mano y miraba a toda aquella gente que me sonreía. Mi papá pasaba de largo sin mirarlos y sin saludarlos siquiera. Eran muy pobres, pero parecían felices. Mi papá me pedía que yo tampoco los mirara porque era peligroso, pero yo los conocía y sabía que ellos me querían, no me podían hacer ningún daño. Cuando ya llegábamos a la salida, yo me quería quedar allí. Volví la cabeza y cada uno estaba en lo suyo: unos jugaban con los niños, las mujeres hacían la comida, hablaban entre ellos. Todos me habían sonreído cuando pasaba por su lado como si me quisieran mucho, pero ahora nadie me miraba. Nadie venía a pedirme que me quedara. Mi padre me cogió de la mano y tiró bruscamente de mí para que nos fuéramos. Me llevaba cogida tan fuerte que me hacía daño. Volví otra vez la cabeza buscando que alguien me ayudara a soltarme, pero nadie se fijaba en nosotros. Cuando íbamos a salir conseguí escaparme y volverme a la cueva con aquella gente. Dejé que mi padre se fuera solo.

Luego también soñé que estábamos en una pelea entre la guerrilla y el ejército. Yo miraba desde el lado de los soldados cómo disparaban las balas de un bando y del otro. Del lado de los guerrilleros se levantó un hombre que llevaba un sombrero para parlamentar. Había muchos soldados y muchos guerrilleros muertos en el suelo. Yo estaba en el lado del ejército, pero no disparaba, los veía a los jefes que tenían muchas armas y que no les importaba que murieran los que estaban en primera fila. Pero luego, cuando se levantó ese hombre que parecía un campesino, me di cuenta de que era yo ese hombre y de que me iban a disparar los

soldados. No me quería morir, pero seguía levantado en la trinchera. Me dispararon y se acabó el sueño. No sé que puede significar. Es muy raro pero, aunque soy una mujer, en el sueño yo era ese campesino del sombrero al que mataban. Luego tuve otro sueño erótico. ¿Tendrá razón el argentino cuando dice que necesito un hombre? Tengo una amiga chilena que también me aconseja que me busque un novio para que me cure los nervios.

—¿Y por qué no una mujer que las tiene más a mano? —dice Helga.

—Ah no —responde—, no puede ser. Las mujeres no tienen esa cosa dura ahí cuando te abrazan —dijo, llevándose la mano al pecho señalando el lugar del bolsillo donde está la billetera.

Ella siempre va acompañada por unos hombres impresionantes. Le pregunté qué hacía para tener esa suerte y me dijo:

—Ser una mujer fácil, ese es todo mi secreto. A mi edad —tiene cincuenta años— no se puede ir por ahí exigiendo demasiado de un hombre. Solo pido que sean bellos físicamente, lo demás ya lo pongo yo. El príncipe azul no existe, compañera. Confórmate con el que tengas a mano.

Al novio que tiene ahora le lleva veinte años. Es un periodista español que quiere casarse con ella.

—Ya le he dicho que yo no me caso con nadie. Ya no está una para esos trotes. Si quiere jugar a las casitas que se busque otra, yo tengo cosas mejores que hacer.

—Es maravilloso que quiera casarse contigo, eso es porque te quiere —le digo.

La verdad es que el sardinito parece estar muy enamorado de ella. Estuve un día tomando café en su casa y no veas las atenciones y los gestos de cariño que le hacía. Todo el tiempo pendiente de sus palabras, todo lo que ella decía lo reflexionaba como si fuera la suprema filosofía.

—Con él es fácil ser un genio, es tan joven que no reconoce las citas.

Le dije:

—Matilde, yo en tu lugar, sería menos irónica con él si quieres retenerlo a tu lado.

—Querida, yo no busco retener a nadie. Él está conmigo porque quiere estar y cuando no le interese puede irse. Tiene la puerta abierta. Por eso no me voy a casar con él, para que siempre se sienta libre de irse o quedarse.

Toda la velada siguió tomándole el pelo a su novio delante de mí:

—Lo bueno de tener un novio periodista es que te informa de todos los chismes que pasan.

Él sonreía y parecía más divertido que molesto. Debía de estar acostumbrado a las frases brillantes de mi amiga a costa de su profesión. En una reunión dijo en público que eso de que a las mujeres nos gustara los chismes y de que éramos más cotillas que los hombres no era verdad. Para no ir más lejos ahí estaba el ejemplo de ella misma y su compañero. El cotilla era él, ella no tenía tiempo para interesarse por las vidas ajenas.

Me cae simpático el muchacho. Aunque sea periodista. En su caso es generosidad el interesarse por la vida de los demás, querer saber lo que les pasa. Si yo fuera Matilde le dedicaría más tiempo. Preferiría estar con él a quedarme en casa, como hace ella, leyendo todo lo que se escribe de filosofía y ser más lista que nadie. Es una de las personas más inteligentes y cultas que conozco, pero no me convence su sabiduría. Me gusta la gente más humana.

¡Qué gente más diversa estas mujeres! Matilde la fría filósofa, La Poderío, toda calidez humana. Las dos en el mismo grupo feminista, cada una lo más opuesto a la otra. Matilde, alta, esbelta, hermosa y elegante como la Gloria Steiner de la portada de Life, esa con el subtítulo de «Así luce una mujer a los cincuenta». La Poderío, gorda, desgarrada, un desastre vistiendo, llevando sin ningún complejo el traje de motorista, paseando su humanidad por toda la ciudad encima de la moto con la que trabaja de mensajera. El otro día me llevó en el asiento de atrás a la pensión. Subió a mi habitación y se ofreció a ayudarme a ponerla más cómoda, taparme los cristales de la puerta para que no pase la luz del pasillo, encajarla en el marco para que cerrase bien... Yo lo que quiero es irme de aquí. Buscarme un sitio donde no tenga que esperar en la cola para hacer pis.

Deborah se fue a vivir con unas amigas. El argentino también se va muy pronto. Ha alquilado un piso y quiere compartirlo con más gente. ¿Y si me fuera con él? Si no fuera por tenerlo que aguantar todo el tiempo lo mismo: «Martita, nena, reconoce que me deseás. No seas una remilgada porque reprimirse produce cáncer en las mujeres». No sé si eso lo habrá sacado también del psicoanálisis, o si será de su cosecha. ¡Qué manía con el sexo! ¿O tendrá razón y soy una remilgada? Tampoco es cuestión de irme con él para demostrarle que no lo soy. No me apetece, y ya está, aunque sea tan guapo. No me reprimo, lo que pasa es que soy una romántica y todavía espero al hombre de mi vida.

Nacemos solos, morimos solos y todo lo más importante en la vida lo hacemos solos. Pero, entonces, ¿por qué me produce tanta angustia esta frase? ¿Por qué me pongo contenta cuando me engaño creyendo que voy a encontrar alguien para compartir mi vida?

He vuelto a soñar otra vez con que era un hombre. Tenía unos cuarenta años y era muy guapo. Iba por los pueblos y todas las mujeres se enamoraban de mí. Yo me dejaba querer por ellas, hacíamos el amor en el campo sin que nos vieran sus maridos ni la gente del pueblo y luego me despedía porque debía continuar mi camino. No sabía adónde iba, pero allí no me podía quedar. Ellas lloraban cuando me decían adiós desde las últimas casas del pueblo, pero yo estaba muy contento porque me iba aunque no quería que se dieran cuenta y disimulaba para que no vieran que no estaba tan triste como ellas.

Cuando andaba por el camino siempre era por la mañana y hacía sol. Me gustaba mucho andar y sentir el perfume de los campos que olían todavía a la humedad de la noche. Escuchaba a los pájaros que se despertaban y a las abejas que ya salían a revolotear encima de las flores. Caminaba despacio y me detenía a hablar con los campesinos de las aldeas que llevaban sus gallinas y sus verduras para venderlas en el mercado. Yo también iba hacia allí, pero no llevaba nada para vender. Cogí unos troncos de madera y me puse a tallar figuras para tener también yo algo con lo que comerciar. Luego me quedé solo otra vez.

El camino de un pueblo a otro seguía la ladera ascendente de una montaña y cada vez hacía más frío. Por fin llegué a un pueblo en que había mucha nieve. Todo el mundo estaba metido en sus casas. Veía salir por las chimeneas el humo de los hogares encendidos y me daba envidia de la gente que vivía allí dentro con su familia. Yo también hubiera querido tener una casa calentita para cobijarme. Recorrí todas las calles y miré por las ventanas para ver si había alguna mujer que quisiera estar conmigo, pero todas estaban ocupadas haciendo la comida o atendiendo a sus maridos y a sus hijos. Estaba tiritando de frío y me sentía viejo y ridículo. Pensé que ya ninguna mujer se iba a querer venir conmigo porque me habían salido canas y parecía un mendigo. Pero entonces una niña, que también era yo, me vio desde detrás del cristal empañado de una ventana y me hizo un gesto para que la esperara. Salió con un abrigo puesto y me dijo que había estado mucho tiempo esperando a que fuera a buscarla. Tenía que venirse conmigo porque era mi hija y me iba a llevar por el camino más corto a nuestra casa. El hombre del sueño, mi alter ego masculino, no se acordaba de que tuviera una casa ni conocía a esa niña pero se dejó conducir por ella porque no tenía adonde ir y hacía frío.

Le conté el sueño al argentino para que me ayudara a interpretarlo. Ya son dos las veces que he soñado que soy un hombre. Tenía miedo de que me dijera que era una lesbiana reprimida o algo por el estilo, aún así me aventuré.

—No mi amor, tú no eres el hombre que enamora a las mujeres. Tú eres la niña que está aburrida en ese pueblo invernal esperando que venga el papá a salvarla. El hombre pobre al que antes amaban las mujeres pero al que cuando le han salido canas y es viejo ya nadie quiere soy yo. Solo vos podéis salvarme conduciéndome por el camino montaña abajo hasta que encontremos nuestra casa.

Naturalmente no concedí ningún crédito a su interpretación. No me creí que él fuera el hombre de mi sueño, pero me puso contenta que me dijera que yo era la niña que había visto salir de la casa tan segura de saber el camino. Le dije que me parecía un buen psicólogo y que tenía mucho atractivo para las mujeres.

Me invitó a quedarme a cenar. Había preparado unos platos exquisitos. Olía tan bien en la cocina que me quedé, más que nada por la comida. Estaban también los dos chicos con los que compartía el piso. Fue una noche muy agradable. Bebimos un vino chileno y tomamos enchiladas y carne a la parrilla. De sobremesa, mojitos cubanos. Terminé tan bebida que me quedé allí a dormir. ¡En la cama del argentino!, como no podía ser menos. De verdad que no me acuerdo muy bien de lo que pasó. A la mañana siguiente cuando me desperté, lo tenía desnudo a mi lado mirándome con gratitud. Me dijo que estaba encantado de despertarse teniéndome allí, pero no hizo más referencias al asunto. Yo tampoco.

Le doy mucha importancia a los sueños. Desde que era muy pequeña me contaron que no eran mentiras sino que eran cosas que la abuela araña te contaba por la noche para que te acordaras de quién eras y que, como antes habíamos sido pájaro o insecto o cualquier animal, en los sueños aparecían estos hablando como si fueran gente. Por eso estuve muchos días dándole vueltas al sueño que tuve. Hubiera sido más fácil con animales, pero solo había un hombre, una casa, una montaña, un camino hacia abajo y la nieve.

Estaba segura de que yo era la niña, pero, al mismo tiempo, también era el hombre. Este me resultaba muy familiar, aunque no se correspondiera con nadie que hubiera visto en alguna parte. Hasta que di con él. Era Goldmundo, el personaje de una novela de Hermann Hesse que había leído en mis tiempos de estudiante. Recuerdo que cuando la leí me ocurrió una cosa muy rara, me sentía identificada con los dos protagonistas de la novela aunque eran antagónicos. Me reconocía en Goldmundo, el artista vagabundo que iba de pueblo en pueblo entregándose a los placeres de la vida, y me identificaba con Narciso, su ascético amigo que renuncia al mundo para buscar el conocimiento de Dios en los libros. Tenía olvidado ese libro que leí hace más de veinte años y ahora aparecía ese personaje en el sueño identificado con mi pasado. Aparecía Goldmundo, el vividor. ¿Qué me quería decir la abuela araña?

Tenía razón mi padre cuando decía que aquellas viejas indias estaban influyendo con sus historias en nuestras mentes infantiles. Mi optimismo ante la vida y mi confianza en que pueden ser posibles las cosas más inverosímiles también se los debo a una de tales historias. Una princesa maya, de nombre Huarochirí, quiso seguir a su esposo que la había abandonado para emprender un camino en busca de lo desconocido. Siguiendo las huellas de Amaru —así se llamaba el príncipe— se adentró en la selva pero a medida que iba avanzando las lianas y las plantas trepadoras no la dejaban seguir, se liaban entre sus piernas y entre su cuerpo hasta que llegó un momento en que no podía avanzar ni retroceder. Las plantas la asfixiaban, cuando más se retorció intentando salir, más se liaba entre las lianas. Por fin murió y su alma se fue en forma de mariposa al mundo de debajo de la tierra donde están los espíritus de los muertos.

El pájaro Macuá, que estaba por allí y había visto lo ocurrido con la princesa, fue corriendo a decírselo al príncipe Amaru. Cuando le contaron lo ocurrido se dio cuenta de cuanto quería a su esposa y la suerte que había tenido por haberse casado con ella. Vino corriendo al sitio que el pájaro le indicó y se puso a llorar porque Huarochirí ya no podía abrazarlo. Entonces el pájaro Macuá le dijo al oído que no se desanimara y que buscara por el suelo de la selva el agujero que lo llevaría al mundo donde viven los espíritus de los muertos. Cuando lo encontró se metió por él, aunque estaba muy oscuro, llevando solamente una cáscara de coco vacía como le había ordenado el pájaro. Tuvo mucho cuidado de no hacer ruido para no despertar a los espíritus y buscó entre ellos a la mariposa, que era el espíritu de Huarochirí. La atrapó sigilosamente, la metió dentro del coco vacío y subió corriendo por el agujero al mundo de los vivos. Se agachó junto al cuerpo de la princesa y destapó la cáscara de coco junto a la boca para que la mariposa que era la vida volviera otra vez a meterse dentro. Cuando la mariposa llegó al corazón, que era su sitio, la princesa resucitó y los dos se fueron muy felices a su país. Desde entonces el pájaro Macuá ayuda a todos los enamorados a encontrar a la persona que quieren. Pero había que rezarle su oración

para que te escuchara. Las oraciones se podían comprar en el mercado en el puesto de los milagros. Junto a las hojas escritas con advocaciones al pájaro del amor, se vendían otras dirigidas al garrobo para que nos diera trabajo, a San Dominguito para que nos diera alegría, al sapo para que lloviera, al puro para que se consumieran nuestros enemigos y a todos los santos para que nos protegieran de cada una de las enfermedades. Me sabía de memoria la oración del pájaro Macuá. ¡Qué pena, ya no la recuerdo!

¡Ah, me intoxicaron tantas historias de amor!

## ME DUELE HABER MATADO SOLDADITOS

**E**sta noche se me apareció el viejito en sueños:  
—Viejito ¡cómo me acuerdo de tu valle! Las nubes rosadas que se ofrecían a la vista no más un ratito para que las pudiéramos ver tú y yo...

—Ya es tiempo de que regreses. Tienes que volver a reparar lo que hiciste mal. No estarás a gusto en Europa ni en ningún país. Los hombres somos como los árboles, que necesitan hundir sus raíces en la tierra donde nacieron para poder crecer...

—Pero ¿qué es lo que hice tan mal, padrecito? ¿Que maté gente? Sí, me duele haber matado soldaditos. Veo todavía las caras de esos niños que maté con los ojos bien abiertos por la sorpresa. Se murieron así, sin saberlo, antes de comenzar la aventura de la vida. Me duele el dolor de esas madres que no volvieron a ver a sus hijos. Pero esos mismos soldaditos, esos niños «inocentes» eran los que nos daban caza y nos mataban cuando podían, los que violaban a las niñas campesinas y mataban a sus padres, sospechosos de habernos prestado alguna ayuda. Esos soldaditos un año jugaron a ser nerones y prendieron fuego a todo un pueblo que nos había abastecido de víveres, quemaron la milpa cuando ya estaba a punto la cosecha y los árboles y todo lo que era comestible y podía arder. No solo los guerrilleros nos quedamos sin nada para llevarnos a la boca, sino miles de familias, campesinos inocentes a los que la hambruna obligó a bajar a las ciudades a mendigar unos granos de maíz. Y nosotros también tuvimos que dejar la montaña. Pero no íbamos a mendigar. Tuvimos que escondernos en otros sitios y salir a otros países. Nos disfrazamos, nos desfiguramos las caras y nos cambiamos los nombres para recorrer lugares buscando alimentos. Fue entonces cuando maté a un civil. No era un soldado aquel hombre,

pero era mucho peor que eso: era un esbirro de los adinerados banqueros que esquilman a la pobre gente de nuestro país para vivir en el lujo más escandaloso. No, no estoy justificando mi crimen, abuelo: es que ni siquiera lo llamo crimen. No me arrepiento de haberlo hecho. Me acuerdo del rostro de ese hombre perfectamente, no puedo olvidar su mirada llena de odio, ni la violencia de sus últimas palabras ya casi muerto:

—Putra guerrillera, me las vas a pagar.

¿Es eso lo que hice mal, viejito? ¿Matar a ese hombre que iba a sacarse una pistola con la que nos hubiera matado a todos nosotros?

Era la primera vez que participaba en el asalto a un banco. Como te he dicho antes, el hambre nos había obligado a bajar de la montaña. Necesitábamos conseguir dinero rápidamente para proseguir la lucha que teníamos paralizada. Allá arriba habían quedado muy pocos hombres y se estaban muriendo de hambre, lo mismo que los campesinos de los alrededores. Yo estaba escondida en una casa de los suburbios de una ciudad que apenas conocía. La familia que me alojaba también era muy pobre, pero se las ingeniaban para que no me faltase de comer. Siempre había tortillas tiernas y frijoles, que los niños de la casa devoraban con ansiedad. Esos niños comían como si supieran que al día siguiente, probablemente, no iban a tener nada que llevarse a la boca. Lo que ocurrió un día fue patético. Resulta que unos compañeros de la organización, que sabían que estaba yo allí, escondida, trajeron un pollo de regalo. Ellos también tenían muchos niños a los que alimentar y la comida en ese suburbio era escasa para todos, pero no podía rechazarles el regalo que me hacían con tanto amor. Nos quedamos con el pollo y mi anfitriona lo mató, lo peló y lo cocinó. Los niños esa mañana no salieron de la cocina. Bueno, pues cuando llegó la hora del almuerzo, la mujer puso en mi plato casi toda la carne, que en realidad no sobrepasaba, ni mucho menos, la cantidad de comida que una persona necesita para alimentarse. A los niños les había puesto unos cuantos trocitos, que comieron a toda velocidad y para ella dejó solo los huesos. Yo no podía comer aquello por mucha hambre

que tuviera, así que repartí mi comida entre los niños cuando la madre no se daba cuenta. Ella no lo hubiera permitido.

Para esa familia era un lujo comer carne. Era la segunda vez que esos niños habían comido algo distinto a los frijoles y las tortillas de maíz.

Una tarde, uno de los compañeros que me habían regalado el pollo, vino a recogerme en un carro. Me dijo que teníamos un operativo y que íbamos a estar toda la tarde fuera. Subí con él al coche y caminamos hacia el centro de la ciudad. En un cruce de calles recogimos a otro compañero. Solo supe quién era cuando empezó a hablar. Estaba tan cambiado con las gafas, con ese bigote y esa nariz tan gordota, que no había quién le conociera. No era momento de bromas, pero no pude contener la risa al reconocer en aquel personajillo tan elegante a uno de nuestros hombres de la montaña. Me explicaron entonces lo que teníamos que hacer. Había que asaltar un banco que estaba dos cuadras más arriba. Yo tenía que sacar el arma cuando todos estuvieran confiados y retener al personal para que se estuviera quieto mientras mi compañero recogía el dinero de la caja.

Fue algo muy rápido. Solo había tres empleados en la oficina y unos clientes de los que no había que temer nada (estaban atemorizados). Pero, cuando ya nos íbamos, vi al guardián del banco que acercaba su mano a uno de los cajones. Le dije: «Quietos», y no me hizo caso. Sacó una pistola igual a la que le habíamos quitado antes. No le di tiempo a que nos disparara, le pegué un tiro en la mano. Volvió a hacer intento de coger el arma con la otra y disparé hasta que lo dejé inmóvil sobre la mesa. Me miraba lleno de odio, lanzando insultos soeces y palabras de venganza. Eso era todo lo que se le ocurría antes de morir.

Sí, padrecito, le solté casi todo el cargador de mi pistola y no me arrepiento porque ese hombre no era persona, solo un saco de odio y avaricia. Yo tenía que conseguir dinero, el dinero que él custodiaba como un perro guardián para sus amos, para acabar con la hambruna de nuestras gentes.

Nos llevamos miles de dólares y más de un millón de pesos, nuestra moneda nacional. Con eso tuvimos para vivir ese año.

Luego hubo muchos más operativos como ese, pero yo ya no participé. Yo me subí a la montaña otra vez con todos los víveres. Subimos alimentos y semillas para la siembra, que repartimos entre los campesinos. Tampoco me podía quedar allá abajo, en la ciudad, porque ya era conocida. Pusieron papeles con la fotografía más fea que tenían de mí —una de las que me tomaron en la cárcel— donde se decía que era muy peligrosa y se ofrecía una recompensa.

Pero este cartel de busca y captura no fue por lo del banco. Ese día nadie me vio la cara. Fue por algo que ocurrió después. Para no levantar sospechas seguí viviendo unos cuantos días después del operativo en la misma casa que me había alojado tan generosamente. Jugaba con los niños en la calle y nadie se extrañaba de que estuviera allí. Los niños habían dicho a los vecinos que era una tía rica que vivía en los Estados Unidos que había venido a verlos. Esa debió ser la mentira que les había contado su madre. Los niños también habían estado presumiendo delante de sus vecinos de que, desde que su tía vivía en la casa, tenían mucha comida y hasta podían comer pollo. Algunos de sus amigos no lo habían comido nunca. Bien, pues yo les prometí a todos esos niños que iba a hacer que un día todos ellos comieran pollo en sus casas. Los niños me preguntaban: ¿cuándo?, ¿cuándo va ser que nos des pollo? Ni corta ni perezosa, un día, cuando ya me iba a ir de aquel barrio, me acerqué hasta el mercado y esperé en la puerta al repartidor de pollos de una empresa yanqui. Me había puesto zapatos de taco alto y un vestido muy ceñido. Me di carmín en los labios para resultar más bonita y camelarme al pollero. Y sí que lo camelé. Nada más salir se fijó en mí, yo le eché una sonrisita y caminé al puesto de los refrescos. Pedí uno de pitaya y le seguí mirando mientras me lo bebía. Entonces vino él y pidió otro refresco. Pagó los dos, el suyo y el mío, y dijo:

—Hay mujeres que cuando las miras no tienes más remedio que tomarte un refresco.

—Bueno, las mujeres también tenemos que refrescarnos de vez en cuando, aunque estemos solas y no nos mire nadie —le contesté yo.

Él siguió diciendo que no debía ser ese mi caso, que una mujer tan bonita no podía estar sola.

—Pues sí que estoy sola. Mi compañero se corrió hace tiempo con otra, pero yo no voy a esperarlo encerrada en casa a que vuelva.

—¿Vives muy lejos? —me preguntó.

—A cuatro cuadras de aquí —le contesté—. Andando es una paliza. Sobre todo si vas cargada con la canasta del mercado.

Entonces él se ofreció a llevarme en su camión y yo acepté porque era eso lo que estaba buscando y por lo que me había puesto los zapatos de taco alto. Me abrió la puerta de la cabina del camión y me ayudó a subir sobándome el trasero sin disimulo.

Lo conduje hasta el suburbio, y cerca del descampado donde estaban jugando los niños le hice que aparcara el camión. Luego lo llevé a una casa deshabitada. Él se extrañó del aspecto tan pobreton y sucio que tenía todo

—¿Aquí vives? —dijo sorprendido cuando lo metí en aquella habitación vacía.

—Bueno, aquí me vas a esperar tú solito a que yo vuelva. Y para que no te vayas, te voy a dejar atadito de pies y manos. Y no grites porque esta pistola tiene el cargador repletito y a un hombre tan amoroso como a vos no me gustaría matarlo.

Cuando vio que sacaba la pistola del bolso se puso a temblar. Él mismo se ató los pies como yo le dije y me ayudó a que le atara las manos. Repetía que él nunca me hubiera hecho daño, que me llevara los pesos que tenía, pero que lo dejara irse porque si no terminaba el reparto de los pollos lo iban a botar de la empresa. Le devolví su billetera sin abrirla siquiera y le dije que su dinero no me interesaba. Que a él no quería perjudicarlo, sino a los gringos que eran los dueños del camión.

—Entonces ¿Qué queréis de mí?

—Nada, solo que te estés quietecito hasta que venga una mujer más bonita que yo a hacerte el amor. Tu cierra esos ojitos y ponte a soñar con ella. Y no te preocupes, que no te va a pasar nada si haces lo que te digo. Y tu empresa no te va botar, porque yo voy a llamarlos y le diré que has tenido un accidente.

—Pero yo solo quería..., como me había dicho que estaba sola...

—No te merezco hermano. Tú cierra los ojos y sueña con la que vendrá después de que yo me haya ido. Ya verás que es más guapa que yo.

—Pero no lo entiendo ¿usted tan guapa es una de esas comunistas que secuestran gente?

¡Así es que las guerrilleras no podíamos ser bonitas!

Se debía creer que solo se iban al monte las feas que no encontraban marido. Esa era la opinión que mucha gente tenía de nosotras. Le tapé la boca con un pañuelo, que le dejé como recuerdo, le di un beso en la frente y me despedí de él con unas palmaditas en el hombro para animarlo.

—Adiós hermano. Te deseo mucha suerte.

Él me quiso decir algo, pero no pudo hacerlo porque tenía la boca tapada.

Cuando salí los niños estaban rodeando el camión. Cogí las llaves y abrí la puerta trasera. Me puse a repartir pollos entre todos ellos. Unos iban llamando a otros y éstos llamaban a sus madres, que venían corriendo cargadas de bolsas. En menos de media hora se acabó toda la mercadería. Me encaminé a la casa y recogí mis cosas. Me despedí de los niños, que estaban en la despensa guardando la provisión de pollos que habían hecho. Les dije que me tenía que marchar y que no podía quedarme a esperar a su madre para despedirme. Estaba, como todas las mañanas, lavando la ropa en una casa de la ciudad. Ese era el único ingreso que tenía la familia. El padre de los niños se había perdido por ahí, hacía mucho tiempo.

Me fui a casa de otro compañero y desde allí volví al monte. Pero antes, ese mismo día, llamé por teléfono a la empresa del pollero y les dije donde se encontraba su empleado. No creo que lo echaran porque debieron de ver que él no había tenido la culpa. Los secuestros y saqueos a empresas norteamericanas por parte de la guerrilla eran una cosa frecuente. Debían de estar acostumbrados.

¿Es esto lo que hice mal, padrecito?, ¿robar a los ricos para dárselo a los pobres? Bueno, pues también lo volvería a hacer

ahora si pudiera. Aunque con eso no solucionara nada. Con lo de los pollos solo tendrían para comer unos días, pero ¿y luego? ¿Qué iban a comer después esos niños?

La guerrilla se nutre en parte de secuestros y de robos. Pero son robos al capital y ya se sabe que el que roba a un ladrón tiene dos mil años de perdón. Eso es lo que aprendí en la universidad con los jesuitas: que no había que ser el animal que se muere de hambre, o deja que sus hermanos se mueran de hambre, estando al lado de un almacén de comida. Teníamos que buscar la manera de cogerla. Eso era lo importante.

—No, hermana. La madre Naturaleza tiene unas leyes que hay que cumplir, que son las leyes de la Vida. Unas leyes que están por encima del hombre y que, si se desacatan, las consecuencias son imprevisibles. Y no importa que las dejes de cumplir tú o que sea otro el que las incumpla. Todos vamos a sufrir las consecuencias de ese incumplimiento.

—Padrecito, ellos vinieron y construyeron presas desviando el curso de los ríos y se llevaron la riqueza que les produce la electricidad a bancos de Europa. Ellos han sido los que han perforado la tierra para sacar el petróleo y llevárselo para sus carros y sus fábricas en Estados Unidos. Ellos son los que incumplen.

—Vosotros también envenenasteis los ríos y condenasteis la tierra a no dar fruto. Tú y tus amigos rompisteis oleoductos por donde iba ese líquido negro que se esparció por los campos de cultivo y llegó hasta los ríos donde se murieron los peces.

—Teníamos que hacerlo. Entonces pensaba que teníamos que hacerlo. El petróleo era nuestra riqueza, la riqueza de nuestro suelo, que se la llevaban las multinacionales, y por eso teníamos que sabotear, para que nos la dejaran donde estaba.

Quizá tengas razón, quizá ese fue nuestro mayor error. No cuestionábamos lo que estaban haciendo. Solo teníamos en cuenta que las petroleras enriquecían a unos pocos a costa de todo un pueblo. No se nos ocurrió mejor manera de evitarlo. Hubiéramos tenido que idear alternativas mejores. Hubiéramos tenido que inventar otro modelo de desarrollo económico, no el de los yanquis. Nosotros teníamos que haber hecho caso a nues-

tras tradiciones y ritos sagrados y respetar a la diosa naturaleza. Teníamos que haber escuchado a nuestros indígenas que no querían que les lleváramos la civilización a la selva...

La gringa me dejó su radio cuando se fue. Escucho boleros en este atardecer violeta de domingo. En mi tierra los atardeceres son de color rosa. Pero la música es la misma. ¿La misma? Hasta ahora no me había dado cuenta de la tristeza del bolero. Dios mío, que historias más desgraciadas cuentan estas letras, solo hablan de despedidas eternas, de muertes, de celos, de desamores...

Y yo bailaba todas esas canciones con el corazón lleno de alegría. Las tardes de domingo, cuando era jovencita, venían las amigas a buscarme para ir al baile. Venían con sus vestidos planchaditos y sus lazos en el pelo. Las mujeres de la cocina se divertían con nosotras antes de que saliéramos preguntándonos por los novios:

—¿Y quién es el sardinito que pena por Marta Cristina?

—les preguntaba Rosa a las niñas.

—No quiere que te lo digamos —contestaban ellas—, pero tiene dos.

—¡Ah!, mira la muy ladina, como se entere su papá...

De mi papá me escondía para ir a estos bailes, porque él decía que allí solo iban los muchachos a aprovecharse de nosotras y a enseñarnos picardías. Lo que yo tenía que hacer era estudiar, o quedarme acompañando a mi mamá, mientras él estaba en el café. A mi mamá tampoco le gustaba lo de los bailes, pero me dejaba que saliera con las amigas. Ya tendrás tiempo de aburrirte como yo las tardes de domingo, me decía. Bueno mamita, pues ya han llegado. Qué triste debía ser para ti cuando llegaba la hora y todo el mundo se iba: Rosa, a ver a su familia, la criada más joven, a pasar la tarde con su novio, mi papá, al café y yo, por ahí con las amigas. Tú te quedabas sola en esa cocina tan grande a esperar que llegásemos para prepararnos la cena.

Aquellos bailes populares que tanto enfurecían a mi papá eran toda la alegría del barrio. Las damitas nos poníamos a un lado y los muchachitos a otro. Ellos nos miraban y nosotras también a ellos, pero de reojo, sin que se dieran cuenta, aunque alguna vez

se cruzaban las miradas y entonces, si te subía el rubor a la cara, era que te gustaba el muchachito. Ellos venían a sacarnos a bailar y aceptábamos una pieza con cada uno. No más de dos piezas seguidas con el mismo, para que no se creyera nadie que éramos novios. Ah, y bailábamos estos boleros que a mí entonces me parecían la música más alegre del mundo, aunque la letra fuera como esta:

*Sin ti  
es inútil vivir  
como inútil será  
el quererte olvidar.  
Sin ti  
no podré vivir jamás  
y pensar que nunca más estarás junto a mí.  
Sin ti  
¿qué me puede ya importar  
si lo que me hace llorar  
está lejos de aquí?  
Sin ti  
es inútil vivir  
como inútil será  
el quererte olvidar.*

Mejor será que ponga otra música. Un ballenato. Esa música sí que me pondría alegre. Eso era lo que más nos gustaba bailar a las amigas. Y luego en el monte también lo he bailado con René y con los demás. Esa es nuestra música autóctona, música mestiza como somos nosotros, mezcla de ritmos afro-cubanos, españoles e indígenas. Me gusta ¡Me trae tantos recuerdos bellos! Escucho la música dentro, en la memoria, trato de sentirla como la sentía entonces, cuando era una niña y esperaba a que el muchachito que me gustaba me sacara a bailar. Aquella era mi gente. Aquellos chicos que luego se hicieron choferes o carpinteros o albañiles eran de los que me enamoraba. En la universidad, cuando me puse a estudiar, me alejé de aquellos compañeros de

baile. Ellos también se fueron alejando poco a poco, unos tenían novia, otros se fueron a trabajar a otros lugares, y ninguno se enamoró de mí. Es que te gusta bailar con todos y ellos quieren una novia que baile solo con ellos y que no salga corriendo a las nueve para que no las descubra su papá, me decían mis amigas.

También yo encontraría un novio, aunque fuera de otro barrio. Me enamoré de Carlos la primera vez que lo vi. Él también había bailado en los boliches y le gustaba el ballenato tanto como a mí. Era como los chicos de la calle de los que había estado enamorada. No se parecía en nada al relamido licenciado en derecho con el que quería casarme mi papá.

Carlos otra vez ¿Cuándo me voy a olvidar de él? Tengo que dejar de cobijarme en sombras. Carlos es solo una sombra, un bonito recuerdo. No voy a traer a la memoria lo que me ha hecho sufrir. Mejor así, dejarlo como el dulce recuerdo de una época. Vine a Europa en gran medida para despegarme de él, para ser yo misma, para ser una persona entera y no la sombra de una sombra que era lo que él empezaba a ser. Sus ideas ya no me valían. Todavía no he reemplazado las mías por otras, pero he aprendido a pensar y a decidir por mi cuenta. He conocido el camino de las mujeres, gracias a Deborah y a las demás. Ahora sé que buscar el amor absoluto es un espejismo. Que cuando buscamos encontrar a ese hombre que, aunque no sea perfecto, se acople a nosotras en todos nuestros gustos y en todos nuestros fallos, lo que hacemos es buscarnos a nosotras mismas. ¿A los hombres les pasa igual? ¿Qué vio Carlos en mí? Porque me ha querido, de eso no hay duda. Aunque hay amores que matan.

Le dije al novio de Matilde: «Es que Matilde es un poco autoritaria...». «A mí me gusta que sea así, también es orgullosa y a veces cruel, pero a mí me gustan sus defectos. Es a la gente pusilánime, a la que no aguanto», me contestó. Está enamorado de Matilde porque ella es como a él le gustaría ser. Se está buscando él mismo en ella. ¿Qué buscaba yo en Carlos? ¿Su fuerza?

¿Su independencia, su liderazgo o su desapego? Desde luego no su autoritarismo, ni su crueldad, ni sus mentiras..., a mí no me gustaban sus defectos.

Ya no voy a buscar a nadie, solo a mí misma. Si tú te quisieras más a ti misma tus amigas también te querríamos más, me dijo Helga un día. Pero no le hice caso y me aparté de ella, o ella se apartó de mí. Es una pena ¡Me hubiera gustado tanto ser su amiga!

¿Será por eso por lo que estoy sola, porque no me quiero lo bastante a mí misma? ¿O porque el mundo es así, un mundo de seres condenados a la soledad?

Ayer, cuando iba hacia el trabajo en el metro atestado de gente, tuve una experiencia conmovedora. Un señor me pidió disculpas por haberme rozado cuando le empujaron al entrar en el vagón. Se cogió a la barra a la que yo estaba agarrada y me fijé en su mano. Era una mano callosa y agrietada, de obrero de la construcción seguramente. Miré largo rato esa mano de trabajador. Ya no me molestaron los apretujones de la gente. Eran trabajadores pobres, como yo, que tenían que ir todos los días de pie, apretujados sudando tinta, para llegar a su puesto de trabajo donde seguirían sudando para que otros se llevaran el fruto de su sudor. Sentí un amor muy grande por la gente de este país que, en un metro donde uno no podía moverse, me pedían perdón por haberme dado un empujoncito de nada. No, no estoy sola. Todas las mañanas me encuentro en el metro con miles de personas como yo que van a ganarse su pan.

¿Y de amor qué? ¿De amores con nombre y apellidos que es lo que todo el mundo se pregunta? Pues de amores, nada. Cuando llegué me entregué a la soledad que exige el rito de la Luna. Y parece que ella me tomó en serio la palabra. Voy a ser como la diosa Diana, casta y pura. Voy a mirarme dentro a ver si encuentro a la Marta Cristina que se esconde allí y me dice lo que quiere hacer con su vida. Porque así, sin saber qué hacer, no se puede estar.

## EL CAMINO VUELVE A TENER PALMERAS

**D**oña Candelaria ¿por qué en vez de enseñarme sortilegios de amor no me enseñaste alguno para aprender a estar sola?

—Porque tú no querías escucharlo, mi hijita. Nadie quiere eso.

—Bueno, pues enséñame una oración para que le rece al pájaro solitario. Te oí contar muchas veces su leyenda.

—El pájaro solitario no tiene ninguna oración. Al pájaro solitario hay que oírlo en silencio.

—Al menos dime cómo es su canción.

—Es mucho más bella que la del pájaro del amor, pero también más triste. Se parece a la música de la quena y al ruido de los árboles cuando hace viento. Parece música, pero es otra cosa. En vez de oírla por las orejas, los que la escuchan sienten un escalofrío.

—¿Y que pasa después? ¿Te enseña a encontrar el agujero del mundo como la abuela araña?

—Primero te adormece los deseos y luego te lleva por un camino de luz blanca hasta el sitio donde está el saber. Pero ahí, tú no puedes llegar. Solo puede hacerlo el que sabe aguantar el viento fresco y frío que se siente al ser libre del todo.

No puedo estar sola. Me aterra el silencio. Antes poblaba mi soledad de recuerdos y ahora, de fantasmas. Hablo con doña Soledad y con sus amigas de vez en cuando. Hablo con mi papá que se murió hace mucho tiempo y hablo con el chamán que curó a nuestros heridos, la última persona de la montaña que se despidió de mí. Hago un intento desesperado por conciliar lo viejo y lo nuevo, de no dejar morir del todo lo que fui porque tengo miedo de no poder ser ya nada más.

No es tan difícil encontrarle el agujero al mundo. Coges una navaja y ya está. Por ahí puedes irte, por los chorritos de sangre que salgan de tus venas cortadas. No debe de doler mucho. Solo al principio, cuando el filo de la cuchilla te corta la piel, pero luego ya no, luego la sangre corre sola y a ti te va entrando sueño hasta que ya no puedes despertarte. Si lo hago esta noche nadie me va a echar en falta hasta el lunes cuando la señora vea que no he ido a trabajar. Tiene gracia, ¡huyo de la muerte y luego la busco yo a ella!, ¡después de escapar del país en el que vivir es un lujo, desprecio la vida de esa manera! No, no me puedo matar. Mejor me compro una botella de trago y me emborracho.

—Tam, tam... —llaman a la puerta de la habitación.

—Un momento. ¿Qué se le ofrece?

—Que la llama por teléfono un señor.

Era el argentino, que me invitaba a tomar trago con unos amigos. Le dije que no tenía dinero y que no quería que él tuviera que pagarlo todo. Pero me dijo que no había que pagar nada, se trataba de una fiesta en su casa para celebrar el cumpleaños del mexicano, aquel que vivía en nuestra pensión con el que ahora compartía el piso. Acepté porque me caía bien el muchacho. Además, mejor tomar trago en compañía que en solitario. Necesitaba fiesta para que se me fuera la tristeza, no el psicoanálisis del argentino. Me llegué hasta su casa con este propósito.

Le di fuerte al tequila para festejar al del cumpleaños. El alcohol me hacía sentirme poderosa, me daba la sensación de no necesitar a nadie. En ese momento, aunque no pudiera dar un paso sin tener que apoyarme en algún sitio, me parecía que podía manejarme en la vida muy bien sola.

—Es maravilloso no necesitar a nadie —le dije al mexicano.

—Lo maravilloso es no necesitar el tequila para sentir eso —me contestó.

—Ah, con que tú también buscas no necesitar a nadie a pesar de ser tan jovencito.

—Usted también parece muy joven.

Me dijo «parece», no que era muy joven. Sin embargo seguía cortejando y dejándome cortejar.

Con el dinero que gano no puedo permitirme salir por ahí con nadie. A no ser que paguen ellos, claro. No puedo ir al cine ni al teatro ni hacer nada que no sea trabajar. Las únicas actividades que me enriquecen un poco son las reuniones de las feministas, pero no tengo mucho tiempo para trabajar con ellas. Ni dinero para salir. Me retiraron la ayuda que me daban en calidad de refugiada. Mi salario de sirvienta me da para pagar la pensión y poco más.

Me gustaría viajar, conocer este país. ¿Cómo será Sevilla?, ¿cómo será el parque de María Luisa, y la Giralda, y la Alhambra de Granada...?

Un hombre rico es lo que necesito. Un hombre que me cure los nervios, como dice Matilde. «Lo mejor de los hombres es sentir eso duro ahí cuando te abrazan fuerte, ahí en el sitio de la billetera.» Porque los hombres tienen más dura la billetera que las mujeres. Ellos consiguen más fácilmente el dinero. ¿Qué hombre iba a trabajar ocho horas para ganar un salario como el mío? Los mejores trabajos son para ellos. Ellos son los dueños de los bancos, de la tierra, de los negocios, ellos pueden comprar lo que quieran. Son pocas las mujeres que como Matilde, tienen tanto dinero o más que sus novios. Y un trabajo bien bonito que le da poder y satisfacciones. ¡Cómo me gustaría volver a la universidad y terminar mi carrera! Pero tendría que tener un trabajo que me ocupara menos horas. Mejor que terminar derecho me gustaría estudiar historia, o filosofía, o literatura. El derecho en mi país no sirve para nada. Solo para llevar a la gente a la cárcel y para sacar de ella a los que tienen dinero para sobornos o para pagar al mejor abogado. Los ricos nunca se quedan dentro, aunque sean los mayores criminales. Estudiaría filosofía como Matilde. Cuando la oigo hablar me da envidia de todo lo que sabe, con ella da gusto conversar. Dice que su trabajo es de las cosas que más satisfacciones le dan. No por el dinero que gana, sino por el gusto de conocer cada vez más. «Da más placer que hacer el amor —dice—. Cuando vas conociendo cosas te das cuenta de por qué hay gente que renuncia al sexo y a los demás placeres físicos para encerrarse en una biblioteca. Los monjes de la Edad

Media sabían lo que hacían. La lujuria intelectual es más grata que la otra ¡Y dura más! La búsqueda intelectual puede resultar apasionante.»

Y encima, ella tampoco tiene que renunciar al placer físico. Los hombres la buscan porque es inteligente. Bueno, supongo que será por eso, porque muy guapa no es y joven tampoco. ¿Será posible que haya hombres a los que les pase como a las mujeres, que no busquen en la otra persona solo la belleza física? También en eso tiene suerte Matilde, con los pocos que debe haber, va y encuentra un hombre de los que no van detrás de la mujer objeto. Yo no he tenido esa suerte nunca.

A los que solo quieren de nosotras el sexo había que darles un escarmiento. Tendríamos que saber aprovecharnos de ellos, de esa debilidad que tienen. Si no saben apreciar lo que es el amor y la amistad y nos tratan como si fuéramos objetos, pues vamos a serlo de verdad. Vamos a ser maniqués y ofrecernos como mercaderías, pero que paguen por ello. Vamos a sacarles el dinero que tienen en el bulto de la billetera. Que trabajen durante el día, ellos que tienen mejores trabajos que nosotras, y que luego nos den a nosotras el dinero.

¡Maldito dinero! no se puede hacer nada en este país sin él. Si tuviera suficiente para vivir sencillamente, sin lujos, me dedicaría a estudiar la historia de América, la historia de nuestros pueblos y de nuestras culturas. Y, sobre todo, la historia silenciada de nuestras mujeres. Porque muchos han oído hablar de Tupac Amaru pero quién conoce siquiera el nombre de su esposa. Sin embargo, ella fue tan importante o más que él. Ha hecho falta que viniera a España para enterarme de la vida de esta mujer. Se llamaba Micaela, pero todos la llamaban la reina porque se hacía respetar más que su marido, el cacique al que los indios nombraron rey. La temían más que a él, porque ella era la verdadera jefa aunque oficialmente solo lo fuera en ausencia de su marido. Era tan buena organizadora que controlaba, ella sola, toda la administración, la propaganda, la intendencia y hasta el espionaje. En muchas ocasiones no estuvo de acuerdo con su marido en cómo había que llevar la guerra contra los es-

pañoles, y los indios la siguieron a ella porque era enemiga de violencias innecesarias. Se dice que destituyó a un comandante tupacamarista por haber cometido excesos. Nombró jefes y colaboradores entre los cuales había muchas mujeres, pero los libros de historia no dan ni siquiera los nombres. Solo el de Tomasa Titu Condeymata, la cacica de Aca, porque la ejecutaron el mismo día que a Micaela. Con ellas se ensayó por primera vez en América el garrote vil. ¡Por eso las mencionan los hombres que han escrito la historia y no por las hazañas que hicieron!

¿Ves como han hecho una historia falsa de nuestros pueblos? No podía ser tan mala una cultura que dejaba a las mujeres que fueran cacicas y reinas, que nombraran ministros y que destituyeran jefes porque actuaban con violencia sobre sus gentes.

Luego empeoró la cosa; ahora, aunque nos dejan hacer la guerra porque nos necesitan, no nos dejan hacerla a nuestra manera. Siempre tiene que ser debajo de ellos, cumpliendo sus órdenes. Y si te ven un gesto de piedad es que no vales para dirigente.

Solo en el peligro estamos igual que antes. Iguales hombres y mujeres para sufrir la tortura y la cárcel, iguales para exponerte a que te mate una bala enemiga. ¡Cuántas mujeres han muerto en nuestras guerrillas populares! Pero de ellas no se sabe nada. Cuando triunfa su bando, en los pueblos victoriosos no se les pone su nombre a las calles, ni a los hijos que dejan huérfanos se les da una medalla que diga: hijos de heroínas y mártires. Por eso tenemos que hacer la historia las mujeres, para ponerlas a todas ellas. Pero ellos son los que tienen el dinero, ellos son los que van a seguir yendo a las universidades y escribiendo los libros, no yo. Yo seguiré de criada.

Hace mucho tiempo que me nació la conciencia feminista. Desde mucho antes de haber oído esa palabra ya tenía el sentimiento de que se hacía una injusticia muy grande con nosotras las mujeres. En mi casa mi papá era el rey; en cambio la que trabajaba más era mi madre, aunque nadie le reconocía su trabajo. Ni siquiera ella misma. Nunca daba importancia a lo que hacía. Era ella la que llevaba la administración de la finca desde la cocina mientras vigilaba la comida que se estaba haciendo o pre-

paraba las compras que deberían hacerse para el día siguiente. La cocina era su espacio dentro de la casa, pero nunca estaba sola allí, ese también era el espacio preferido de los niños y el habitual de las criadas indias que estaban en la casa desde mucho antes de nacer yo. La cocina era, además, el lugar de recibimiento para los que venían al pueblo procedentes de la hacienda, de las vendedoras ambulantes, de las mujeres de la vecindad que venían a pedir algo prestado y de los mendigos y mendigas para las que siempre había un plato de sopa. En aquella cocina había más bullicio que en la plaza del mercado, pero a mi madre no le hacía falta silencio para revisar el libro de hule donde llevaba las cuentas de la hacienda y vigilar que no la engañasen.

De vez en cuando organizaba una excursión con los niños para ir a pasar el día en el campo. Ese día para nosotros era de fiesta, pero ella lo aprovechaba para recorrer las tierras y ver si se las estaban cultivando correctamente. Mientras nosotros jugábamos, disfrutando con los caballos y las gallinas, ella visitaba los establos con el encargado y pasaba lista al número de animales que se criaban. Nuestros días de campo siempre obedecían a alguna necesidad de mi madre de visitar la finca. Se le daba muy bien eso de conciliar la diversión con hacer «algo de utilidad», nunca se le hubiera ocurrido llamar a lo que hacía, trabajo. Quiero decir trabajo por el que a uno le deban pagar un salario o reconocer el esfuerzo. Si hubieran tenido que pagarle por todo lo que hacía no habría dinero suficiente con lo que producía la hacienda. Así pasó que luego, cuando ella ya no pudo continuar haciendo lo que antes, tuvieron que vender todos los animales y las tierras porque no había con qué pagar a la gente.

Otra injusticia de mi padre, creer que los chicos eran mejores que las chicas. Dios los castigó conmigo, su única descendencia. Tenía un disgusto muy grande por no haber tenido hijos. A mí me mandó a ir a la universidad en sustitución de ese hijo que no había nacido. Si lo hubiera hecho, yo me hubiera quedado en la casa esperando que un hombre viniera a pedir mi mano, al que mi padre se la hubiera concedido solamente si eso hubiera supuesto una mejora en la posición social o económica de la familia.

Siempre le dolió que yo no hubiera nacido chico, me decía que me parecía en lo lista a ellos y que si no fuera una hembra habría podido llegar muy lejos. Bueno, eso me lo decía cuando era pequeña, cuando todavía era para él la señorita que hablaba con la Luna y no me habían echado a perder aquellos rojos degenerados y muertos de hambre. Luego, ya no le importaba que no hubiera sido chico, ya no quería saber nada de mí, le dijo a mi madre que para él había muerto. Entonces hubiera preferido que fuera un hombre, así no hubiera dicho de mí que me iba de la casa para vivir tirada en el monte como una vulgar ramera entre los guerrilleros. Cuando me casé, en la cárcel, creí que se iba a poner contento. Entonces ya era una mujer decente. Pero no me había perdonado. Para él todas las mujeres que nos íbamos a la guerrilla éramos unas degeneradas, peor todavía que putas.

Luego, en la montaña, también era injusto que ocupáramos las mujeres los segundos lugares aunque tuviéramos más antigüedad y méritos que muchos hombres. Siempre éramos nosotras las que teníamos que ceder para contentar a alguien, para que no se enfadaran porque el puesto que querían se lo daban a una mujer en vez de a él. ¡Y a nosotras qué más nos daba tener un grado más! Que los honores fueran para ellos si los querían. La muerte nos estaba rondando a todos y pararse en esas vainas era perder tiempo. No teníamos tiempo para ver qué cosa iba mal con las mujeres, por qué nos discriminaban nuestros propios compañeros cuando luchábamos todos por la igualdad y la justicia. Lo más importante era ganar las batallas inmediatas que teníamos sin que nos mataran a los soldados. Cuando triunfáramos ya nos podríamos sentar a discutir si todos pensaban que las mujeres éramos iguales a los hombres o éramos diferentes. Lo primero era ganar la guerra, que nadie se muriera más de hambre porque, si todos estábamos muertos, ¿quiénes eran los que iban a poder sentarse a discutir aquello?

Hoy todavía creo que es más importante luchar para que no haya hambre en el mundo y para que todos los seres humanos puedan vivir dignamente que por acabar con las diferencias entre hombres y mujeres. Pero es que lo uno no está reñido con lo otro.

Eso es en lo que me equivoqué. No se puede dejar para luego una cosa que importa tanto. Algo está mal en esa Revolución que para triunfar permite que se cometan injusticias cuando se está llevando a cabo. Los males de la guerra nadie los puede evitar, como dirían mis compañeros. Por eso me he convencido de que lo que hay que hacer es no hacerla. Ya no creo en ninguna guerra santa. Y no es porque me importe morir. Antes me daba rabia la muerte. Me quería quedar en mi tierra tan bonita y disfrutar del vuelo de los zopilotes en el cielo y del aroma de la montaña. Pero después se me pasaron las ganas de vivir. Es por la injusticia de todas las guerras por lo que no creo en ellas. Se sacan los impulsos más destructivos del ser humano: el odio, la venganza, el sadismo de la tortura... Tenía razón el chamán, la Diosa Madre que ha creado todas las cosas tiene que castigarnos por destruir tan irrespetuosamente lo que ella ha construido.

Dicen que todas las guerras que ha habido a lo largo de la humanidad las han hecho los hombres, porque son ellos los que han tenido el poder y que si lo hubiéramos tenido las mujeres no habría habido guerras. Exageran, ha habido muchas guerras en las que hemos estado las mujeres, pero pocas veces hemos tenido el mando.

En todas las partes del mundo las feministas se declaran pacifistas. Me contó Helga que hace unos años estuvo en Japón por su trabajo en el periódico y que entrevistó a unas campesinas de una aldea al pie del monte Fujiyama que habían creado un movimiento de resistencia al Ejército. Me contó que le había extrañado mucho ver que casi todas eran ancianas, y les preguntó por qué no había mujeres más jóvenes. Le contestaron que sí las había, pero que tenían que cuidar de los niños y de los trabajos de la casa. Ellas eran la resistencia porque no tenían nada que hacer y, además, si disparaban los soldados era mejor que las matasen a ellas que no tenían hijos pequeños. Habían construido unos barracones dentro de los campos de maniobras del Ejército para que no realizaran sus pruebas en esa tierra que por tradición pertenecían a los campesinos de las aldeas próximas.

Admiro la lucha de hacer frente a los dueños de las armas y a los hombres que las manejan. Me gusta el pacifismo que es lucha

por la vida y por la dignidad del hombre. Pero no me gustan los pacifistas que ven la injusticia del mundo y no hacen nada para evitarla.

Ya no puedo decir esto es así o esto tendría que ser de la otra manera. Cada día estoy más insegura a la hora de pronunciarme por una opción política u otra. Huyo de las preguntas que se pueden contestar sí o no, blanco o negro. A todo sí le añado enseguida un pero. «Sí», la guerra es mala, «pero» también es malo quedarse de brazos cruzados mientras el dictador nos pisa con su bota. Huyo también de que me encasillen.

«Marta Cristina Gómez, la guerrillera reconvertida a pacifista», fue la presentación que hicieron de mí en una mesa redonda que tuvimos las mujeres para hablar de pacifismo. A mí no me gustó que dijeran eso. Era como si dijeran que antes me convencía la guerra y que de ahora en adelante me convencía la paz. Y no es eso. La realidad no tiene esos linderos tan separados. Yo no había estado en la guerrilla porque me gustase la guerra, ni ahora era pacifista porque me creyese que vivir en paz era todo. Todo el mundo quiere la paz. Pero está la paz de los cementerios y la paz de los conformistas que es la misma, porque hay mucha gente que se conforma con todo lo que ve y ni siquiera se pregunta por qué hay cosas que están mal, y menos aún se levantan para cambiarlas. A mí no quiero que me encasillen entre los partidarios de esa paz. Yo soy pacifista porque amo la vida. Pero que no me digan que me esté quieta. Siempre gritaré por la injusticia y, aunque ya no vaya a empuñar ningún arma, pido respeto por los que lo hemos hecho a lo largo de la historia movidos por un profundo amor a los pobres de la tierra. La vida es algo más que seguir viviendo, me dijo el curandero brujo, y yo entendí lo que quería decir porque es lo mismo que he sentido yo algunas veces. Si en nombre de la vida te quedas ahí parada y no te arriesgas a seguir haciendo lo que tienes que hacer es como si te murieras un poco. Por eso he decidido irme, dejar este pacífico país en el que vegeto y volver a donde corro el peligro de que me maten, porque quiero seguir estando viva. Tengo que irme, pero no a pegar tiros para salvar a nadie. Tengo

que seguir el camino de las mujeres, que es el mío, que me empuja otra vez a cruzar los mares. Nadie me va a detener. Nada, ni la muerte siquiera, va a impedir que regrese, porque tengo la certeza esa que siento a veces de que mi tiempo sobre la tierra no se ha acabado. Tengo que llegar a la fuente de los mitos para conocer la continuación de lo que empezaron a contarme las amigas de doña Candelaria: Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había Sol, ni Luna, ni gente, ni animales, ni plantas. El mar estaba en todas partes. El mar era la madre. La madre no era gente ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria...



EPÍLOGO:  
UNA CARTA PARA DIANA

**D**iana, me hubiera gustado encontrar un mundo mejor para ti. Le dije a tu abuelo que un día te iba a traer conmigo para que aprendieras todas las cosas que teníamos que enseñarte las mujeres. Para que cuando te enteraras de que la mujer que te crió junto a sus hijos no era tu madre, supieras que tenías otra que estaba esperando, y deseando, que llegara el momento de llevarte con ella.

Eras muy pequeña, Diana, cuando te conocí. La mujer que te dio a luz ya había muerto. Tu abuelo, que como es brujo sabe muchas cosas que tú y yo no sabemos, me llevó hasta donde estabas tú. Él quiso que te conociera y, sin decirme nada, lo preparó todo para que yo fuera también tu madre. Pero una madre para cuando fueras mayor. Mandó llamar a la india que se ocupaba de amamantarte y te trajo en brazos, tan chiquita. Yo no sabía quién eras, pero el viejo me dijo al oído lo que necesitaba saber. También debió hacer alguna magia de las que él sabe para que te mirara con el corazón y no pudiera olvidarme de ti ni de la obligación que tenía contigo, por muy lejos que estuviera y por muchos años que pasaran.

Pasó mucho tiempo, muchos días y meses que a mí me parecieron años. Y casi me había olvidado. Me había venido al viejo mundo escapando de la muerte, pero no por cobardía, Diana, sino porque en es momento había llegado a un cruce de caminos y tenía que encontrar el mío. Tenía que buscar otro diferente al que había recorrido con la guerrilla. Se había acabado mi tiempo de estar con ellos, lo supe la misma tarde que me encontré con tu abuelo en el porche de aquella cabaña del valle.

Había llegado a vuestra aldea presa de un gran sentimiento de culpa. Ese día habíamos tenido una victoria muy importante,

pero a costa de la muerte de unos muchachitos del ejército que apenas sabían empuñar un arma. Yo había entregado generosamente mi vida a la causa de nuestro pueblo y no hacía sino cumplir con mi deber al matar a nuestros enemigos, pero no podía olvidar los ojos de miedo de esos muchachos mirándome fijamente. Esos muchachos también eran mi pueblo. Estaban allí forzados, víctimas de un sistema que los obligaba a aprender a matar para sobrevivir, lo mismo que pasaba con las gentes de nuestro lado. Pero esos chavales eran aún más esclavos que yo, porque yo había elegido libremente empuñar las armas y asumir el riesgo de la muerte.

Aquella noche me quedé con tu abuelo, cuidando a los heridos que le llevamos para que los curara. Me quedé allí porque yo también estaba herida. Pero mi herida no se veía como la de los muchachos, nadie se dio cuenta de ella, solamente tu abuelo. Solo él podía curarme, porque él era para mí el máximo representante de esa causa a la que me había entregado generosamente. Y él me curó. Desde aquel porche, contemplando la belleza tan grande de fuera, me vino la conciencia de lo que tenía que hacer. Tenía que huir de la destrucción y del odio y buscar un camino de vida porque todavía había tiempo. Por eso me vine a Europa. Y nada más llegar encontré el camino de las mujeres, un camino abierto, sin límites, un camino que todavía se está haciendo. No era como la guerrilla, en él no te metes y ya está, a dejarte llevar por la organización. En este camino cada una debe ir mirando siempre a todos lados y dentro de sí para ver cuál va ser el paso siguiente. Cada una debe pensar y sentir por su cuenta, y las teorías que se elaboran no valen sino para confrontarlas en la vida diaria con cada paso que se está dando. Es un camino que recorre muchas geografías y en el cada una debe buscar su propia senda.

Pero seguía siendo un camino y no una casa donde reposar.

¿Qué hacía yo entonces en este país sola? Estaba tan triste que todos los sueños que tenía eran de cosas que ya habían pasado y que no podían volver a suceder. Soñaba con muertos, con mi papá, con doña Candelaria. Hablaba con ellos y hasta un día le

llegué a pedir a la abuela araña que me dijera dónde estaba el agujero del mundo para irme de aquí. No me lo quiso decir, pero yo ya lo había visto. Es muy fácil encontrarlo cuando estás sola y te crees que nadie te quiere ni te necesita. Pero la abuela araña me echó arena en los ojos para que no volviera a ver donde estaba y así me quedara viviendo.

Estuve un tiempo con los ojos tapados, me dejé llevar de la mano de mis amigas, las mujeres, y ellas me quisieron y me ayudaron. Pero yo seguía estando triste. Por la noche soñaba con el olor de la montaña y oía cantar a nuestros pájaros.

Las mujeres aquí seguían hablando de construir el mundo ese en el que íbamos a vivir sin guerras y sin discriminaciones de sexo, de raza ni de ningún tipo. Yo las ayudaba muy poco. Había aprendido con ellas a construir, pero me faltaban las ganas. Las personas no somos pájaros, Diana. A lo mejor es que somos árboles con raíces y necesitamos la tierra para vivir. Además, yo tenía mucho frío. Un frío que me estaba helando el corazón. Cada uno sabe que tiene un camino en esta vida y lo andamos buscando por todos los sitios. Solo cuando estamos en él sentimos el calor de la vida dentro.

A mí se me acabó el tiempo en Europa. Ya tengo que volver. No sé si mi camino será todavía muy largo, ni adónde me llevará, pero sé que, de ahora en adelante, tendrá palmeras a los lados. Regreso muy pronto a nuestro continente. No te puedo decir dónde voy. Nadie puede saberlo todavía.

No vuelvo a que me maten, me esconderé algún tiempo hasta que todo el mundo se olvide de mí. Pero pueden hacerlo, pueden quitarme la vida unos u otros si quieren. Con ese riesgo cuento y por eso te escribo esta carta que te llegará desde Europa. Tengo que volver para que no triunfe la muerte del todo en nuestra tierra. Vuelvo para empaparme de la vida primitiva que han preservado nuestros indios, pero sin abandonar el camino de las mujeres. Viviré en una comunidad indígena que todavía no conozco.

No sé si algún día podremos vivir juntas. Me gustaría mucho que esto sucediera para poder contarte de palabra las historias

que te cuento en el cuaderno. Las escribí pensando en ti, para cumplir con el compromiso que adquirí delante de tu abuelo y de la diosa Luna de conducirte al mundo de las mujeres.

Ya, como te dije antes, no tengo muchas certidumbres. Solo me queda una y es la que quiero ofrecerte Diana. La que te regalo junto a mi cuaderno si no puedo verte antes: las personas son buenas, Diana. Lo que pasa es que no sabemos leer dentro de ellas como tampoco sabemos leer en el interior del mundo. Solo vemos lo que está fuera. Pero tú has tenido suerte, has tenido un maestro que miraba con los ojos del alma y te habrá enseñado a hacerlo a ti también.

Algo que he aprendido de mis sueños con tu abuelo y con doña Candelaria, en Europa, ha sido dejarme guiar por las certidumbres que a veces aparecen como un relámpago. No son creencias ni pensamientos que te lleven a pensar esto es así o es de la otra manera. Son sentimientos que te llevan a actuar en una dirección sabiendo que está bien que vayas por ahí, aunque no sepas precisar por qué. Esto es lo que he sentido al decidir irme de España. Por eso sé que la senda que tenía que tomar es esa y no otra.

Viviré en contacto con la Tierra, preguntándole a las raíces por nuestro camino colectivo como mujeres, rescataré lo escondido entre nuestras tradiciones, entre lo que otras ancianas como doña Candelaria me cuenten de nuestra cultura oral, escucharé a nuestro pueblo y viviré con él recogiendo las hierbas como doña Soledad y transmitiendo lo que ella me contó, y lo que otras mujeres me cuenten.

Esta es la causa a la que me entrego desde ahora porque hace mucha falta sacar a la luz todo el saber oculto encerrado en las voces profundas de nuestra América. Ha llegado el tiempo en que el mundo no tiene más remedio que hacernos caso.

Diana, lo único que te puedo regalar es mi confianza en la gente, mi profundo amor a los hombres de la tierra. No te voy a enseñar teorías ni doctrinas porque me quedé sin ninguna. Habrá muchas personas que te quieran dar las suyas, pero mejor no las quieras, mejor quédate sin ellas. Rézale la oración del si-

lencio al pájaro solitario. Y si te lleva por el camino blanco al lugar donde puedes volar como las mariposas acuérdate de que ese es el sitio a donde yo hubiera deseado ir. Candelaria me dijo que su canción era la más bella del mundo, mucho más bella que la del pájaro del amor, pero yo nunca pude oírla del todo.

Diana, no tengo seguridades que ofrecerte. Siempre viví bajo el influjo cambiante de la Luna. La Luna, Diana, me salvó de morir. La Luna me enseñó su cara oculta por la noche para que aprendiera a flotar como ella en el espacio cambiante de un universo no acabado de hacer. Todo se mueve, Diana. Y nosotras también tenemos que hacerlo. Como dicen los nómadas del desierto: en el camino, parar es morir. No te quedes quieta en ningún sitio de esta vida que es como el desierto. Las noches de luna llena mira hacia el cielo. Seguro que yo también estaré mirando hacia allí tratando de ver a doña Candelaria y a la abuela araña que habrán subido para recordarnos todo lo que me faltó decirte en mi cuaderno. Tú levanta la cabeza y mira, no tengas miedo aunque el cielo esté rojo, es la sangre de la Luna la que le da ese color.



Esta obra  
se acabó de imprimir  
bajo los auspicios de  
Charo Fierro y  
Antonio J. Huerga, editores.

FINIS CORONAT OPUS

